



#920: REDES

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

MAY. 25
ISSN: 0185-1330
\$50. MXN

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

#920: REDES CLYO MENDOZA DANIELA REA GUOBIN YANG
EUGENIA BONE CHIHARU SHIOTA ALMUDENA BARRAGÁN NATALIA MENDOZA
GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA ALEJANDRO ARRAS POEMAS THOMAS WYATT
JENNIFER ELISE FOERSTER LUIS TÉLLEZ TEJEDA HISTORIETA ARCHAEIDAE
DE BEF DEBATE ¿EXISTE EL PLANETA NUEVE? PERFIL SILVESTRE EL ORANGUTÁN BUMI
DE ARTE MARCO NIRO EN EL CINE ANIVERSARIO CIEN AÑOS DE ROSARIO CASTELLANOS



(002-003) EDITORIAL

(090-103) DEBATE

(004-089) DOSSIER

092 MAURICIO REYES RUIZ
A favor de la existencia del planeta nueve

006 DANIELA REA
Redes de buscadoras

098 JOEL HUMBERTO CASTRO CHACÓN
En contra de la existencia del planeta nueve

012 NATALIA MENDOZA
Del contrabando al peaje: notas para una historia social de la frontera sonorense

(104-135) PERIÓDICAS

018 CLYO MENDOZA
Lactarios, brujas y gotas de leche

106 (FRICCIONES)
JORGE SÁNCHEZ CORDERO
Inteligencia artificial y democracia cultural

026 THOMAS WYATT
Un soneto para Ana Bolena

112 (PERFIL SILVESTRE)
JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ
Bumi y la escuela de la vida

028 GUOBIN YANG
Las redes sociales y el internet en China

122 (DE ARTE)
ROSARIO MANZANOS
Marco Niro, migrar y diseñar universos para el cine

036 EUGENIA BONE
Micelios, micología y metáforas

128 (ANIVERSARIO)
Cien años de Rosario Castellanos

042 MARÍA FERNANDA MARÍN
Chiharu Shiota: el entramado de las entrañas

(136-154) CRÍTICA

048 ALMUDENA BARRAGÁN
Las redes contra la malaria

138 MIGUEL EDÉ
Atlas de (otro) México de Rafael Lemus y *Sí hay tal lugar* de Federico Guzmán Rubio

054 FRANCISCO JAVIER ESPINOSA GARCÍA Y SILVIA CASTILLO-ARGÜERO
La encrucijada ecológica de las enredaderas kudzu

142 LUIS FELIPE PÉREZ SÁNCHEZ
La situación y la historia de Vivian Gornick

058 ASLAM NARVÁEZ PARRA
El arte de tejer redes de araña

146 JACOBO ZANELLA
Bibliotecas imaginarias de Mario Satz

062 BEF
La familia Archæidæ

148 RAFAEL TORIZ
No entender de Beatriz Sarlo

068 RENÉ ESAÚ SÁNCHEZ
Todas estas cosas invisibles: redes de afectos y libros

152 GUADALUPE ALONSO CORATELLA
Memè Scianca de Roberto Calasso

074 ALEJANDRO ARRAS
José Moreno Villa, lejos y cerca

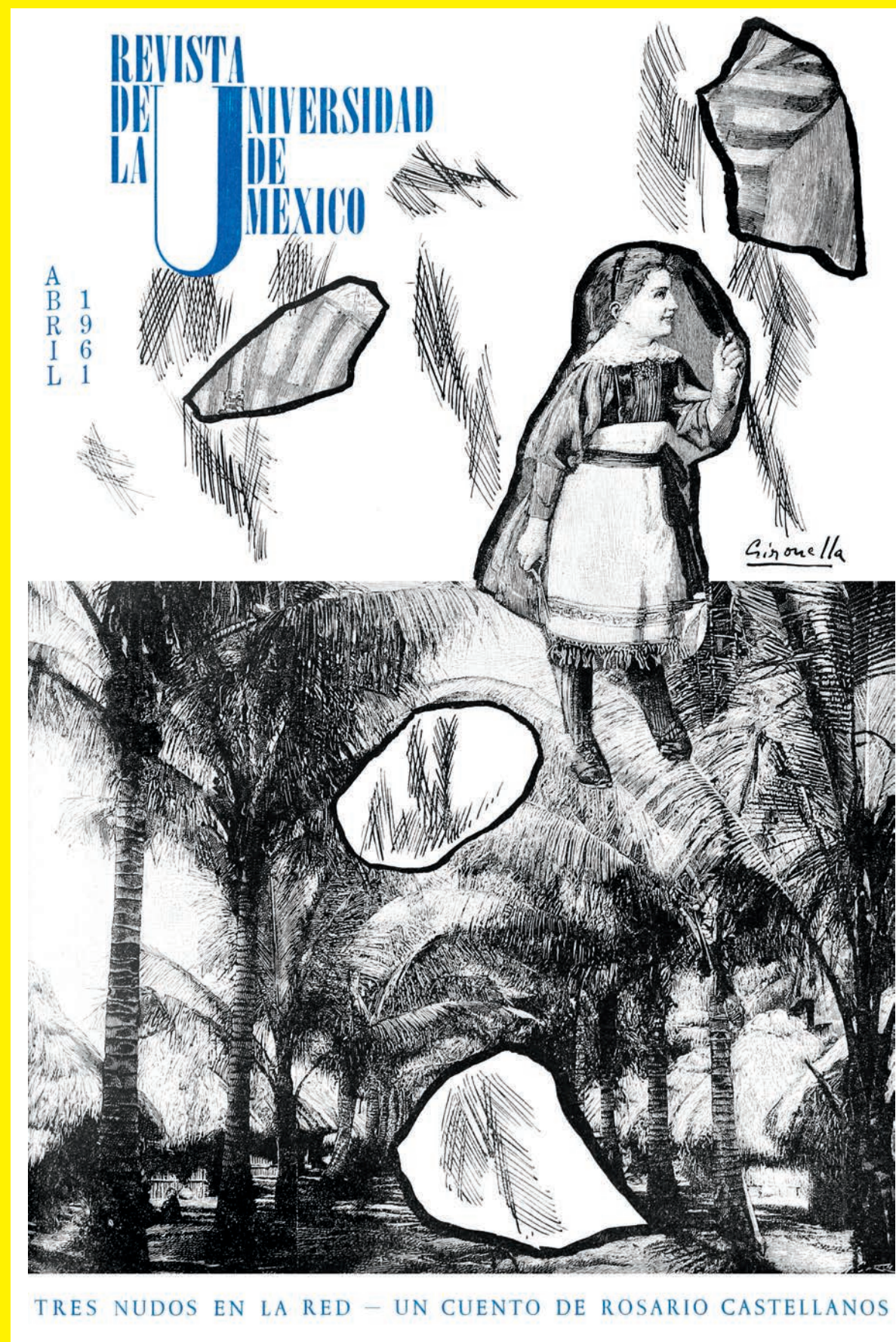
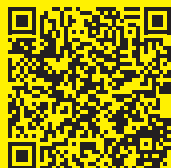
(155-157) COLABORADORES

080 JENNIFER ELISE FOERSTER
Y llegaron al borde de lo que es visible

088 LUIS TÉLLEZ TEJEDA,
PÁVIDO NÁVIDO
Letanía de todos los soles de la Ciudad

082 GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA
Ataúd vacío

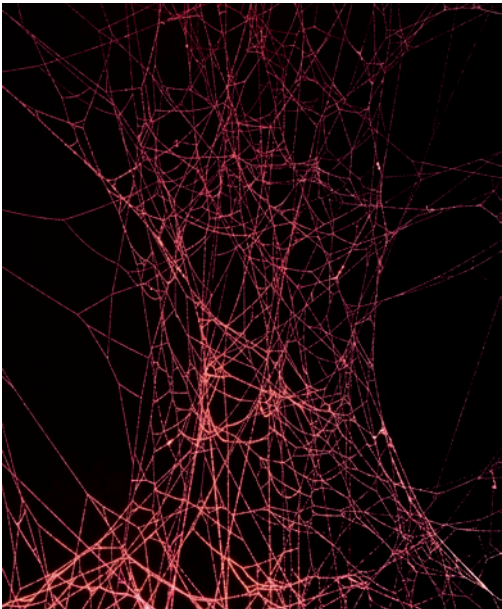
Este mes se cumplen cien años del nacimiento de Rosario Castellanos (25 de mayo de 1925). La escritora tuvo una relación asidua con la *Revista de la Universidad de México*, en la que publicó poemas, cuentos, ensayos y reseñas. Su primera colaboración fue en septiembre de 1955, cuando tenía treinta años. Presentó un adelanto de *Balún Canán* que tituló “La rueda de la fortuna”. En esta ocasión, les invitamos a leer el cuento “Tres nudos en la red”, acompañado por dibujos de Alberto Gironella, quien también ilustró la portada de ese mes, abril de 1961. La autora le dedicó el relato a Juan Vicente Melo, quien era en ese entonces secretario de redacción de la RUM junto con José Emilio Pacheco. Los temas principales de la narración exponen las constantes preocupaciones de Castellanos: los problemas entre la herencia del pasado, las expectativas vertidas en la feminidad y la respuesta personal a la soledad. También destacan las redes familiares y su ambigua relación a lo largo del tiempo. La identidad de sus personajes se envuelve y se desenreda en el entramado emocional de odios y afectos, de repulsiones y compresiones.



RED, def.

(Del lat. *rete*)

1. f. Entretejido hecho de hilos, cuerdas o alambre que se utiliza para contener cosas.
2. f. Trampa o engaño.
3. f. Organización de personas que se relacionan para un propósito en específico o para realizar una actividad conjunta: red de apoyo, red de espionaje, red de contrabando.
4. m. Internet.
5. f. Conjunto de computadoras y aparatos electrónicos conectados entre sí.
6. Red social: plataforma digital donde los usuarios pueden comunicarse desde distintos lugares del mundo.
7. Red de araña: telaraña.
8. Echar la red: disponer los recursos necesarios para conseguir algo.
9. Caer en la red: ser engañado.



Es difícil acordarse de ello, pero el internet y las redes sociales solían despertar optimismo. De Twitter se decía, en sus primeros años, que era el equivalente virtual de la plaza pública. La efervescencia de la crítica se interpretaba como un indicio del progreso democrático, incluso parecía que algunas protestas y denuncias tenían el poder de arrinconar al gobierno y a las corporaciones. La vastedad de la información asombraba y abrumaba. Ese periodo duró poco. En un abrir y cerrar de ojos, un puñado de empresas chinas y estadounidenses dominó el espacio digital con plataformas que hoy nos parecen inescapables. A cambio de mantenernos informados y de convivir con otras personas, cedemos nuestros datos. La geolocalización, una cláusula que suscribimos sin reparar demasiado en ella, delata qué lugares frecuentamos, en qué horarios y por cuánto tiempo. Las aplicaciones recopilan estadísticas sobre los videos que miramos, los textos que leemos, las noticias que despiertan o repelen nuestro interés, las mercancías que adquirimos y las que anhelamos comprar. Revelamos todo y de esa forma nos exponemos a ser controlados mediante la vigilancia constante y la manipulación informativa. Este mes, en conjunto con el Festival El Aleph dedicado a las redes, exploraremos estos temas en nuestros distintos medios. En este número, por ejemplo, el sociólogo Guobin Yang repasa la historia del internet y las redes sociales en China. Al margen de esas “redes sociales”, existen numerosas redes de personas que también consideramos en este dossier: desde las que forman los contrabandistas para cruzar mercancías y migrantes por las fronteras hasta las redes de afecto y apoyo en los momentos más difíciles de la vida. En África, las redes que

cuelgan sobre las camas protegen a la gente de la malaria. Desde la prehistoria, la humanidad se ha servido de redes para cazar y pescar; hoy nos transportamos en redes como la del Metro. No sólo nuestra especie ve utilidad en las redes: las arañas son famosas por tejerlas, ciertas plantas han evolucionado como enredaderas y algunos hongos crean, en torno a las raíces de los árboles, una red de tubos que llamamos “micelio”. Al compartir libros, labor esencial de las bibliotecas, formamos redes de conocimiento y lectura, como las que ha tejido la *Revista de la Universidad de México* durante casi un siglo.

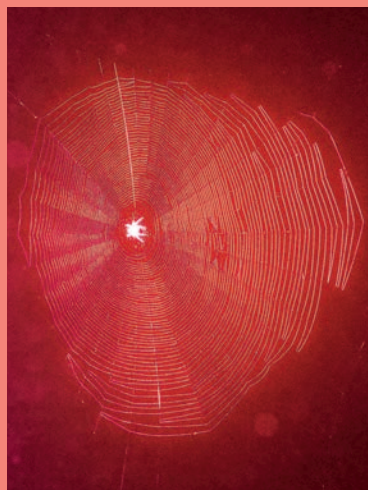
Earth Mass, s.f. Fotografía de Balarama Heller.
Cortesía del artista.

DOSSIER

PP. 006-011 DANIELA REA PP. 012-017 NATALIA MENDOZA
PP. 018-025 CLYO MENDOZA PP. 026-027 THOMAS WYATT
PP. 028-035 GUOBIN YANG PP. 036-041 EUGENIA BONE
PP. 042-047 CHIHARU SHIOTA PP. 048-053 ALMUDENA BARRAGÁN
PP. 054-057 FRANCISCO JAVIER ESPINOSA GARCÍA
Y SILVIA CASTILLO-ARGÜERO
PP. 058-061 ASLAM NARVÁEZ PARRA PP. 062-067 BEF
PP. 068-073 RENÉ ESAÚ SÁNCHEZ PP. 074-079 ALEJANDRO ARRAS
PP. 080-081 JENNIFER ELISE FOERSTER
PP. 082-087 GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA
PP. 088-089 LUIS TÉLLEZ TEJEDA, *PÁVIDO NÁVIDO*

(004-089)

Parece que las redes sociales resuelven los problemas de organización que enfrentó la generación del *baby boom* hace cincuenta años: el tedio, el aislamiento, la depresión, el deseo. ¿Cómo nos congregamos hoy en día? ¿Tememos (o anhelamos) inconscientemente el día en que nuestra infraestructura vital colapse y en verdad nos necesitemos los unos a los otros? ¿O debemos interpretar este *simulacrum* de lo social como una agonía organizada ante la pérdida de comunidad tras la fragmentación de la familia, el matrimonio y la amistad? ¿Por qué amasamos colecciones inagotables de contactos? ¿No es el Otro, reetiquetado como “amigo”, nada más que un futuro cliente o socio?



GEERT LOVINK

“What Is the Social in Social Media?”

DANIELA REA

Redes de buscadoras

Nunca pensamos solas

VALENTINA GLOCKNER

Para tejer una red se necesitan dos hilos y una aguja. Un hilo se une a otro y se anudan con la aguja para crecer en fuerza y extensión.

Cuando un hilo se une a otro ambos se hacen más fuertes.

Bibiana Mendoza, que busca a su hermano Manuel en Irapuato, Guanajuato, cuenta el inicio de su historia: “Cuando desapareció mi hermano cada día iba a la Fiscalía a preguntar por él y cada día salía llorando. Iba todos los días y poco a poco empecé a ver a otras



Paulina Cuarón, fotobordados de la serie *#BuscarSinMiedo* para Amnistía Internacional, México, 2024. Todas las imágenes son cortesía de la artista.

mujeres cuyas caras también veía a diario, las empecé a reconocer y les empecé a hablar. La primera fue Yadira, que busca a su hijo desaparecido, después la señora Vero”.

—¿Y mañana a qué hora vienes?
—preguntó Bibiana a la desconocida.

—Como a las 9:00 —respondió Yadira.

—¿Y si venimos juntas?

De las reuniones en solitario en la Fiscalía, de encontrarse con desconocidas en sus ires y venires, un día Yadira ofreció un salón de fiestas para platicar sobre cómo se sentían. Luego llegaron más mujeres y un día tuvieron una idea. “Me acordé que cuando era niña mi mamá nos llevaba a las marchas de la UCOPI por el agua, por la luz: ¿Y si marchamos nosotras a ver si nos dan información en la Fiscalía?”, recuerda Bibiana. Eso hicieron y fue el inicio de una colectividad.

Un hilo que se une a otro.

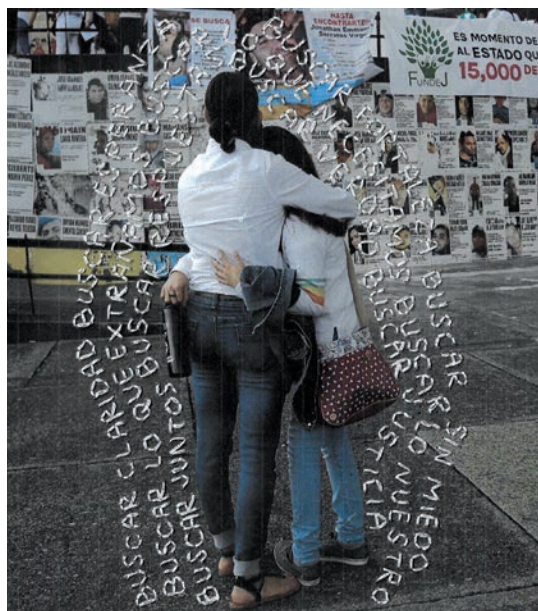
Leticia Hidalgo, que busca a su hijo Roy en Monterrey, resume cómo se unió a otras mujeres: “Yo me la pasaba todo el día sola en casa, buscando en internet alguna pista para encontrar a mi hijo. Un día me salió una publicación de Teresa Sordo; ellas bordaban al aire libre en Guadalajara pañuelos rojos por los muertos de la guerra contra el narco. No la conocía, pero le escribí y le pregunté si podíamos bordar en hilo verde, porque los nuestros no estaban muertos y teníamos esperanza de encontrarlos. Ella me dijo que sí. Lancé ese mensaje en Facebook para encontrarnos en un quiosco, preparé los pañuelos, los hilos, las agujas y llegué sin saber qué esperar”.

Ese día, en el quiosco Foro Lucila Sabella, ubicado cerca del Palacio Municipal de Monterrey, llegó una familia y otra y otra; llegaron personas que no tenían desaparecidos pero que querían ser parte de quienes buscan respuestas, como

Cordelia Rizo, Marcela Valero, Diana Martínez, Irma Alma Ochoa. Comparieron dolor, pero también conocimiento. “Ahí aprendí que nada es individual; todo es colectivo”, dice Leticia.

Que se une a otro.

Jaqueline Palmeros, de la Ciudad de México, buscó durante cuatro años a su hija Montserrat. Habla de quienes la ayudaron: “Cuando empecé a buscar a mi hija fui a varias brigadas, en una de ellas conocí al padre Ángel, de la iglesia anglicana. Nos recibieron en Guadalajara, nos ofrecieron dormir en la iglesia, dormimos en el piso, pero muy bonito todo, con comida y oración. Él me dijo que cuando necesitara apoyo le llamara y cuando hice mi búsqueda le llamé para pedirle ayuda porque no tenía dónde recibir a los que acudieron a mi llamado. Y luego la iglesia anglicana me vinculó a más personas, a los de la brigada, que me enseñaron a ir a las plazas y a las escuelas a buscar”.



Después de casi cinco años de búsqueda, Jaqueline la encontró y fue esa red, sus compañeras y los solidarios, quienes le ayudaron a recuperar los fragmen-

tos del cuerpo de su hija y a sostener el féretro para despedirla. “Buscas queriendo encontrar, pero jamás te imaginas que tú misma vas a encontrar a tu hijo o hija. Ninguna madre merece recoger los restos de sus hijos en ningún lugar”, dijo a la prensa en enero de 2025, cuando los localizó.

Y se tejen.

Un solo hilo se rompería muy fácil, pero tejido con otro y otro y otro resiste lo suficiente para sostener una carga, como puede ser un cardumen de peces, la cosecha de frutos, el montón de piedras, la leña o un cuerpo. Un cuerpo que se encuentra y otro cuerpo que se derrumba ante la certeza de la muerte.

Una red, dice Marina Azahua, antropóloga y acompañante de colectivos, es una comunidad de comunidades unidas por una misma intención o deseo, pero a diferencia de otras, que desde la mirada antropológica comparten territorio o cultura, lo que éstas comparten es la búsqueda de los desaparecidos. Ni siquiera el ser familiar es lo que las une, sino el verbo *buscar*.

Una red, dice Carolina Robledo, también antropóloga y acompañante, “es un tejido de experiencias, de cuerpos, geografías y afectos que se articulan para cosas muy contingentes y a veces muy duraderas; contingentes porque son redes que funcionan reaccionando a las emergencias, aunque se han sostenido en el tiempo gracias al movimiento”.

Una red, dice Bibiana Mendoza, es comprender y valorar la diversidad. “A veces las redes se entienden como que tenemos que caernos bien, ser afines siempre, pero a veces lo único que nos une es el dolor. El espejismo que nos venden de la colectividad es que tenemos que amarnos entre nosotras y no es así; hay realidades diversas, venimos de mundos, familias, contextos y conocimientos diferentes”.

“El espejismo que nos venden de la colectividad es que tenemos que amarnos entre nosotras y no es así; hay realidades diversas, venimos de mundos, familias, contextos y conocimientos diferentes.”

Una red, escribieron las antropólogas Cristina Masferrer y Elisa Velázquez al analizar las construidas por mujeres y niñas esclavizadas en la Nueva España, sucede en un contexto cultural y social que las condiciona. Sin embargo, al mismo tiempo, las mujeres esclavizadas —y las mujeres buscadoras— tienen la capacidad de apropiarse, reproducir fórmulas e innovar; de configurar y reconfigurar las estructuras que las definen y las contienen.

En los últimos años, en México, familiares de personas desaparecidas y personas solidarias como activistas, estudiantes, académicas, religiosos y artistas han formado redes de búsqueda. El siguiente no es un recuento riguroso, sino un intento de trazar una genealogía de las redes nacionales de buscadoras y de recuperar, no los inicios, sino los impulsos que las detonaron.

Uno fue la primera marcha del 10 de mayo por nuestros desaparecidos, en 2011, cuando un grupo de mujeres del norte decidieron acercar su grito a la capital del país. Se reconocieron como madres dolientes, dignas y empeñadas en recuperar a sus hijos desaparecidos. “En el norte ya nos habíamos reunido con las mamás de las muertas [asesinadas] de Juárez, con colectivos de Chihuahua, Nuevo León, Coahuila y veíamos que nuestro clamor debía ir más allá”, explica Grace Fernández del Movimiento por Nuestros Desaparecidos en México, una red que reúne a más de sesenta colectivos de distintas zonas del país. “Hicimos el esfuerzo de viajar hasta la Ciudad de México y convocamos a la primera marcha en el Monumento a la Madre”. Desde entonces, miles de madres de todo el

país marchan cada 10 de mayo en distintas plazas, politizando la figura materna y el dolor.

Un segundo impulso se vio en la caravana al norte del país que en junio de 2011 convocó el Movimiento por la Paz,

dice Carolina Robledo. Esa caravana reveló que la crisis de las desapariciones era una tragedia nacional, y ayudó a que las familias, antes ignoradas o criminalizadas, se reconocieran como víctimas de la violencia de Estado y criminal. A raíz de ello se logró la Ley General de Víctimas, publicada en 2013.

Un tercer ímpetu sucedió a partir de la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, en septiembre de 2014. Convocados por ese dolor y sabiéndose cobijados por el respaldo de la sociedad a los normalistas, cientos de familias de otras comunidades salieron al campo por “los otros desaparecidos”. Iguala se convirtió en un centro gravitacional de aprendizaje. Pronto las búsquedas se replicaron por todo el país. No es que antes no existieran colectivos buscando, los había en Tijuana, en Culiacán, en Tamaulipas, pero desde ese momento hubo, como le llama Marina Azahua, “una transpolinización de saberes” que cruzó el territorio y fue la semilla de una red nacional.

Mientras estos encuentros sucedían, las mujeres se miraron entre sí y aprendieron a nombrarse. Si al principio no lo hacían por el miedo y la criminalización que sufrían, comenzaron a reconocerse como víctimas, que luego descubrieron su capacidad de acción, de salir a la calle y marchar, de ir a las fiscalías y exigir, de tomar el Congreso y hacer leyes. “Se asumieron como buscadoras”, dice Carolina.

En 2016 las familias que se conocieron dos años atrás en Iguala, que venían del norte, del sur, del centro, ya conformaban una red. Ésta respondió al llamado para buscar fosas clandestinas en Veracruz, en una acción que se conoció como la Primera Brigada Nacional de Búsqueda, convocada por la Red de Enlaces Na-

cionales, una articulación de familiares y solidarios que se habían conocido en la caravana al norte y que se consolidó en 2014. Luego vendrían otras seis brigadas nacionales en distintas partes del país, otras tantas brigadas regionales y locales y tantísimas caravanas de búsqueda de personas vivas en las que familias y solidarios reparten volantes, acuden a plazas, a cárceles, a fiscalías a ponernos de frente el rostro de sus desaparecidos.

Hoy los colectivos afloran por toda la República, algunos enfocados en la búsqueda de fosas clandestinas y campos de exterminio; otros en la búsqueda de personas vivas; otros en el fortalecimiento legal e institucional con resultados como la publicación, en 2017, de la Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas, así como la creación del Mecanismo de Identificación Forense, entre otros instrumentos legales.

Cuando se vive la desaparición de un familiar, la incertidumbre lo ocupa todo. El no saber, no entender, no aprehender lo que sucedió. “La desaparición es un exilio social; quedas marcado por el estigma”, dice Marina. Ser parte de una red da la posibilidad de reconocer y recuperar el valor propio a través de lo que se sabe y lo que se aprende de las compañeras. Es justamente la circulación de ese conocimiento lo que mantiene latente la red, donde no sólo importa el conocimiento especializado, sino la experiencia de vida, lo cual también les permite reconocer, a las personas buscadoras, el saber de esas genealogías que antes fueron vapuleadas.

Dice Idalia Gutiérrez, que buscó a su hijo Amir, desaparecido en la capital de Chihuahua: “El ministerio público nunca me quería recibir, no me hacía caso cuando preguntaba por mi expediente. Un día escuché a un agente platicando con su secretaria, algo hablaban de comida, siempre estaban comiendo, ahí entre

los expedientes, y escuché que le gustaba el chile chilaca. Yo soy muy buena haciendo chile chilaca, hago los mejores, y entonces que le preparo uno y se lo llevo a los pocos días y a partir de ahí ya me saludaba, se aprendió mi nombre y comenzó a hacerme caso cuando iba a preguntarle cosas de mi expediente”.

Rocío Hernández Romero busca a su hermano Felipe en Coahuila. Comenta con franqueza: “Estoy impuesta a andar en el monte, en el cansancio. Vengo de familia de cerros, de todo eso, desde niña. Entonces son características que me han ayudado en el grupo, los demás a veces se cansan mucho para un cerro y yo llego a un cerro y se me hace tan divino. Hay compañeras que tienen que aprender a andar en cerros, cuando se espinan hay que buscar chicles para sacarles las espinas. Yo sé de víboras, de clima, de orientación, porque caminamos kilómetros sin GPS”.

Bibiana Mendoza cuenta parte de su experiencia: “Yo crecí en una familia de muy escasos recursos y tuve que dejar de estudiar muy chica. Trabajé en una pastelería y ahí un día leí un poema de Mario Benedetti y me gustó mucho la poesía. Mis amigas se robaban libros de la biblioteca de la escuela y me los daban. Un tiempo empecé a escribir cosas, cartas de amor inspirada en ese poeta a cambio de refrescos y Sabritas. Ahora con la desaparición siento que Benedetti, *Alicia a través del espejo*, Pablo Neruda y Cortázar me ayudaron inconscientemente a ser la vocera del colectivo; un día me dijeron: habla tú, tú sabes decirlo de otra manera”.

Graciela Pérez, que busca a su hija Mily en Mante, Tamaulipas, también recurre a la memoria: “Cuando era niña mi mamá me ponía a separar los frijoles; cómo odiaba yo esa tarea, siempre trataba de escaparme, no me gustaba. Quién iba a decir que separar las piedritas de los frijoles, separar los frijoles rotos de los buenos me iba a ayudar en la criba, cuando encontramos restos y los cribamos: a separar los fragmentos de óseo calcina-

do, los fragmentos de dientes, de los terrones de tierra, de las piedritas, de los pedacitos de raíz”.

Un grupo de mujeres con las imágenes de sus hijos desaparecidos impresas en cartulinas, carteles, botones o escapularios ocupaba casi todos los asientos del auditorio de una universidad en el norte de México. Era el año 2013 y llevaban ya tres días reunidas, discutiendo sobre leyes, tratados y fiscalías para encontrar a sus hijos desaparecidos. En el umbral del cierre de la sesión de un congreso internacional, las mujeres dejaron salir su desesperación:



—¿Y por qué no salimos a buscarlos nosotras?

—¿Buscarlos dónde?

—Pues en donde los tienen.

—¿Y dónde es eso?

—Los deben tener en bodegas, en las afueras de las ciudades, encerrados, secuestrados todos.

—En los montes, en los cerros.

—Pero si vamos, nos van a matar.

—Si vamos diez sí, pero si vamos cientos, si vamos miles no podrán matarnos a todas.

¿Ir a buscarlos? ¿Subir a los cerros y liberarlos de las bodegas donde están secuestrados? ¿Cómo se les ocurre? Podrían

matarnos a todos, claro que sí. Podrían hacernos desaparecer a todas, a todos.

Diez años después de ese encuentro en una universidad en el norte del país Karina Ansolabehere, académica de la UNAM, contabilizó que en 2023 había más de cien colectivos de buscadoras en México; un año después Amnistía Internacional contó más de doscientos. Cuantificar los colectivos importa por su genealogía y para imaginar la dimensión del daño y la lucha, pero poco representan en su exactitud numérica, pues los colectivos son seres vivos que se mueven, se activan, guardan reposo, se fragmentan y se unen a otros fragmentos para crear nuevos colectivos. Son seres vivos que reaccionan y accionan políticas de búsqueda, de cuidado, de verdad y de justicia en un país que no da tregua a la violencia y a la administración del dolor por parte del Estado.

La red está viva, alerta y aprende a sobrevivir en un contexto patriarcal y capitalista. El Estado y los criminales presionan, acosan, amenazan y desarticulan. En todos estos años reunidas, las personas buscadoras han aprendido a detectarlo. Bibiana Mendoza cuenta: “Los políticos conocen nuestras carencias económicas y culturales, lucran con nuestro dolor y nos desarticulan los colectivos, nos dividen”. Pero ellas, agrega, aprenden a darle la vuelta: “El gobierno cree que desactiva colectivas, pero la diversidad ha aportado más de lo que ha quitado; nos enfocamos de distintas formas, pero vamos dirigidas a lo mismo: encontrarlos”.

La red es un organismo vivo, expansivo, intermitente. Existe, aunque a veces no sea visible. Se activa de maneras misteriosas, porque entretejidos están las desaparecidas y los desaparecidos. Ellas, ellos, además de las buscadoras y las personas solidarias, forman parte de esa red, la accionan y la mantienen viva. *RM*

NATALIA MENDOZA

Del contrabando al peaje: notas para una historia social de la frontera sonorense



Miguel Fernández de Castro, *Ocotillo*, 2020. Todas las fotografías son cortesía del artista.

Eran hijos de hombres que se habían pasado la vida arriba de caballos, arreando reses por todo lo ancho del desierto o peleando en la Revolución. Los habían criado capaces de cabalgar la noche

entera para recoger carne seca, café y harina y regresar a la mañana siguiente al campamento con vituallas. Sabían usar armas, atender vacas parturientas, reparar automóviles, hacer tortillas y robar ganado mostrenco. Fueron la generación que entendió que el pastoreo libre había llegado a su fin y que ahora sería necesario hacerse de tierras y cercarlas. Dedicaron sus mejores años a pelear

por linderos. Habían visto a sus padres llenar latas con goma de opio y cubrirlas con manteca para transportarlas hacia la frontera. Su brújula moral estaba calibrada para indicarles que no era el contrabandista quien merecía su desprecio, sino “el envidioso que le ponía el dedo”. En la segunda mitad del siglo XX, ellos y sus hijos pusieron ese conocimiento al servicio del contrabando de mariguana y gozaron por un tiempo de la bonanza.

Un día, uno de ellos vio a un gringo recargado en el cerco de su rancho. Era gordo, rojo y tenía una estructura de fierros y cables en cada pierna. Después supo que había recibido más de treinta balazos abajo de la cintura cuando fue soldado en la guerra de Corea. Cualquiera habría pensado que se trataba de dos vecinos conversando de casa a casa, si no fuera porque el alambre de púas que los separaba era también la frontera entre México y Estados Unidos. Al sur estaban los terrenos nacionales que el Distrito de Colonización del Desierto de Altar había puesto a disposición de nuevos propietarios para la explotación ganadera. El gringo, por su parte, estaba parado en territorio de la Reservación pápago, que en 1986 cambiaría su nombre a nación tohono o'odham. Unos diez kilómetros al oeste estaba la puerta San Miguel, uno de los últimos pasos transfronterizos activos de uso exclusivo del pueblo o'odham. Un testigo externo habría dicho que los dos hombres estaban platicando “en medio de la nada”; para los locales, sin embargo, el desierto estaba conectado por un red invisible de parientes, amigos, compadres y socios.

Se comunicaron como pudieron; el gringo le hizo saber que no estaba ahí para darle servicio al molino de viento, como hacía creer el letrero de Windmill Repair que le permitía transportar mercancía sin levantar sospechas en una camioneta carente de ventanas en el sur de Arizona. Estaba esperando un cargamento de mariguana que pronto llegaría de Caborca. Así inició una colaboración que duró varios años. Mucho tiempo después, la nota

que publicó el *Arizona Daily Star* sobre la aprehensión del mexicano afirmaba que se trataba de un miembro de una red de contrabando (*smuggling ring*) conformada por dieciocho o veinte personas que operaban “en México y la Reservación”, omitiendo a los integrantes blancos. Aquello que él recordaba como una secuencia más o menos fortuita de intercambios y encuentros había adquirido, desde la visión de la ley, la forma de una organización con límites bien definidos. Ahora, treinta años después, cuando me habla sobre los delitos que se le imputaron en aquel entonces, me dice que lo juzgaron por ser “amigo de los pápagos”.

Algo similar sucedió en el caso de la mafia siciliana. En 1982, el parlamento italiano aprobó un cambio aparentemente insignificante en el Código Penal, un apartado nuevo al artículo 416, sobre las asociaciones delictivas. El añadido *bis* describe un tipo particular de asociación: la de carácter *mafioso*. Se estipula que una organización es mafiosa cuando “sus miembros se valen de la fuerza de intimidación del vínculo asociativo y de la condición de *omertà*” para cometer delitos y tomar el control de actividades económicas, gestiones, autorizaciones o servicios públicos. La nueva ley permite perseguir y juzgar a los integrantes de estas organizaciones por el simple hecho de *pertenecer* a ellas. Es decir, los jueces no necesitan evidencia de que el acusado haya cometido otros delitos, basta con que se pueda probar que es parte de la mafia. Ese cambio mínimo en la redacción de la ley fue el que permitió, por ejemplo, que el 17 de junio de 1983 la policía arrestara a 856 miembros de la Camorra en Nápoles y que en 1987 se sentenciara a 457 integrantes de la Cosa Nostra siciliana.

Lo interesante es que esto pone a la mafia en compañía de una gama mucho más amplia de “redes de confianza”, tal como las describió el sociólogo e historiador Charles Tilly.¹ Los ejemplos van des-

1 Charles Tilly, *Trust and Rule*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005.

de las hermandades y logias hasta las iglesias paganas o las redes de ayuda mutua. Las redes de confianza se definen como un número de personas, a veces desconocidas entre sí, unidas por un vínculo fuerte que exige el cumplimiento de una serie de obligaciones mutuas para llevar a cabo una tarea o un objetivo común de largo plazo. Tilly establece que la particularidad de las redes de confianza, a diferencia de cualquier otra forma de sociabilidad, es que los errores y faltas de uno de sus integrantes tienen la capacidad de poner en riesgo la realización del objetivo común e incluso la seguridad de los otros miembros: cada uno confía en que el resto no lo defraudará.

LA EVASIÓN DE LA VIGILANCIA FRONTERIZA

En sentido estricto, el contrabando no es más que la evasión de un arancel, es decir, la importación o exportación de mercancías sin el pago de los derechos aduanales correspondientes. No sorprende, por lo tanto, que en la medida que las fronteras y el cobro de tarifas han sido, en sí mismos, objeto de críticas y cuestionamientos, la criminalización del contrabando haya sido sólo parcialmente efectiva. Fue en el siglo XVIII, al mismo tiempo que se establecieron sistemas legales y policíacos que solidificaron las nuevas relaciones de propiedad, cuando las potencias europeas se dieron a la tarea de tipificar, perseguir y castigar el contrabando con mayor vehemencia. Entre 1740 y 1750, cuando en las regiones inglesas de Sussex y Kent se produjo “una verdadera guerra de guerrillas entre los contrabandistas y los oficiales del gobierno”, decenas de contrabandistas fueron ejecutados; algunos de ellos, colgados.²

Desde un principio, sin embargo, las autoridades estatales tuvieron que admitir que estos esfuerzos eran poco efecti-

vos. El común de la gente en las zonas costeras de Inglaterra “no veía en el contrabando ningún delito” e incluso consideraba como una suerte de derecho consuetudinario obtener mercancías a un precio más bajo.³ Esto no sólo era cierto para el grueso de la población que buscaba consumir té a menor precio, los economistas liberales clásicos, incluyendo a Adam Smith, también albergaron la idea de que la verdadera aberración no era el contrabando, sino la existencia de aranceles y barreras comerciales. En vez de intentar sellar las fronteras y defender militarmente las aduanas, una batalla que dichos liberales juzgaron pérdida de entrada, consideraban que el Estado debía eliminar las tarifas y dejar que el comercio internacional se regulara a sí mismo según las ventajas comparativas de cada región.⁴

Si bien los contrabandistas han gozado, en distintos momentos de la historia, no sólo de aceptación sino de cierta popularidad, no se suele atribuir al contrabando una dimensión social, a diferencia, por ejemplo, de la interpretación que hace Hobsbawm de los bandidos; al hacerlo se correría el riesgo de exagerar el carácter del contrabando, una actividad que persigue sobre todo la ganancia individual. En diferentes épocas, no obstante, el contrabando ha adquirido una dimensión política, la cual ha sido formulada como un rechazo explícito a las tarifas arancelarias o a las restricciones a la movilidad humana. El caso más destacado de lo primero es, por supuesto, el incidente conocido como Tea Party, ocurrido en 1773 en Boston, que dio pie a la guerra por la independencia de Estados Unidos. Para protestar por la imposición de aranceles coloniales y el monopolio de la East India Company, los comerciantes vertieron al mar 342 baúles de té y op-

3 *Ibid.*, p. 149.

4 John Ramsay McCulloch, en John J. Lalor (ed.), *Cyclopedia of Political Science, Political Economy, and of the Political History of the United States by the best American and European Authors*, M.B. Carey, Chicago, 1899.

2 Cal Winslow, “Sussex Smugglers”, en Douglas Hay et al., *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*, Pantheon Books, Nueva York, 1975, p.119.



Papalote, 2020.

taron por adquirir esta mercancía de los contrabandistas holandeses. Ejemplos de lo segundo son las redes que, en diversos periodos, se han organizado para extraer y transportar a través de una frontera a personas para rescatarlas de la guerra, la esclavitud o de la persecución, como el Underground Railroad o el Sanctuary Movement en Estados Unidos.

Más que en el hecho mismo de la evasión de la vigilancia fronteriza, la condena social del contrabando se ha concentrado en la naturaleza de las mercancías intercambiadas. La oposición arquetípica entre una antigua mafia honorable y una nueva mafia sin honor se repite una y otra vez, y en gran medida esto tiene que ver con el estatus de las mercancías. Para justificar la brutalidad cometida contra los contrabandistas que se amotinaron en Sussex en el siglo XVIII, las autoridades estatales argumentaron que, a diferencia de los antiguos mercaderes que comerciaban principalmente con lana, los contrabandistas de té eran repudiados tanto por el tipo de sustancia —“oriental” y estimulante— como por pertenecer a una clase social baja. Sigue siendo cierto en la actualidad, sin embargo, que la gran mayoría de los productos que circulan por contrabando son bienes de primera necesidad: comida, ropa, medicinas.

En *Smugglers and Saints of the Sahara*, la antropóloga inglesa Judith Scheele hace una descripción fascinante de cómo fue cambiando el comercio regional e internacional en el Sahara durante el siglo XX. Desde la independencia de Argelia en 1962, prácticamente todo el comercio terrestre con Malí se declaró ilegal, con la excepción de los dátiles de mala calidad y algunos animales. Con todo, la distinción entre el comercio lícito (*al-frūd al-halāl*) y el ilícito (*al-frūd al-haram*) no depende de criterios legales, sino morales. El contrabando se considera una forma honorable de ganarse la vida, pero al comercio de drogas se le repudia con fuerza.

De hecho, explica la autora, la clasificación moral del contrabando se puede deducir de la velocidad del tráfico de mercancías y personas. El tráfico lento ocurre a la luz del día, por los caminos principales y, sobre todo, alimenta una red de parentesco, amistad y obligaciones recíprocas. Así viajan la leche en polvo, la semolina y la gasolina de Argelia; las telas y lentejuelas de Mauritania y los migrantes indocumentados de los países del Sahel. En cambio, en vehículos chicos de doble tracción que circulan de noche a altas velocidades y por caminos remotos viajan las drogas que entran por el golfo de Guinea hacia Egipto, Israel y Europa, así como los AK-47 que provienen

de países como Chad, sumergidos en conflictos armados de décadas.

LA SOCIEDAD DEL CONTRABANDO

Es probable que no haya un texto más leído en antropología que la descripción que hizo Malinowski del llamado *Kula Ring* o circuito Kula en *Argonauts of the Western Pacific*. Se trata de una forma ceremonial de intercambio que conecta a cientos de hombres en dieciocho islas de Papúa Nueva Guinea. El interés del caso, desde el punto de vista teórico, radica en que los bienes intercambiados no tienen ninguna utilidad práctica, son brazaletes y collares que viajan en direcciones contrarias. El intercambio, por lo tanto, no satisface necesidades materiales, como argumentaban los economistas utilitarios, sino que tiene una función social y política más amplia: crear un sistema de obligaciones mutuas que asegure cierto grado de confianza y hospitalidad y mitigue el riesgo de otros viajes y transacciones de larga distancia.



La loma de las mujeres, 2016.

Los hombres que a partir de la década de los setenta se embarcaron en el contrabando de mariguana en la región rural de Sonora y Arizona se dedicaban a una gama actividades económicas alternas: criaban reses en ranchos propios o ajenos, eran dueños de comercios, algunos habían migrado a Arizona, donde trabajaban de lunes a viernes y los fines de semana volvían a sus ranchos en Sonora. La mariguana era un ingreso adicional y ellos trabajaban como subcontratistas autónomos, se les llamaba “cruces”

y se encargaban de organizar la logística del contrabando a través de la frontera. Se servían de su conocimiento de la geografía local, pero también de su capital social, es decir, de las relaciones de reciprocidad y confianza con las personas que cruzarían la frontera con la carga y con aquellas que la recogerían del otro lado.

Formaban parte de una clase media ranchera que se había hecho de cierto nombre y algunas propiedades. No pertenecían a esa oligarquía terrateniente que en Sonora ha permanecido casi intacta desde el siglo XIX, pero tampoco eran los jornaleros que trabajaban como vaqueros o ayudantes en los ranchos y que ingresarían a las filas de los burreros, quienes hacían el trabajo pesado de cargar paquetes de veinte kilos de mariguana hacia la frontera y a través de ella. A veces había alguien “menos afortunado que los demás”, explica un contrabandista de esos años, que recibía alguna propina por caminar detrás de ellos con una escoba para borrar las huellas.

La gran mayoría de los terrenos por los que transitaban rumbo a la frontera eran ranchos privados con una extensión de miles de hectáreas, aunque también había algunos ejidos y ranchos menores que habían logrado establecerse en las tierras enajenadas a los grandes latifundios después de la Revolución. La principal función de los cercos que separaban los ranchos era impedir que las vacas ajenas pastaran en terreno propio. La circulación de vehículos, caballos y personas por los caminos comunales que atravesaban propiedad privada era libre. Había incluso una especie de acuerdo tácito que permitía el tránsito de burreros, contrabandistas y migrantes. Hay un tipo particular de sociabilidad que se produce en las regiones remotas, donde la gente pasa mucho tiempo sola. Los contrabandistas conversaban con los vaqueros, compraban queso, pedían agua, acampaban cerca de los ranchos, y así iban estableciendo los nodos de esa red que convierte al desierto en un espacio habitado.

El contrabando, como toda transacción que ocurre fuera de la ley, está siempre bajo el acecho de riesgos internos y externos. En este mundo, la figura más repudiable era la del *bajador*, una especie de pirata que se dedicaba a asaltar a los contrabandistas en el camino. Además existía el riesgo, más sutil, de que alguno de los integrantes de la red fingiera un robo para quedarse con una parte de la mercancía o buscara alterar la transacción de algún modo para obtener un beneficio propio. Para mitigar ese riesgo, se estableció la norma de que una mano derecha del dueño de la mercancía estuviera presente en todo el proceso de cruce, para que fungiera como testigo en caso de un asalto o contratiempo con la ley. Poco a poco, sin embargo, se fue imponiendo un mecanismo distinto para garantizar “la protección” de los contrabandistas, defenderlos de los bajadores, del acecho de los policías y de una nueva amenaza que apenas se perfilaba como tal: los grupos contrarios.

EL COBRO DE PEAJE

En la primera década de los 2000 se produjo una transformación social de consecuencias profundas. Un proceso comparable con el cercado de tierras de mediados del siglo XX, pero fundado en una nueva noción de propiedad, distinta de la tenencia de la tierra. Los antiguos guardaespaldas y guardias privadas de los contrabandistas se erigieron como “dueños de la plaza” y se estableció el cobro de cuotas a todas las personas que desearan cruzar de forma clandestina la frontera de Estados Unidos, principalmente a los migrantes. Si hasta entonces la vocación de la región había sido evadir la vigilancia fronteriza, ahora la frontera se estaba reproduciendo, multiplicándose de manera fractal en cada pueblo, cada plaza, cada ruta. Cada nodo de la red se convirtió en el celador de una puerta que sólo se abriría mediante el pago de peaje. Este nuevo sistema no es específico de las zonas fronterizas, sino que se ha extendido a todo el territorio nacional. Del mis-

mo modo en que uno puede calcular el monto total del peaje que pagará en un trayecto determinado, un contrabandista de migrantes centroamericanos explicó recientemente que la totalidad de cuotas que cada migrante debe pagar a “dueños de plaza”, policías, militares y otras agencias estatales por ingresar a México y desplazarse hasta la frontera sonorense es de alrededor de sesenta mil pesos.

Para imponer el nuevo sistema de cobro de cuotas a los dueños de la plaza y de los segmentos de frontera, se requería una estructura administrativa y militar movilizadora de forma permanente, como sucede con las fronteras estatales. Se necesitaban *cobracuotas* en los pueblos para recaudar los pagos y registrar el número de personas y mercancías que cruzarían la frontera; *puntos* con radios a lo largo del camino para detener las camionetas y contar a la gente que llevaban, y *sicarios* con armas para cuidar las fronteras de la amenaza de los grupos contrarios. La estructura, entonces, mutó: dejó de ser una red y hoy, lo que localmente se conoce como “mafia” o “los sicarios”, se convirtió en una suerte de burocracia. Es un sistema de cargos con competencias relativamente bien definidas que cualquier persona puede desempeñar de manera indistinta. Los ocupantes de esos cargos no son dueños de sus medios de producción —automóviles, armas, radios— ni requieren necesariamente de un capital social local.

Pocas cosas ilustran mejor la magnitud de la transformación social que llevó de la evasión de la vigilancia en las fronteras a su proliferación como los comentarios de aquel viejo contrabandista que en la década de los setenta se asoció con un gringo para traficar mariguana. “Sicario quiere decir pistolero, ¿qué no? O sea que éstos siguen a un jefe... No entiendo qué persiguen. Yo ya me perdí.” 

CLYO MENDOZA

Lactarios, brujas y gotas de leche

I

La siguiente red de apoyo que encontré, después de mi familia, fueron las mujeres del lactario, un salón con sillas de plástico y extractores a donde íbamos a sacarnos leche que refrigeraban para alimentar, en caso de que sobrevivieran, a nuestras hijas e hijos. A raíz de que internaran a mi recién nacida, no me dejaron amamantarla durante varios días, mientras le hacían análisis clínicos; todo su alimento era intravenoso. A diario, durante los turnos permitidos, su padre y yo íbamos a hablarle, cantarle, arrullarla, a mirar su rostro y sus labios resacos durante una hora que se nos iba como agua. Cuando me permitieron darle pecho, ni siquiera las doctoras

Mónica Figueroa, *Amigas escultoras pasando juntas la tarde*, 2023. Todas las imágenes son cortesía de la artista.



supieron calmar mi angustia por no saber amamantarla correctamente; “lo sabrás como mujer” fue lo único que me dijeron. Mi hija, además, tenía una hemorragia cerebral que era consecuencia de la violencia obstétrica a la cual habíamos sobrevivido y que le había impedido succionar cuando nació. Dentro del cuadro médico que tenía cuando la internaron, la deshidratación que su cuerpo resentía era de las cosas más graves. Yo alimentaba una enorme culpa por no haber notado que comer le dolía y que, durante dos días con sus noches, sus intentos por conseguirlo apenas habían redundado en unas gotitas de mi leche en su estómago.



Amigas interespecie, 2024.

En el lactario no sabíamos nuestros nombres, así que nos identificábamos con el número de cama de nuestros bebés. “La acomodas así”, me dijo la madre de la bebé que era vecina de mi hija, “y te fijas que ponga su boca de esta manera”. Imitábamos las boquitas de nuestros hijos con los dedos o los embudos de los extractores. Llorábamos de dolor con los pechos congestionados y reconocíamos el olor a leche en las demás. No nos

avergonzaban nuestros suéteres mojados de tanto esperar a que abrieran el lactario. Siempre había poco personal y algún extractor descompuesto (vicisitudes de los hospitales públicos). Hacíamos fila pacientemente una detrás de otra. En días de suerte, madres voluntarias llevaban atole de amaranto para todas. Yo podía permitirme rentar un cuarto en las inmediaciones, pero la mayoría de las madres acampaban en la acera.

Nos reconocíamos por los ojos y por nuestros pechos, nuestras zonas más vulnerables. Los rostros eran vagos detrás del cubrebocas y bajo las cofias desechables. Había quienes no podían extraerse leche porque ya no tenían, pero de todas maneras iban al lactario para no estar solas. Los hijos de varias se alimentaban con fórmula a través de sondas conectadas al ombligo: sin succión, la leche deja de manar de nuestros senos. Y luego estaban el trauma, el desvelo, las preocupaciones, el dolor de estar ahí recién paridas, con los chorros de sangre de los entueritos cayendo en nuestros pañales de adulto, desgarradas o abiertas de la tripa en más de un sentido. Nuestra leche se negaba a salir. Nuestra leche brotaba cuando algo en nosotras no se dejaba alcanzar por ese mundo oloroso a cloro y a muerte. Empañaladas, jorobadas, ojerasas, las mujeres del lactario éramos bellas en la resiliencia.

En el lugar donde nos hospedamos esas noches —una casa con paredes improvisadas de yeso—, los gritos de las otras madres no nos dejaban dormir. Eran aullidos de un dolor impronunciable, pues lo que esas mujeres vivían estaba fuera de todo orden discursivo. Y en medio de ello, el lactario era un vientre para nosotras, las madres, una bolsa de sombra con sillas incómodas, una cueva prístina a la que acudíamos para compartir nuestras experiencias, como lo hicieron las primeras mujeres que, tras parir, rodearon el fuego y se hablaron. Ahí entendí que dejarse acompañar es aceptar ser vista y escuchada en la más absoluta vulnerabilidad.



Tríptico [fragmento], 2025.

II

Nunca voy a olvidar los ojos que me regalaste cuando te vi por primera vez: eras tú pero eran de nuevo mis ojos de niña. Algo me cambió en ese momento: un recuerdo y el futuro reunidos en ti. Bajo la luz tenue de nuestro cuarto, tu mirada buscó la mía unos segundos después de que naciste. Eso es lo que quiero recordar en el instante de mi muerte. Luego reptaste hasta mi pecho (no tengo una mejor manera de decirlo) y te instalaste ahí con toda la confianza del mundo.

Cómo no voy a amar mi cuerpo si es el cuerpo que te trajo. Cómo no iba a levantarlo, herido y sangrante, al día siguiente de parir para ir a acunarte en tu cuarto de vidrio.

En la publicidad: niños rubios y sanos. En el hospital: niños calvos y niños conectados a cables. Escucho algunas viejas baladas de amor y tengo la impresión de que fueron escritas por madres para sus hijos. Pero oigo llorar a un animal y también creo que eres tú, porque algo en mí se eriza y activa al ser que otea por las madrugadas como las perras. Soy este cuerpo perruno que sabe cuando me extrañas porque empieza a gotear leche.

III

Cuando estaba a punto de perder la cabeza, mi madre me sostuvo. Yo jamás ha-

bía estado tan enojada, pero cuando ella me abrazó, reconocí que en el fondo de mi ira estaba el miedo. Un miedo francamente enloquecedor. Le pregunté a mi madre cómo podía sufrir tanto alguien tan nueva en el mundo, alguien que no ha cometido ningún error y a quien no se le puede acusar de nada. No me respondió.

“Mamá, varias veces estando embarazada me pregunté si estaba haciendo lo correcto”, le susurré. ¿No era más fácil ir sola? ¿No era más fácil ver solamente por mí misma? ¿No es éste un mundo cada vez más inhóspito? Mi madre me seguía abrazando y notaba el cuerpo tenso y resistente de quien está dejando que su mente vaya hacia la nada.

En ese momento, con mi hija recién nacida conectada a cables, recibiendo oxígeno de una máquina, migrando de urgencias a cuidados intensivos, diminuta en su camilla, concluí: es mi culpa, por haber dudado. Mi madre me escuchó, me devolvió la mirada, vio mi cabeza trepar entre los cables y mis pensamientos encenderse como piras. Me apretó contra ella como para impedir que partiera.

“Todas las madres dudamos en algún momento, hija”, me dijo. Todas.

IV

A partir de que la dieron de alta, me quedé con una bebé que, según decían los médicos, podía ahogarse, rígida y espástica, con la leche. Se dijeron las frases “retraso del neurodesarrollo”, “función no adecuada de las extremidades”; la palabra: “Parálisis”. De súbito tenía que estar lista para ser madre de una bebé demasiado demandante. Tuve que ser madre en condiciones que no esperaba. Escribí con desesperación a algunas amigas de mi ciudad: “te extraño, me gustaría verte”. La mayoría no supo responder al grito de auxilio o yo no supe explicar la urgencia de mi llamado. Sus vidas continuaban idénticas, entre el trajín del trabajo y desvelos distintos al mío. Mi trasnochar perdía sentido o interés para ellas. Sentí que ya no era la que aparenté ser toda la vida: una mujer atractiva o interesante. Ahora

era una sombra de pelo enredado y sin lavar que no sabía qué hacer con una bebé a la cual amaba, a la cual quería bajo cualquier circunstancia, pero en la que no podía dejar de proyectar expectativas, lo que invariablemente hacemos con nuestras criaturas. Fueron meses de una soledad muy honda: ni siquiera salíamos de casa por temor a vulnerar la salud, de por sí tambaleante, de mi hija.

Cuando me diagnosticaron depresión posparto, muchas cosas cobraron sentido. Como dice un amigo que paternamente: “los días fueron eternos pero el tiempo pasó demasiado rápido”. La maternidad me obligó a depurar mis afectos y me aferré a las personas que se quedaron: amigas que son madres y que me han cobijado con sus promesas de mejora, sus pasteles, sus audios, sus consejos. También me aferré a mis amistades que no maternan pero que conocen y ejercen cuidados; me sostuve en sus libros, su escucha distinta, sus paseos y sus cambios de tema. Y me aferré a mi madre: su hacer mucho con tan poco, la hora y media que me regalaba para bañarme y comer conmigo; a su abrazo, su consuelo, su olor y sus recuerdos. Me abracé a mi perra: a ese profundo entendimiento entre nosotros cada que el celo le pone en el cuerpo la maternidad como una urgencia, a su manera de anidar en la frescura de la tierra, a su dormir intranquilo.

V

Leo en una de las notas que escribí cuando rentaba la habitación junto al hospital: “quisiera que sobrevivieras a esto y fueras una mujer de quince años que pelea conmigo. Daría mi vida porque estés para discutir conmigo e intentes ganarle a mis argumentos. Eso probaría que lle-

La maternidad me obligó a depurar mis afectos y me aferré a las personas que se quedaron: amigas que son madres y que me han cobijado con sus promesas de mejora, sus pasteles, sus audios, sus consejos.

gaste viva y sana, lo suficiente para querer pelear, para entender lo que dices, para poder formularlo”. Entonces, mirándote y apretando los puños, nada se me antojaba tan bello que ciertos momentos de los que, ahora, a veces reniego.

Por eso, cuando me siento sola sobre una pila de ropa sucia, cuando percibo el cansancio tras haberte velado durante alguna enfermedad y tú remontas, enérgica, hacia la salud total, mientras yo caigo en picada en la vigilia o cuando recién te he cambiado y se hace tarde pero tú decides untarte la comida en lugar de comerla, cuando le avientas tu plato lleno a la perra, cuando despierto con tu traseño en mi cabeza o cuando lloras a mitad de la noche justo en el instante en que concilio el sueño después de trabajar, entonces, cuando me levanto para amamantarte, trago saliva y recuerdo. Me digo: llora porque puede hacerlo, grita porque puede hacerlo, porque puede, porque puede. Es lo que hace una bebé sana. Y abrazo ese momento con la belleza con que la vida me lo entrega: una belleza imperfecta y paradójica.

VI

Elizabeth Sankey, en su magnífico documental autobiográfico *Witches*, analiza, entre otras cosas, el emblemático libro *Malleus maleficarum* o *Martillo de las brujas*, ese tratado sobre brujería, publicado en 1487 por los frailes dominicos, que fue usado por los inquisidores para justificar la quema de mujeres durante las, así llamadas, cazas de brujas. “Se suponía que la bruja mala debía darnos miedo, pero también fue creada como una advertencia para mujeres y niñas. Compórtate y sé hermosa o te destruiremos. Durante siglos las mujeres han aprendido esa lección, así que ahora está bordada en nuestros huesos”.

Sankey examina los juicios por asociación diabólica en Inglaterra entre los siglos XV y XVIII y los contrasta con lo que hoy sabemos de la psicosis puerperal y la depresión



Descubrimiento de una antigua mujer-piedra en La Venta, Tabasco (1940) y dos cometas que se besan en la bóveda celeste, 2022.

posparto. Todos esos testimonios de mujeres que aceptaban ser brujas, diciendo que, al nacer sus hijos, habían tenido el impulso de matarlos orilladas por la voz de un ser oscuro y con cuernos, ¿no eran más bien resultado de un delirio agudo cuyo origen se encontraba en el mismo puerperio? Ya Hipócrates, en el siglo IV a. C., describió esa pérdida de sentido de la realidad, la desorientación, el insomnio, las alucinaciones y los pensamientos obsesivos que algunas mujeres sufrían después de parir y que la medicina moderna sigue menospreciando. En su película, Sankey también se pregunta cómo es que esta enfermedad ha sido tan poco estudiada, tan condenada, si las mujeres parimos desde el principio de los tiempos. Relata, además, cómo se dio su aque-larre personal en un hospital psiquiátrico junto a otras personas que atravesaban las mismas crisis de salud mental.

En una de las secuencias del filme, la directora dialoga con una de sus amigas: “te agradezco”, le dice, “por haberme ayudado”. Su interlocutora no sonríe, comenta que le parecen muy tristes las circunstancias en las que se conocieron y que fueran personas ajenas al círculo íntimo de Sankey las que le sugirieran ir

a un hospital. Concluye: “Es muy, muy triste, porque debe haber muchas otras mujeres que se escurrirán entre la red y eso es realmente trágico”.

VII

Conozco de otros tiempos al toro de tela de la depresión. Sin embargo, no deja de sorprenderme cómo consigue colarse, cómo se instala disfrazada de cierta tristeza cotidiana, con la única particularidad de que es un estado difícil de explicar. Hay algo en ella que imposibilita su justificación y evade nuestra capacidad para asirla con el lenguaje. La conciencia, esa conquista evolutiva que corroboramos en la posibilidad de comunicarnos, se quiebra a decir de una misma y de los otros. La soledad se vuelve inmensa.

El padre de mi hija me decía que no entendía por qué yo no era feliz si la bebé estaba bien. Debía estar alegre. Aunque había algo de lógico en esa imposición, lo cierto es que no podía dejar de lado el pensamiento obsesivo de la pérdida. Mi hija había sobrevivido, pero el solo recuerdo de su sufrimiento me hería. El terror a perderla todavía persiste, pero entonces se instaló de forma crónica. La miraba de noche para ver si respiraba, me daba pánico ir en auto, bajar las escaleras con ella en brazos, bañarla, alimentarla. Durante meses intenté dormir sentada para estar siempre alerta. Cuando al fin caía rendida, soñaba con otras madres y otros bebés atendidos por la misma doctora sádica y fantaseaba con una venganza imposible. Al mismo tiempo, me iba hundiendo en el mutismo. Nadie lo notó, ni siquiera el padre de mi hija, que había retomado su vida de siempre con toda naturalidad. La admiración inicial de haberme visto parir, de haber presenciado ese poder, se diluyó cuando hubo que internar a la bebé. La admiración se convirtió en una acusación implícita por no haber parido “bien”, por no ser la mujer que se levanta estoica y, sobre todo, feliz por tener a su hija.

Durante meses tuve que escuchar de algunas personas que aquello había sido



Antigua mujer de piedra, 2023.

un no saber parir propio de una mamá primeriza; que otras madres, que ellas mismas, tras dar a luz, se habían levantado a lavar ropa, a cocinar, a cuidar al resto de los hijos. En esos relatos, aparentemente inofensivos, yo percibía una rivalidad de la que nada sabía antes de ser madre: la competencia instaurada en las familias tradicionales en torno a ser una buena mujer. El padre de mi hija casi nunca contó a nuestras interlocutoras lo que había pasado aquella noche: una doctora ebria, que en algún momento se quedó dormida, dijo que no era necesaria una cesárea de emergencia; no sugirió esa posibilidad ni siquiera cuando el corazón de la bebé empezó a dejar de latir en mi vientre.

Tuve que ser yo quien le pusiera nombre a eso: violencia obstétrica. Fui yo quien se plantó y dijo: parí a mi hija a pesar de las circunstancias. Con los ojos reventados de sangre por el esfuerzo, desgarrada, parí a mi hija y me parí a mí misma con ayuda de quienes se quedaron. Pocas cosas separan tanto a las parejas como la incompreensión del dolor de alguna de las partes; pocas cosas son tan insalvables como el abismo que se abre

entre dos personas que fueron amantes y que de pronto se encuentran en extremos emocionales: alguien desea mientras la otra padece.

VIII

Mi abuela les enseñó a sus ocho hijas a barrer y a limpiar con excesiva pulcritud para que al menos pudieran ganarse la vida limpiando casas ajenas. De modo que, en el desordenado pero uniforme árbol genealógico de mi familia, mi oficio es una suerte de anomalía. Pero no me hice sola. Otras estuvieron antes: limpiando casas de otros, trabajando la tierra, migrando.

Ante el movimiento constante de ese músico errante que fue mi abuelo —un esposo ausente casi siempre—, la red de apoyo de mi abuela fueron sus hijas mayores. Catorce hijos, tres de ellos muertos de cólera o disentería, no le otorgaron el tiempo para estrechar el universo de las amigas. Entre el duelo —ese arrebatare del mundo hacia adentro— y los quehaceres en solitario, sus alianzas lejos del núcleo familiar fueron muy pocas. Mi abuelo, en cambio, era candil de la calle: su funeral fue una fiesta llena de rostros desconocidos. Cientos de personas, entre ellas la otra familia, oculta hasta ese día, acamparon afuera de su casa con fogatas y aguardiente.

Qué le depara la muerte a mi abuela, me pregunto; qué funerales les esperan a las mujeres que, como ella, han sido llamadas “hurañas”, si la posibilidad de generar vínculos también está determinada por el tiempo y los recursos que tenemos a nuestro favor.

IX

Ayer viajamos a la Mixteca a ver a mi tía Alicia, a quien le acaban de diagnosticar cáncer de matriz. Mi familia es de la Costa Chica, esa línea caliente que funde Oaxaca con Guerrero; una zona que resguarda el negado mundo afrodescendiente del que provengo. A pesar de los años que la tía Alicia ha vivido en la gélida zona a la que migró, su personalidad

sigue siendo la de una mujer costeña. Alburera, cotorra, coqueta y bien plantada, su optimismo es contagioso y se ha reforzado por una fuerza espiritual que sólo es posible advertir en quienes han sobrevivido. A los dieciocho años, embarazada por primera vez de un borracho golpador, los médicos le diagnosticaron un tumor maligno en el brazo izquierdo. Algunas hipótesis culpan a las lacas para peinar con las que alaciaban ese “pelo malo”. Sin certeza de la causa, ella decidió conservar a su hija y amputar el brazo. Aunque nadie la comprendió del todo, llevó su proceso con ternura. Pocos años después, ya con dos niñas pequeñas, el esposo las abandonó. Tuvo que poner un puesto ambulante de taquitos en el que también acomodaba dos cunas para poder cuidar a sus hijas mientras cocinaba con un único brazo.



Tríptico [fragmento], 2025.

Ser madre soltera es otro tipo de disidencia. Algo que siempre me ha sorprendido de mi tía es su disposición al gozo, su esperanza. Cuando mi hija salió del hospital, las siete hermanas vinieron a casa de mi madre con un montón de regalos. Pero sólo ella me llamó y me dijo lo que nadie: “acepta tu dolor, pero goza a tu hija”. Me abrazó muy fuerte, como

sólo ella sabe, y agregó: “puro pa’lante, mijita, que estamos celebrando”. Es fácil reír y llorar con ella al mismo tiempo.

En mi familia nadie entiende muy bien a qué me dedico ni cómo logro vivir de lo que hago, pero cuando estoy con mis tías intuyo que lo que soy no está determinado solamente por mi trabajo; siento que puedo ser muchas otras cosas además de escritora. Con ellas descanso de la autoexigencia intelectual en un mar de conversaciones familiares. Las mejores historias las cuentan ellas y, si lo pienso mejor, hacer el registro de todas esas voces me motivó a dedicarme a la escritura. Le debo mucho a mi abuela que, untándose crema en las piernas, me contaba de los sueños premonitorios de su madre. Les debo mucho a mis tías, que se contaban oscuros secretos familiares en la cocina mientras yo las oía, escondida debajo de la mesa o haciéndome la dormida usando dos sillas a manera de cama.

Y así, partiendo de la histerectomía de la tía Alicia, a propósito de su cáncer, nos juntamos y decidimos hablar de las cosas que nos han dolido: el brazo que los médicos le dislocaron a una prima cuando nació, la anestesia mal puesta que casi deja parálitica a mi tía, el bebé que nació muerto. Me miran para escucharme: enumero un par de cosas, porque no puedo articular más. No me obligan: celebran a mi hija, que gatea a toda velocidad entre nosotras. Alguien rompe el ambiente de duelo trayendo dulces a la mesa y sirviendo café. Y entonces pienso cuánto le debo a estas largas comidas donde no importa quién escribe con mayor esmero, sino quién cuenta mejor las historias. Y es que no hay forma de sobrevivir al dolor si no se narra. *RM*

THOMAS WYATT

Whoso List to Hunt

Traducción del inglés de Pura López Colomé

Whoso list to hunt, I know where is an hind,
But as for me, *hélas*, I may no more.
The vain travail hath wearied me so sore,
I am of them that farthest cometh behind.

Yet may I by no means my wearied mind
Draw from the deer, but as she fleeth afore
Fainting I follow. I leave off therefore,
Sithens in a net I seek to hold the wind.

Who list her hunt, I put him out of doubt,
As well as I may spend his time in vain.
And graven with diamonds in letters plain

There is written her fair neck round about:
“*Noli me tangere*, for Caesar’s I am,
And wild for to hold though I seem tame”.



Iván Krassoievitch, *Poemas sintéticos de José Juan Tablada (Prólogo y La noche)*, 2017.
Cortesía del artista y de Proyectos Monclova.

Un soneto para Ana Bolena

A quien quiera cazar: sé dónde la cierva
está, si bien a mí, ay, no se me concederá;
vanas labores a cansarme llegan
pues soy quien más lejos de la presa está.

Aun así, en modo alguno mi mente logro alejar
de la cervatilla; ella rauda huiría,
yo pese al desmayo la seguiría
y dejarla lamento, en la red al viento he de atrapar.

A quien cazarla quiera, no dude, le advierto
aunque lo haga perder el tiempo,
grabado en diamante y sencillas letras

está escrito en torno a su cuello:
“*Noli me tangere*, que al César pertenezco,
salvaje, incapturable, aunque mansa parezca”.

Se ha especulado mucho sobre la relación entre el poeta y Ana Bolena, la segunda esposa de Enrique VIII de Inglaterra. Aunque no hay certezas, Wyatt estaba en la cárcel cuando la reina fue ejecutada por adulterio.



ENTREVISTA CON GUOBIN YANG

El internet y las redes sociales en China

Sandra Barba

Sandra Barba (SB): Usted ha documentado ampliamente la evolución del internet en China desde los años noventa, como se puede apreciar en su libro *The Power of the Internet in China*. Para empezar, ¿podría describir esa primera década? En concreto, ¿cómo accedía la gente al internet y cuál era su estructura y aspecto?

Guobin Yang (GY): Los años ochenta fueron una década de notable tolerancia, a la que, no obstante, le siguieron la tristeza intelectual y el estancamiento tras la represión de las protestas de Tiananmén, en 1989. China se conectó a internet en 1994, los primeros



Ilustraciones de Santiago Solís Montes de Oca, *La esperanza*, *La censura* y *La rebelión*, 2025.

días fueron tiempos de esperanza y entusiasmo. Esto coincidió con una nueva etapa de reforma del mercado y ayudó a comenzar un periodo de apertura cultural. Ese año, con la construcción de la Red de Educación e Investigación de China, que dependía del Ministerio de Educación, muchas universidades y centros de investigación pudieron conectarse. Las empresas privadas aparecieron en 1995 y, en 1996, 1997 y 1998, se fundaron las tres más grandes: Sohu, Netease y Sina, respectivamente. Por su parte, Tianya Club, otra compañía privada, y el foro en línea Strong Nation Forum, patrocinado por el Estado, se crearon en 1999. En ese entonces, los servicios de internet incluían foros BBS, páginas personales y comunidades en línea en las que participaban usuarios de todo el mundo. Durante algún tiempo, Strong Nation Forum fue el foro en chino más popular a nivel mundial, pero no era el único abierto al público, los foros BBS afiliados a universidades también permitían que participaran usuarios que no fueran sus estudiantes. Yo mismo lo constaté cuando investigaba sitios web chinos en el 2000, pues podía acceder a ellos fácilmente desde mi casa en Nueva York. Sin

embargo, en 2005 los BBS universitarios empezaron a cerrarse al público como parte de las medidas represivas que el gobierno estaba aplicando.

En mi investigación de entonces, descubrí que los internautas chinos, que suelen llamarse a sí mismos “netizens” (*wangmin*) o “net friends” (*wangyou*), invocaban, sobre todo, tres imágenes cuando hablaban del internet: el hogar, la plaza pública y el mundo de las artes marciales conocido como *jianghu* (literalmente “ríos y lagos”). Son imágenes de apertura y libertad, comunidad y socialización, así como de aventura y justicia. Estas tres imágenes reflejan la visión idealizada que las personas tenían de internet en sus inicios. Pero más que ideales, los usuarios intentaron hacer realidad esas visiones. Por ejemplo, hacia el 2000, en el foro Strong Nation se debatió ampliamente sobre cómo convertirlo en un espacio democrático de debate público. Asimismo, en el Club Tianya y otros foros BBS hubo actividades de protesta frecuentes y abiertas. En *The Power of the Internet in China* documenté que hubo personas que, además, recorrieron largas distancias para investigar y denunciar casos de corrupción o injusticia social.

Hoy, los internautas recuerdan esa época con nostalgia.

SB: El panorama del internet en China se ha transformado radicalmente. En *Engaging Social Media in China*, su libro más reciente sobre el tema, introdujo el término “plataformización patrocinada por el Estado” para describir este nuevo paradigma. Partiendo de su descripción de los años noventa, ¿podría describir ahora la década de 2020? ¿Qué ha cambiado? ¿Cuáles son las plataformas predominantes y qué emociones e imágenes se asocian a ellas?



GY: Ciertamente, el panorama en esta década es muy diferente al de hace treinta años. A finales de 2024, el internet en China había alcanzado al 79% de la población, lo que significa que, actualmente, hay más de 1100 millones de usuarios. Sina Weibo, considerada durante mucho tiempo como el Twitter chino, se convirtió en la plataforma de redes sociales dominante poco después de su lanzamiento, a finales de 2009, aunque la gente siguió utilizando los foros BBS

un buen tiempo. En 2011 se lanzó WeChat y se convirtió en el principal competidor de Weibo en cuanto a número de usuarios. Esta plataforma ofrece tantos servicios que, a veces, se la llama la superaplicación. Durante la pandemia, la gente recurrió a WeChat para hacer sus compras, entregar comida, comunicarse con sus amigos y familiares y realizar muchas otras actividades cotidianas.

Tanto Weibo como WeChat siguen siendo muy populares en la actualidad. Aunque ahora también se han extendido las plataformas de videos cortos y de transmisiones en directo, como Douyin, Kuaishou, Bilibili, Rednote. Un hecho importante que hay que recordar es que, en una economía nacional dominada por empresas estatales, todas las grandes compañías de internet, así como sus plataformas de redes sociales han sido negocios de privados. Existe, por tanto, una intrigante relación triangular entre el partido-Estado, las empresas privadas y los usuarios. Esto, por supuesto, tiene implicaciones para entender el comportamiento de los internautas.

En parte, las plataformas de videos cortos y *livestreaming* se hicieron populares al instante porque bajaron la barrera para convertirse en *influencer*. Sina Weibo, por ejemplo, solía tener *influencers* llamados Big “V’s”. Aunque la “V” hace referencia al hecho de que son cuentas verificadas, la mayoría de estos *influencers* son celebridades del mundo del espectáculo, estrellas de cine, escritores, periodistas y académicos, esto es, personas que tienen ciertos conocimientos lingüísticos para comunicarse mediante textos escritos. En cambio, las plataformas de video son diferentes: sea frente al público o ante la cámara de tu propio celular, sólo tienes que hablar y actuar. Así, estas redes atrajeron rápidamente tanto a gente culta, que vive en las ciudades, como a personas mayores y jóvenes de zonas rurales y pueblos pequeños. Según las encuestas del Centro de Información de Redes de Internet de China, casi todos los internautas del país utili-

zan también plataformas de video de corta duración.

Todo esto significa que el internet y las redes sociales se han integrado profundamente en la vida cotidiana y laboral de la China actual. Conectarse a través de los teléfonos inteligentes se ha convertido en una rutina que, además, se da por hecho. Mi reciente libro, *The Wuhan Lockdown*, que es una especie de secuela de *The Power of the Internet in China*, ofrece análisis actualizados de estos acontecimientos contemporáneos y su impacto social. Como dije, si la primera década se caracterizó por estar llena de esperanza, optimismo y entusiasmo, aunque también de ira y protesta, ahora es más difícil describir los paisajes emocionales de los espacios digitales chinos. Todo se ha vuelto más complicado. Lo que inicialmente era una estructura básica de comunicación en red no sólo ha crecido exponencialmente en sus tecnologías, sino que también se le han inscrito funciones y significados complejos y, a menudo, contradictorios, de acuerdo con los profundos cambios culturales, sociales, políticos y económicos.

Al igual que en otros países, ahora hay menos optimismo sobre lo que puede aportar internet y más conciencia de su lado oscuro de desinformación, *trolling* y estafas. De hecho, hay menos optimismo y esperanza sobre la vida en general y esto se aprecia en cualquier red social: la gente tiene mucha ansiedad y se queja de la escuela, el trabajo, la familia y las relaciones. Hay una sensación de agotamiento en una sociedad cada vez más competitiva y estresada. El filósofo Byung-Chul Han llama a nuestro mundo contemporáneo “la sociedad del *burn-out*”. Este agotamiento no es culpa del internet en sí, aunque las empresas de redes contribuyen, sin duda, a crear la hiperconectividad y la cultura de “estar siempre conectado”, promoviendo sus plataformas. Podemos decir que el internet es como un espejo de la sociedad que refleja y refracta lo que ocurre en nuestras vidas. Y como un espejo frente

al sol, puede enfocar su luz solar, pero, también, provocar quemaduras.

SB: Hace varios años hablé con la directora de una ONG feminista prominente de México, quien expresó su preocupación por el hecho de que la multitud de causas políticas en línea estaba fragmentando los esfuerzos por el cambio social y observó que muchas organizaciones parecían operar de forma aislada. En el contexto de China, ¿los activistas en línea han experimentado una fragmentación similar debido a esta multiplicidad de causas?

GY: Los grupos de la sociedad civil de todo el mundo se enfrentan a ciertos retos similares, como la falta de financiamiento y de personal capacitado, lo que puede ponerlos, inadvertidamente, en competencia entre ellos, por ejemplo, por los limitados fondos de fuentes externas. En China, la regulación y la vigilancia estatales añaden otra capa de complejidad. Cuando aparecieron por primera vez, en la década de los noventa, las ONG eran formas de organización relativamente nuevas en este país, por lo que la gente no sabía exactamente qué eran. Recibían principalmente financiación y otras formas de apoyo de las ONG internacionales, motivo por el cual algunos ciudadanos y burócratas estatales las miraban con recelo. La formación de coaliciones entre las ONG sobre cuestiones polémicas plantea retos aún más desalentadores. Por ello, suelen trabajar en sus propios proyectos. Varios sociólogos han escrito sobre cómo las ONG internacionales suelen estar impulsadas por proyectos y lo mismo ocurre con las nacionales.

En circunstancias excepcionales, sin embargo, pueden surgir coaliciones sólidas de manera rápida y orgánica. Lo vimos en 2008, tras los terremotos del 12

de mayo en la provincia de Sichuan, cuando 51 grupos cívicos de todo el país crearon conjuntamente una oficina de ayuda en la capital provincial, Chengdu, apenas un día después del sismo. Estos grupos también colaboraron estrechamente al principio del confinamiento en Wuhan a finales de enero de 2020 a causa del covid. Es importante recalcar que las organizaciones sociales más destacadas fueron clubes de fans en línea, y no las ONG. Tras las revueltas de la Primavera Árabe de 2010 y 2011, el entorno político chino se volvió inhóspito para las ONG y la sociedad civil, pues eran consideradas importaciones occidentales; luego, en 2013, comenzaron las medidas de represión contra la ciudadanía y, en 2016, China promulgó una ley de beneficencia relativa a las organizaciones nacionales sin fines de lucro, así como una ley para la gestión de las extranjeras. En 2020, las ONG y la sociedad civil de corte occidental se habían convertido en sospechosas desde un punto de vista político. En estas circunstancias, las ONG no fueron los actores más destacados en la movilización de apoyo a Wuhan, aunque seguían siendo activas a su manera. Los clubes de fans en línea desempeñaron un papel más notorio gracias a la rápida movilización de sus seguidores para recaudar fondos y donaciones. Sin embargo, éstos no participaron necesariamente como activistas, sino simplemente como fans que respondían a los llamados de sus ídolos. Weibo y WeChat fueron las principales plataformas para sus actividades.

SB: Anteriormente, usted argumentó que la segmentación del Estado chino —la división entre las autoridades centrales y las burocracias locales— creaba oportunidades para el activismo en línea. No obstante, las campañas anticorrupción de Xi Jinping han conducido a una centralización significativa del poder. ¿Siguen existiendo oportunidades para

este tipo de activismo bajo la administración de Xi o esta centralización política ha cerrado los espacios que la fragmentación permitía?

GY: En principio, la relación entre las empresas de internet y sus usuarios se basa en la dependencia mutua. Las compañías prestan sus servicios a condición de que los clientes acepten sus políticas, las cuales tienen que tomar en cuenta las numerosas leyes y normativas establecidas por los reguladores estatales. Muchos de estos decretos pretenden controlar la libertad de expresión. Por otro lado, para las plataformas, en general, entre más usuarios haya, mejor, y mejor aún cuanto más activos sean. Una actividad que suele atraer a muchos internautas es el debate y la protesta en línea. Estas acciones crean lo que los investigadores chinos de los medios de comunicación llaman “nuevos eventos de redes” o “eventos de internet”; mientras que los organismos legislativos y los medios de comunicación oficiales suelen llamarlos “incidentes masivos de internet”, los cuales deben ser regulados y gestionados. Por lo general, los sitios web no quieren cerrar estas conversaciones polémicas porque atraen mucho tráfico digital. La forma en que gestionan, entonces, estas situaciones es vigilándolas y dejando que las discusiones continúen a menos que (o hasta que) se considere que traspasan el límite.

Otra parte de la lógica subyacente es lo que la especialista china en medios de comunicación, Aifang Ma, denomina “la lógica del Estado regulador de doble vínculo”. En su libro, *China as a Double-Bind Regulatory State: How Internet Regulators' Predicament Produces Regulatees' Autonomy* (2024), la Dra. Ma intenta explicar la existencia de un espacio relativamente autónomo en el que se mueven las empresas privadas y los internautas dentro de un poderoso Estado controlador. Sostiene que el partido-Estado chino tiene que cumplir dos objetivos con-

trapuestos para mantener la legitimidad de su actuación. Los denomina “objetivos favorables al régimen” y “objetivos favorables a la sociedad”. La esencia de los primeros es la supervivencia del sistema. El contenido de los segundos incluye la innovación tecnológica, la expansión económica y la posibilidad de que las empresas privadas “expresen” tanto las críticas de los ciudadanos como el aprecio que sienten por tener servicios de internet de alta calidad. Para que estos dos objetivos se cumplan el partido-Estado debe alternar constantemente entre ambos y, a menudo, se encuentra atrapado entre ellos. Esto crea un espacio estructural de relativa autonomía para las empresas privadas y los usuarios, que aprovechan para ampliarla mediante actos estratégicos, con el fin de articular sus intereses y seguir promoviendo la participación digital, a pesar de la fuerte capacidad represiva del partido-Estado.

SB: Uno de los artículos publicados en *Engaging Social Media in China* pone de relieve una cuestión preocupante: plataformas como Ximalaya adoptan diseños fáciles de usar que animan a las personas a consumir, interactuar y crear contenidos, fomentando las comunidades en línea. Sin embargo, el Estado chino las obliga a promover narrativas oficiales y ordena que se retiren ciertos contenidos. ¿Podría hablar-nos de esta dinámica y darnos ejemplos de otras plataformas chinas de redes sociales? ¿Qué deben tener en cuenta los internautas respecto a las plataformas que, a pesar de su *mar-*

keting centrado en el usuario, están influidas por intereses políticos y comerciales?

GY: Antes de responder a esta pregunta, permíteme explicar brevemente lo que entiendo por “plataformización patrocinada por el Estado”. En 2018 los estudiosos de los medios de comunicación, José van Dijck, Martijn de Waal y Thomas Poell, publicaron su influyente libro *The Platform Society*, en el que sostienen que las principales corporaciones estadounidenses de redes sociales han formado un poderoso ecosistema de plataformas. Este ecosistema ha penetrado en todos los aspectos de la vida contemporánea, desde las noticias hasta la atención médica, la educación y el transporte. El resultado es que la sociedad se ha *plataformizado*, esto es, las interacciones sociales, económicas y culturales están siendo organizadas y mediadas en estos espacios cibernéticos. Su análisis se centra en las lógicas comerciales que utilizan, como la datificación y la mercantilización. Por su parte, los investigadores de las redes sociales chinas (por ejemplo, Jeroen de Kloet) señalan que hay una diferencia clave entre la *plataformización* en China y en Occidente: el papel intrusivo del Estado chino. Esto me llevó a caracterizar los procesos chinos de *plataformización* como patrocinados por el gobierno, una idea que tomé prestada de las ONG chinas financiadas por organismos gubernamentales.

Este tipo de *plataformización* comparte la misma lógica tecnológica y comercial que la dominada por el mercado en Occidente. Aunque las redes estadounidenses, como Facebook y X, tienen su propia política, en China no sólo se ponen en marcha los métodos habituales de censura en internet, sino que también se adoptan nuevos métodos destinados a guiar y moldear el discurso mediante la promoción de narrativas oficiales. Por ejemplo, se hace mucho hincapié en promover

El resultado es que la sociedad se ha *plataformizado*, esto es, las interacciones sociales, económicas y culturales están siendo organizadas y mediadas en estos espacios cibernéticos.

la energía positiva en las redes sociales como una reacción a la percepción de que el internet está inundado de emociones negativas. En este sentido, las autoridades también insisten mucho en “civilizar” la red, con el fin de limpiarla de críticas y de esas “malas” emociones. Las cuentas de los medios oficiales a menudo lideran estas prácticas; por ejemplo, un estudio de 2019 de 1229 videos cortos publicados por trece organismos del gobierno central en Douyin, la versión china de Tik Tok, concluye que transmiten, sobre todo, emociones positivas como el orgullo, la alegría y la esperanza.

Tanto las plataformas privadas como los *influencers* y los usuarios son muy conscientes de estas agendas oficiales y las defienden de dientes para afuera citándolas de manera literal en sus propias publicaciones y videos. Pero, al mismo tiempo, para sobrevivir en la economía de la atención en línea, siguen intentando producir contenidos que puedan atraer seguidores y tráfico digital. El uso de títulos sensacionalistas en las redes, por ejemplo, se ha convertido en un recurso habitual que utilizan tanto las cuentas oficiales como las privadas. Además, como en otros países, las cuentas comerciales empeñadas en sacar dinero a los usuarios recurren a la desinformación, las noticias falsas y las estafas para engancharlos. Así, en plataformas populares de videos cortos ahora hay *influencers* que afirman ser profesionales exitosos de la medicina tradicional china. Ofrecen conferencias gratuitas en línea a personas mayores, atraen a sus oyentes y espectadores para que se unan a sus grupos de WeChat y los convierten en fieles seguidores. Todo ello con el fin de vender, caros y sin receta, productos de dudosa calidad. Con todo lo que ocurre en las redes sociales hoy en día, los usuarios se preocupan más por la desinformación comercial y las estafas que por la propaganda estatal.

SB: Usted ha subrayado que la resistencia persiste y que, cuan-

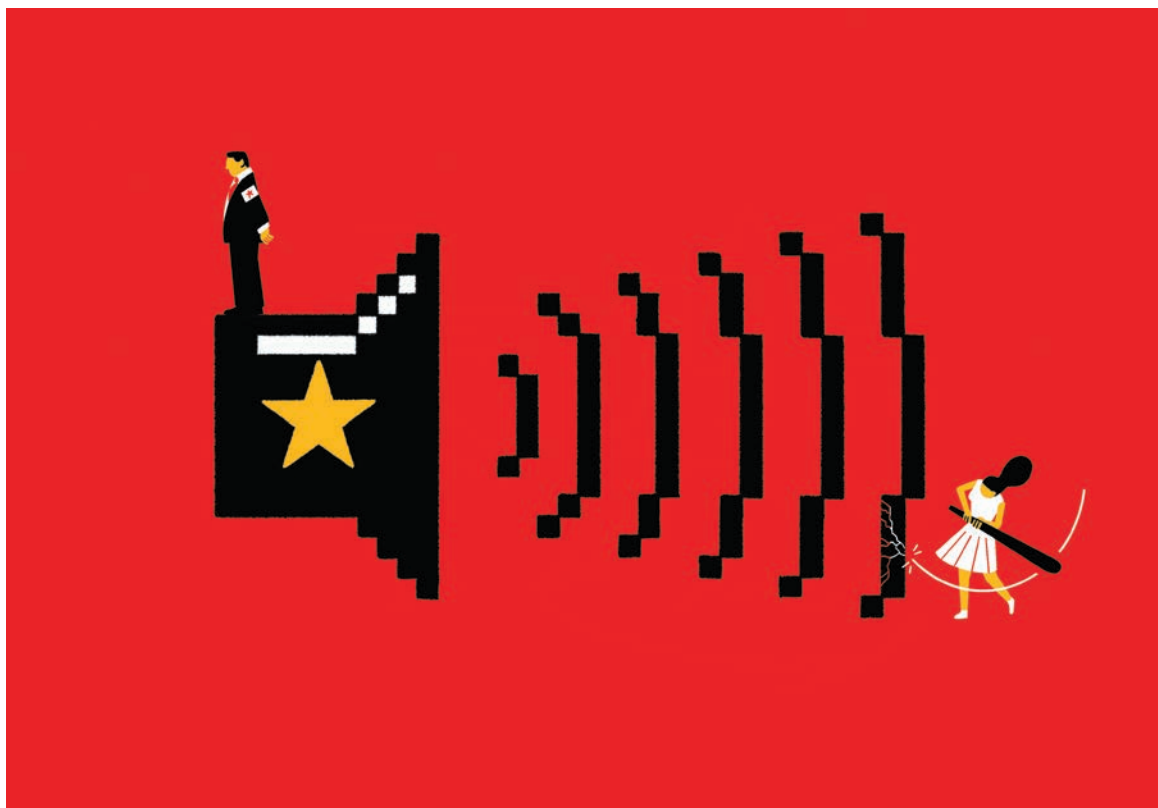
do ciertos espacios se restringen, los individuos buscan redes alternativas. Por último me gustaría preguntarle, ¿cómo se manifiesta el activismo en línea en la China actual? ¿Se ha vuelto clandestino? ¿Qué plataformas o espacios se utilizan? ¿Existen movimientos cívicos que aboguen contra estas plataformas o promuevan el rechazo a la hiperconectividad para eludir el control y la vigilancia del Estado?

GY: Mi definición de activismo en línea en *The Power of the Internet in China* es bastante amplia. No se trata sólo de resistencia, sino también de compromiso, reconocimiento, identidad y de todas las formas de creatividad cultural. Intento ir más allá del marco analítico que trata el internet en China en términos binarios de opresión-resistencia. En mi reciente libro, *The Wuhan Lockdown*, he ampliado mi análisis a un enfoque que abarca también los actos de ciudadanía digital. Tomando prestada la teoría de Engin Isin, he observado que los actos de ciudadanía digital no enfatizan la ciudadanía como un estatus legal, sino como prácticas culturales, simbólicas y cívicas. Lo más destacable de la cultura y la política chinas en internet durante las últimas tres décadas es que, a pesar de las crecientes tendencias a la comercialización, el control político y la *plataformización* patrocinada por el Estado, los internautas siguen participando en las redes sociales, aunque sus formas de hacerlo han evolucionado con los avances tecnológicos y políticos que ocurren en China y en el mundo.

Esto quedó muy claro durante el confinamiento de Wuhan. Cuando los habitantes se vieron encerrados en sus viviendas, se produjo una explosión de expresión personal en las redes sociales. Diarios, videoblogs y archivos de voz en WeChat se volvieron virales, algunos de

los cuales incluían fuertes voces de protesta. Lo que vimos fue que no pasaron a la clandestinidad, sino que irrumpieron en los espacios abiertos de las plataformas en línea. Esto contrasta con lo que estaba pasando en los años previos de la pandemia: los espacios en las redes, en los que los usuarios manifestaban sus pensamientos más subjetivos, se habían reducido. No obstante, el endurecimiento del control gubernamental durante el confinamiento, así como las exigencias de la pandemia, llevaron a los internautas a hacerse oír y a criticar de nuevo. El mensaje más importante de la participación en línea de los ciudadanos durante este aislamiento fue la persistencia de la creatividad en condiciones restringidas. Los ciudadanos estaban comprometidos, no atrapados. Aunque el impacto a largo plazo de este compromiso es difícil de determinar. Sin embargo, la efervescencia de la expresión digital de la primavera de 2020 no reapareció durante la cuarentena de Shanghái en 2022,

que no tuvo la misma escala ni la misma intensidad emocional que la de Wuhan. Por ello y una vez más, los observadores externos se llevaron nuevas sorpresas cuando estallaron las protestas de hojas en blanco en Beijing y otras ciudades a finales de ese año, anunciando el fin de la política china de “cero covid”. *AM*



EUGENIA BONE

Micelios, micología y metáforas

Traducción de Pablo Duarte



Rodrigo Arteaga Abarca, interiores del libro de artista *Mycelium Book*, 2023. Fotografía de Simon Regan. Todas las imágenes son cortesía del artista.

Antes, cuando iba a alguna fiesta, me sucedía con frecuencia que, tras contarle a los comensales que trabajaba con hongos y mohos, buscaban de inmediato otra mesa.

Eso ya no me ocurre. Acabo

de publicar un libro sobre hongos alucinógenos (*Have a Good Trip*), y ahora yo soy la que busca otro lugar donde sentarse; de lo contrario, me asedian con incontables preguntas sobre los hongos del género *Psilocybe*, y sobre el reino fungi en general.

En la actualidad, los hongos forman parte de las nuevas tendencias de salud y bienestar y nuestro interés por ellos se ha incrementado. Los clubes dedicados a ellos, antes un ámbito para jubilados

aficionados, uno que otro lunático y algún *junior* excéntrico, ahora están llenos de personas que se dedican de tiempo completo al cultivo, la manufactura de productos a base de hongos y la divulgación de sus bondades; además, abundan los guías, tanto para ir al bosque a hacerse de especímenes como para acceder mejor a los terrenos mentales de las variantes alucinógenas. Me inundan las alertas de internet sobre excursiones en busca de setas, curas, recetas, moda, arte, música y diseño (lo mismo artístico que *kitsch*), remedios ambientales, desarrollo e ingeniería de productos nuevos, así como sobre el impacto de los hongos en la agricultura. Ante esta sobreexposición, me he dado cuenta del uso estereotipado que se hace de la palabra “micelio”, la cual se refiere a la estructura alimentaria de ciertas especies de hongos, pero se ha convertido prácticamente en sinónimo y alabanza de los poderes curativos de la ayuda mutua.

Esta noción proviene de investigaciones llevadas a cabo en este siglo que retratan al bosque no sólo como un grupo de árboles, sino bajo la forma de una comunidad interconectada bajo la tierra por uno o más micelios fúngicos que mantienen el equilibrio y el bienestar del ecosistema.¹ Esta nueva manera de entender los ecosistemas boscosos ha proliferado debido a películas como *Avatar* (2009) y *Fantastic Fungi* (2019), en la que gracias a la actriz Brie Larson los hongos tienen voz e intenciones; también han contribuido libros como *La vida secreta de los árboles* (Peter Wohlleben, 2015) y programas de televisión como *Star Trek: Disco-*

very (2017), que en su primera temporada desarrolló una línea narrativa sobre una red micelial, “una enorme red microscópica... que se extiende por todo el multiverso”. Sumado a esto, innumerables pódcasts, empresas y seminarios aplauden las maravillas de la “conexión micelial”, e incluso algunos promueven la idea de que existe un “micelio humano” que “traza una analogía entre las redes miceliales formadas por los hongos y la interconexión de los seres humanos”.²

La relación entre los árboles y ciertos tipos de hongos parece haber mutado más allá de las fronteras biológicas y se ha convertido en un símbolo de la bondad inherente a las relaciones interdependientes. Es una lástima que se trate de una interpretación muy limitada de la micología. Pero creo saber por qué llegamos a este punto. Entre más y más personas —por lo menos en Estados Unidos— viven en carne propia lo fracturado y aterrador que es nuestro mundo, las metáforas sobre la benevolencia innata del reino fungi nos dan una sensación de esperanza y entrañan la promesa de que lo mejor de *nuestra* naturaleza prevalecerá.

No es mi intención menospreciar este sentimiento —yo también preferiría que lo mejor de nosotros sea lo que triunfe—, pero creo que cuando el sentimiento reemplaza a la ciencia nos distrae de una comprensión más profunda de la complejidad de la naturaleza, incluso podría inhibir una verdadera cooperación ecológica. No soy la única en defender esta postura. En un artículo titulado “El sesgo de citación positiva y la sobreinterpretación de resultados provocan desinformación sobre las redes micorrícicas de los bosques”, los autores señalan que les emociona que el público “esté tan emocionado como nosotros acerca de los muchos roles que juegan los hongos en los bosques [...], sin embargo, es importante que tanto el público como la comu-

1 La idea de reciprocidad mutua en la naturaleza tiene todo tipo de procedencias, incluida la “Hipótesis Gaia” del futurista James Lovelock, que describía la Tierra como una “serie de ecosistemas en interacción que componen un único y enorme ecosistema en la superficie terrestre”. En parte, esta hipótesis impulsó el pensamiento *New Age* de la generación *Baby Boomer*, que a su vez ha engendrado gran parte del revuelo sobre la “red micelial”. James Lovelock, *Gaia: A New Look at Life on Earth*, Oxford University Press, Oxford, 1979.

2 The Octopus Movement, disponible en: <https://acortar.link/seGOvo>.

No confundamos literatura con micología porque, por muy inspiradora que sea la metáfora, no resuelve los problemas del mundo real.

nidad científica entiendan la naturaleza real y el alcance de la evidencia que respalda los roles que juegan las redes micorrícicas comunes”.³

Así que, para quienes estén fascinados con la idea de las redes miceliales, aquí va un breve resumen de lo que sabemos acerca de estos sorprendentes organismos. De las muchas especies del reino fungi, algunas son unicelulares, como las levaduras, y otras son multicelulares, como los mohos y los champiñones. A la forma multicelular de un hongo se le llama micelio (existen también otras estructuras multicelulares, como los esclerocios o los rizomorfos, pero no hablaremos de ellas por ahora). Un micelio es una red de tubos microscópicos que buscan y consumen alimento. Posee la información genética del hongo, es capaz de regenerarse cuando se rasga, ya que no tiene parte delantera ni trasera, y puede fusionarse con otros micelios compatibles. Crece a partir de una espora, que es como una semilla ligera y minúscula que contiene sólo un poco de energía. Cuando viaja por el aire y cae sobre los nutrientes que necesita, apenas tiene la suficiente energía para germinar. Es importante que una espora aterrice sobre su comida para que pueda consumirla de inmediato (y ése es el motivo por el que un hongo lanza muchas, pero muchas esporas al entorno, lo que incrementa las posibilidades de que alguna de ellas termine en algo que le sea nutritivo).

Los hongos son demasiado pequeños para tener estómago, así que digieren su comida *en el exterior* de sus cuerpos.

Supongamos que eres una espora y caes en tu platillo favorito —una fresa—, lo que sigue es que secretes tus jugos digestivos para descomponer la piel de la fruta y absorber nutrientes como agua, nitrógeno, fósforo y azúcares. Sólo entonces tendrás energía para crecer un poco más, una célula a la vez, en filamentos largos en forma de tubo llamados hifas. Conforme estos crecen, se ramifican y se vuelven a ramificar; cada uno de sus extremos es un punto de absorción que explora el ambiente en busca de alimento y, en ocasiones, también de parejas simbióticas. Esta masa de hilos hifales es un micelio. Los hay de diversas dimensiones y crecen en cualquier dirección en la que haya nutrientes, por eso es que el micelio de un hongo, como la tiña, sólo crece a nivel superficial (la *Tinea corporis* consume la queratina de la piel, no los tejidos; no crece donde no hay comida).

Dado que los hongos son organismos adaptativos, una manera de describir cómo viven es analizando lo que consumen. No crean el carbono que necesitan, por lo que deben conseguirlo a través de otras fuentes. Los hongos parasitarios —la mayoría de las plagas de las plantas— obtienen su carbono por medio de la depredación: matan, por ejemplo, al arbusto que los alimenta. Los saprófitos o saprobios lo extraen al comer cosas muertas o a punto de morir, por lo general plantas. Cuando rompes un tronco podrido, el material blanco y esponjoso que encuentras en su interior es el micelio del hongo saprobio que se encuentra ocupado consumiendo los nutrientes del árbol agonizante. Los organismos mutualistas, que incluyen a los endófitos y micorrícicos, obtienen su carbono mediante una especie de comercio químico con una planta viva. Son los hongos micorrícicos a los que se refiere la gente, lo sepa o no, cuando habla de la red de micelios. Me parece que es útil saber que un micelio es el talo —un cuerpo indiferenciado— de muchos de los hongos multicelulares,

3 Justine Karst *et al.*, “Positive Citation Bias and Overinterpreted Results Lead to Misinformation on Common Mycorrhizal Networks in Forests”, *Nature*, 13 de febrero de 2023.

incluidos los parásitos. Esto quiere decir que la metáfora de la “red de micelio” tiene menos que ver con el micelio en sí y más con la forma en la que algunos de ellos obtienen su sustento.

Desde hace tiempo se sabe que la mayoría de las plantas —entre el 79 % y el 90 % de ellas— participan en relaciones mutualistas con hongos. Su vínculo tiene como base el trueque: parte del hongo se adhiere a los extremos de las raíces de la planta mientras que el resto explora en la tierra buscando alimento. Así, entrega al organismo vegetal los micronutrientes —el fósforo, por ejemplo— que éste no puede fabricar y en la forma en la que los necesita. La planta, por su parte, comparte con el hongo los azúcares que genera por medio de la fotosíntesis. Sin embargo, lo que elevó a la micorriza al ámbito de la metáfora fue el trabajo de la doctora Suzanne Simard, de la Universidad de Columbia Británica. La ex-

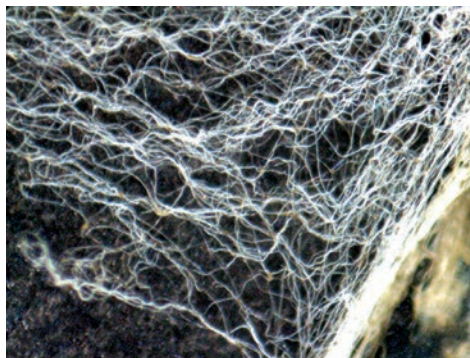
perta descubrió que los hongos se adhieren a las raíces de múltiples árboles en un ecosistema particular y, en esencia, crean un sistema de tuberías de nutrientes del que cada árbol puede beneficiarse y en este proceso definen una comunidad forestal específica. Como escribió en su libro *En busca del Árbol Madre* (2021), esta cooperación “desafía la teoría existente que dice que en la evolución y la ecología la cooperación es menos importante que la competencia”.

Simard y sus colegas probaron esto con un experimento de campo sencillo y bien hecho: “marcaron” los azúcares arbóreos con isótopos radioactivos que luego monitorearon mientras éstos viajaban por las hifas fúngicas hasta las puntas de las raíces de otros árboles. Su artículo se publicó en la revista *Nature* en 1997, fue destacado en la portada y opacó el descubrimiento del genoma de la mosca de la fruta (algo mucho más importante de lo que parece). A los editores se les ocurrió el título “The Wood Wide Web” (“La gran red de madera”), que, convertido en concepto, se usa ahora para referirse a algo más que una red de árboles y sus simbiontes micológicos en un ecosistema específico; se ha convertido en “el evangelio de la nueva silvicultura” como lo describió Richard Powers en su novela, publicada en 2018, *The Overstory* (el personaje de Patricia Westerford está basado en la doctora Simard) y en una metáfora de la cooperación como medio para alcanzar el éxito y la felicidad.

El trabajo de Suzanne sugiere que por medio de estas redes micológicas los árboles comparten recursos: los maduros (que ella llama “árboles nodales” en sus investigaciones y “árboles madre” cuando hace divulgación) asisten a los brotes tiernos, favorecen a sus parientes y distribuyen recursos incluso después de morir. Las plantas más débiles aprovecharán esta red, como un comensal hambriento en un bufet. Los individuos jóvenes que luchan para crecer en la sombra de una fronda pueden apoyarse en la red micológica de los árboles



Instalación parte de *Micelial Listening Networks*, 2024. En colaboración con Rodrigo Ríos Zunino.



Microscopía del micelio, 2023. En colaboración con el Centre for Print Research, University of West England.



Convergence, 2013. Cultivo de hongos filamentosos en colaboración con el Laboratorio de Microbiología del Centro Médico San Joaquín, Chile, y con la Galería Temporal.

más grandes y maduros para reforzar su nutrición. Esta red beneficia no sólo a los árboles robustos y a los retoños de la misma especie, sino también a otros de distintas especies y en diferentes etapas de desarrollo. Así que un hongo realiza múltiples tareas, con sus hifas adheridas a las raíces de muchos árboles de un mismo bosque, y provee distintas cargas nutritivas a diferentes árboles de manera simultánea. “En un bosque hallamos 47 árboles unidos por dos especies de hongos compuestos de doce individuos”, dice Simard. (Cuando escribe “individuos”, se refiere a dos entidades genéticas distintas.) “¡Vaya que en este caso si son dos grados de separación!”

Simard no era la única científica que indagaba en este nuevo y radical conocimiento de las plantas y sus conexiones micorrícicas. En un estudio de 2013, científicos de la Universidad de Aberdeen descubrieron que las plantas de frijoles vinculadas por hongos micorrícicos pueden transmitir “advertencias” de un ataque inminente a través de las hifas fúngicas que comparten.

La naturaleza mutualista de la relación entre plantas y hongos anima el

entusiasmo por la red de micelios, pero éste no es el retrato completo. Los hongos pueden proveer servicios ambientales a las plantas de un ecosistema, pero también pueden negarlos. Todo depende de qué les convenga. Por ejemplo, un artículo publicado a finales de enero del presente año en *PNAS* (*Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*) titulado “La evolución de la señalización y el monitoreo en las redes de plantas y hongos” sugiere que los micorrícicos probablemente no les ayudan a las plantas por generosidad, sino que, cuando un hongo que vincula a dos plantas detecta un ataque de pulgones y le advierte a las otras matas de la red, lo hace porque evolutivamente es benéfico tener múltiples socios simbióticos.

En última instancia, el mutualismo se basa en el interés propio pero compartido. En los ecosistemas forestales, las redes de hongos pueden determinar qué plantas necesitan más sus nutrientes y cuáles tienen más carbono que ofrecer. No se asocian con cualquiera; a veces prefieren hacerlo con árboles situados a cierta distancia porque la recompensa

de carbono es mayor. “El hongo es básicamente un microbio jugando al economista”, explica en un artículo en el *New York Times* Tom Shimizu, biofísico del instituto de física AMOLF, de Ámsterdam. Los flujos de carbono en las hifas fúngicas, según la bióloga evolutiva Toby Kiers, directora ejecutiva de la Sociedad para la Protección de las Redes Subterráneas, están bajo el control de los hongos. Pero se desconoce la manera en la que mueven los nutrientes y cómo toman decisiones estos organismos sin cognición. El difunto micólogo Tom Volk solía describir la simbiosis planta-hongo como una toma de rehenes en la que el hongo retiene los nutrientes hasta que el vegetal le entrega el azúcar. Esto difiere bastante de la amistosa interpretación que Suzanne Simard hace de la misma relación.

Me parece que la metáfora de la “red de micelio” se basa en dos ideas escogidas a conveniencia. La primera es que el micelio es por naturaleza un organismo magnánimo. No lo es. Es el talo de hongos pluricelulares, algunos de los cuales son parasitarios, otros saprófitos y otros micorrizas. Micelio se ha convertido en el término que designa a un hongo micorrízico y su papel en un ecosistema forestal. La segunda idea es que los hongos micorrízicos desempeñan un papel altruista en el medio ambiente. Se puede considerar que ese papel es benéfico, pero no hay evidencias para caracterizar a la especie como generosa. De hecho, puede haber más pruebas de que “obran” basándose en el interés propio.

Caracterizar a los micelios como abastecedores dadivosos de los ecosistemas forestales es una forma del antropomorfismo por medio del cual atribuimos características humanas a otras especies. Pero el antropomorfismo es sólo una herramienta de comunicación científica. Se utiliza para ayudar a las personas que no entienden la ciencia a conectarse con ella. Y ciertamente no hay mucha gente que sepa tanto de micología. Durante la mayor parte de la historia académica, los hongos se estudiaban

(si es que esto ocurría) en los departamentos universitarios de botánica. Tradicionalmente, los botánicos los agrupaban con las plantas cuando, en realidad, constituyen una enorme y única categoría taxonómica que condensa una amplia gama de estilos de vida y morfologías. Pero a menos que estudie biología a nivel de posgrado, un alumno recibe muy poca información acerca del reino fungi. Cuando volví a mi antigua universidad, Columbia, en Nueva York, para estudiar la licenciatura en biología durante un año, sólo tuve una clase sobre hongos. Una.

Cuando alguien que carece de conocimientos básicos de micología se entera por primera vez de la existencia de los hongos —su ubicuidad, su diversidad, sus funciones cruciales en ecologías tan diversas como la atmósfera y la piel y, en algunos casos, las características de sus compuestos bioactivos—, estos pueden parecer absolutamente milagrosos. Cuando empecé a interesarme por ellos, me deslumbró descubrir todo un reino de vida del que no sabía nada. Fue como descubrir que los fantasmas son reales. Pero esa vulnerabilidad intelectual ha permitido, en mi opinión, que la gente crea caracterizaciones hipotéticas, incluso ficticias, del papel de los hongos en la naturaleza y, en particular, la noción de que el micelio es desinteresado, compasivo y generoso, todas ellas cualidades que necesitamos cada vez más en nuestro mundo. Pero, de hecho, desde el punto de vista fúngico, la vida es tanto oportunismo como colaboración.

Nos encantan las historias que nos hacen sentir bien y nos ayudan a relacionarnos con los otros. Pero no confundamos literatura con micología porque, por muy inspiradora que sea la metáfora, no resuelve los problemas del mundo real, como la degradación de los bosques y el suelo, la liberación de carbono en la atmósfera y los cultivos deficientes en minerales.

Para estos problemas, sin embargo, la micología sí tiene alternativas. 

MARÍA FERNANDA MARÍN

Chiharu Shiota: el entramado de las entrañas

A lo largo de tres décadas, la artista Chiharu Shiota (Osaka, 1972) ha desarrollado una técnica que consiste en tensar y entrecruzar hilos de lana para construir instalaciones en gran formato, un proceso meticuloso que requiere de varios meses y la ayuda de un equipo de producción capacitado. Estas redes, destruidas al término de su exhibición, cubren o suspenden en el aire elementos que evidencian la ausencia de alguien, así como su rastro. Las instalaciones remiten a eventos en la biografía de Shiota que le han hecho cuestionar su existencia y el sentido de la vida y están unidas de manera indisoluble a su producción.

El espectador conecta con las piezas a partir de sus recuerdos individuales y su propia subjetividad, guiado por los títulos poéticos y la contundencia de los colores rojo, blanco y negro. Para llegar a su forma artística predilecta, Shiota transitó por estudios de pintura y escultura en Kioto, Adelaida y Berlín, hasta abandonarlos paulatinamente en favor del *performance* y las intervenciones *in situ*. En sus entrevistas, la artista ha relatado esta transformación a partir de dos momentos definitorios en su vida: un sueño y la recreación de su nacimiento artístico.

El acontecimiento onírico ocurrió en 1994: la autora se vio a sí misma ser una pintura y, para mejorarla, cambiaba sus posiciones. Desde entonces, las redes fueron entendidas por la artista como una suerte de dibujo en tres dimensiones que le permitía delinear figuras y crear composiciones visuales en el espacio. El mismo año presentó *From DNA to DNA*, una acción en la que conectaba su cuerpo al techo con una red de hilos que hacía pensar en una estructura de ADN de doble hélice, y que consideraría su pieza fundacional. Los hilos terminaron por representar, como ella misma lo ha descrito: “visiones que vienen de sus entrañas”.

Counting Memories, 2019, Fotografía de Sonia Szelag, Museo de Silesia en Katowice, Polonia. Imágenes cortesía de © Chiharu Shiota/SO MAAP, México, 2025.



The Self in Others, 2024. Fotografía de Sunhi Mang. Museo de Arte de Nakanoshima, Osaka.





Reflection of Space and Time, 2024. Producción del Atelier Jodar. Fotografía de Didier Plowy. Grand Palais, París.



Uncertain Journey, 2024. Producción del Atelier Jodar. Fotografía de Didier Plowy. Grand Palais, París.



What Do You Wish For?, 2024. Fotografía de Erjian Photo. A4 Art Museum, Chengdú, China.



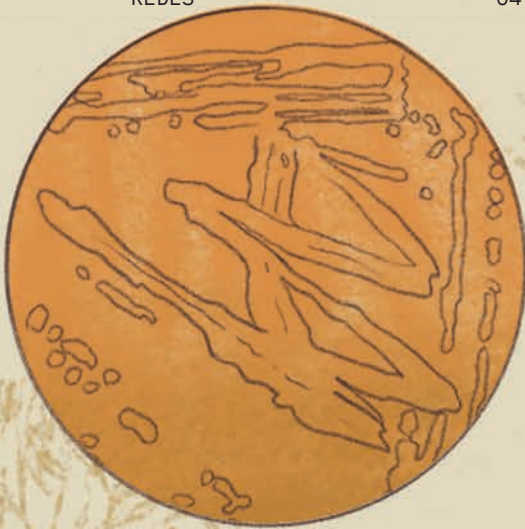
In Silence, 2019. Fotografía de Sunhi Mang. Mori Art Museum, Tokio.

ALMUDENA BARRAGÁN

Las redes contra la malaria

Cada año los mosquitos matan a más gente que las armas de fuego y las guerras. En su último informe anual, la Organización Mundial de la Salud (OMS) registró que fallecieron casi seiscientas mil personas a causa de la malaria, una enfermedad infecciosa que se transmite a los humanos a través de los mosquitos del género *Anopheles* infectados por los parásitos del género *Plasmodium*. El también llamado paludismo provoca fiebre alta, escalofríos, dolor de cabeza, náuseas y cansancio y, si no se trata a tiempo, puede causar anemia severa, daño cerebral y, en casos extremos,

Ilustraciones de Lore Mondragón



la muerte. La población más vulnerable son los niños y las niñas menores de cinco años, así como las mujeres embarazadas.

Pese a los avances en el tratamiento y en la prevención, acabar con esta enfermedad sigue siendo uno de los mayores retos de los sistemas de salud, especialmente en países de clima tropical donde existen altos índices de pobreza y desigualdad —sus focos rojos son África, América Latina y el sudeste asiático—. Las medidas preventivas, como el uso de mosquiteros o redes tratadas con insecticidas, la fumigación de casas y la administración de medicamentos, son esenciales para evitar su propagación, pero también es importante que se sigan desarrollando nuevas vacunas.

Datos de la OMS revelan que, entre los años 2000 y 2023, la Estrategia Técnica Mundial contra la Malaria 2016-2030 ha evitado aproximadamente 2200 millones de casos y 12.7 millones de muertes.¹ Esto se debe, en parte, al uso de mosquiteros que se emplean “desde tiempos inmemoriales”, de acuerdo con el doctor Abraham Mnzava, coordinador en Tanzania de la Alianza de Líderes Africanos contra la Malaria (ALMA, por sus siglas en inglés). “Las primeras redes”, agrega, “estaban hechas de telas o tejidos de red sin insecticida ni químicos”.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el uso del DDT (diclorodifeniltricloroetano) revolucionó la lucha contra los mosquitos. Además de ocuparlo para el control de plagas en las cosechas, se empezó a aplicar en los mosquiteros contra la malaria y el tifus. Sin embargo, en 1972 fue prohibido en Estados Unidos (y más tarde en gran parte de Europa) por las graves afectaciones que causaba en la vida silvestre y en la salud humana, según apunta la Agencia para Sustancias Tóxicas y el Registro de Enfermedades de Estados Unidos (ATSDR). “Tenemos re-

portes de que comunidades del norte de África solían rociar sus redes con este químico. Desafortunadamente, ésta era una práctica muy peligrosa”, corrobora el doctor Mnzava. Aun así, todavía hoy se sigue utilizando en países donde el paludismo representa un peligro importante contra la salud, como en Botsuana, Mozambique, Namibia, Sudáfrica, Zambia y Zimbabue.

En los ochenta se comenzó a aplicar a los mosquiteros piretroides sintéticos, unas sustancias químicas que, incluso en una concentración muy baja, son mortales para los mosquitos. “Fue un gran avance en el desarrollo de las redes tratadas con insecticida porque éste es seguro para quien está en contacto con la sustancia”, comenta Mnzava, quien agrega que las pruebas iniciales, llevadas a cabo en Burkina Faso y en Tanzania, demostraron una disminución significativa en los parámetros entomológicos y epidemiológicos. “Hacia finales de 1990, los científicos de Gambia también pudieron demostrar el impacto que las redes tratadas con [dicho] insecticida tuvieron en la reducción de muertes infantiles por malaria”, apunta. El éxito de estas redes radica, entre otras cosas, en su doble naturaleza: al tiempo que levantan una barrera física, el químico repele a los insectos o los mata.

Los mosquiteros tienen diferentes tamaños, que van desde un metro de ancho hasta los dos metros y medio. La mayoría se fabrica con poliéster, polietileno o polipropileno y son lo bastante delgados para dejar pasar el aire. A las primeras redes se les daba mantenimiento cada seis o doce meses: la gente los sumergía en una mezcla de agua con insecticida y los dejaba secar a la sombra. La llegada de los piretroides ha ayudado a que un mosquitero dure tres años. Algunos tienen forma de cono; también los hay cuadrados, que cubren toda la superficie de una cama. El insecticida se impregna por inmersión y las redes se distribuyen mediante campañas masivas aproximadamente cada tres años.

1 Organización Mundial de la Salud, Estrategia Técnica Mundial contra la Malaria 2016-2030, disponible en: <https://acortar.link/2xzHdO>

“Hacia finales de 1990, los científicos de Gambia también pudieron demostrar el impacto que las redes tratadas con insecticida tuvieron en la reducción de muertes infantiles por malaria.”

Al principio, su fabricación era muy onerosa y se producía en el extranjero, sobre todo en el sudeste asiático. El doctor Mnzava explica que, “en los ochenta, cada red costaba más de veinte dólares, pero ahora, con el aumento de la demanda y las economías de escala, los precios se han reducido mucho”. Además, el avance de la tecnología ha permitido que su producción sea más barata y el producto más duradero. Las nuevas redes, fabricadas con materiales sintéticos, son conocidas como “redes insecticidas de larga duración” y suelen combinar diferentes tipos de químicos, como organoclorados, carbamatos y organofosforados, lo que las vuelve más longevas.

Hoy existen iniciativas en África para producir mosquiteros de manera local. En Tanzania, por ejemplo, las redes se han convertido en el control principal de los vectores de la malaria, gracias a las campañas de distribución masiva en escuelas y hospitales; “es el único país en el continente donde se fabrican estas redes recomendadas por la OMS y emplean la tecnología de la empresa japonesa Sumitomo”.

Se espera que la fábrica que las produce (A to Z Textile Mills Ltd., con sede en Arusha, al norte de Tanzania) y que cuenta con cerca de mil trabajadores, aproveche la tecnología de nueva generación, esto es, que les pongan doble insecticida, pues los mosquitos ya han creado resistencia a los piretroides. Estos mosquiteros son cada vez más accesibles. De acuerdo con la OMS, en 2023, el 78% de los 195 millones que se entregaron en la región subsahariana de África eran de este tipo, lo que supuso un aumento del 59% respecto a los que fueron repartidos en 2022 por organismos internacionales

y ONGs que trabajan con autoridades sanitarias locales.

La lucha contra la malaria parece efectiva. Actualmente, ya se logró erradicar en 45 países, entre ellos: Egipto, El Salvador, Cabo Verde y Argelia, mientras que muchos

otros siguen acciones para lograr ese objetivo. En diciembre del año pasado, gracias a la cooperación internacional y el trabajo de organizaciones como la Unicef, diecisiete naciones aplicaron vacunas contra el paludismo como parte de programas de salud para las infancias. No obstante, a pesar de estos logros, el índice de fallecimientos en África todavía es muy alto. De hecho, el 95% de las muertes mundiales por esta enfermedad ocurren en ese continente y, en 2023, la tasa de mortalidad global se calculó en 52.4 muertes por cada cien mil personas que habitan áreas de riesgo, el doble de lo establecido en los objetivos de la Estrategia Técnica Mundial contra la Malaria 2016-2030 y lo que significa que aún queda mucho por hacer.

El año pasado, los once países africanos donde se encuentra la mayor cantidad de casos —Burkina Faso, Sudán, Camerún, Malí, Mozambique, Níger, Nigeria, República Democrática del Congo, Ghana, Tanzania y Uganda— firmaron la Declaración de Yaoundé, un compromiso para fortalecer sus sistemas de salud, aumentar las campañas de vacunación y mejorar la difusión de la información entre la ciudadanía. Peter Baffoe, especialista de salud de la oficina regional de Unicef para América Latina y el Caribe, considera que esto es fundamental, pues “los sistemas de atención primaria de salud a menudo son débiles y están fragmentados y no pueden apoyar eficazmente a la prevención, la detección y el tratamiento temprano”. Estos acuerdos son importantes porque “los mosquiteros por sí solos no son suficientes”, sentencia el doctor Mnzava. Se requieren acciones coordinadas que incorporen varios frentes: “Controlar las enfermedades

transmitidas por vectores, como la malaria o el dengue, va más allá de la salud. Tiene que ver con aspectos socioeconómicos, ambientales y de comportamiento que requieren un esfuerzo conjunto”, señala Baffoe.

Latinoamérica suele quedarse fuera de los programas internacionales porque en la región el dengue supone un desafío mayor que la malaria, aunque en la Amazonía boliviana, Brasil, Colombia y Venezuela sí hay poblaciones afectadas; por otro lado, en el sur de México y algunos países de Centroamérica, donde se ha detectado la presencia de esta enfermedad, se han hecho esfuerzos para lograr su erradicación. En opinión de Baffoe, “el control de las enfermedades transmitidas por vectores no recibe suficiente atención, lo que resulta en una falta de financiamiento tanto por parte de los gobiernos como de los financiadores privados”.



Mnzava explica que hay que buscar controlar la enfermedad en todas sus etapas: “deben desarrollarse nuevos medicamentos, más vacunas y mejores pruebas diagnósticas, así como nuevas herramientas de control de vectores, tal es el caso de los insecticidas con ingredientes activos que aborden la resisten-

cia de los insectos”. El experto también opina que, pese a todo, la lista de proyectos contra la malaria “nunca ha sido mejor” y que, a nivel mundial, se está trabajando en la modificación genética de los mosquitos para que ya no sean transmisores de la enfermedad.

FINANCIACIÓN ESCASA Y RECORTES

El doctor Mnzava admite que desde la pandemia, en 2020, la lucha contra la malaria vive una crisis de la que todavía no se recupera debido a una brecha sin precedentes en su financiación. En 2023 el monto total destinado en el mundo a este objetivo fue de 4000 millones de dólares, la mitad de los 8300 millones que recomiendan los estándares internacionales de la Estrategia Técnica Mundial desarrollada por la OMS. Esto pone en marcha una reacción en cadena: sin recursos disminuye la producción y la dis-

tribución de los mosquiteros, así como la compra de medicamentos y el desarrollo de campañas largas de prevención y tratamiento, este último suele incluir la administración de artemisinina para eliminar el parásito del torrente sanguíneo.

Los actuales recortes en la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés), bajo la administración de Donald Trump, han provocado que “todos los productos básicos e intervenciones contra la malaria financiados por el gobierno de EUA estén en gran riesgo”, comenta Mnzava.

Las naciones más vulnerables a esta enfermedad no pueden costear una estrategia nacional por sí mismas. “Casi el cien por ciento de los países dependen de la financiación de donantes”, aclara el experto y explica que para 2025 estaba previsto que el gobierno estadounidense adquiriera 44 millones de redes tratadas con insecticida y apoyara con

la distribución de 15 millones adicionales, lo que habría protegido aproximadamente a 118 millones de personas; sin embargo, el regreso de Trump ha implicado que EUA deje de involucrarse en la asistencia a otros países.

Según las estimaciones del Proyecto Atlas de la Malaria, todos los productos y tratamientos contra esta enfermedad financiados por el gobierno de Estados Unidos pueden prevenir 14.9 millones de casos y 107 000 muertes, la gran mayoría de niños menores de cinco años.² No obstante, tanto ALMA como la iniciativa para hacer retroceder la malaria (Roll Back Malaria) trabajan para conseguir nuevas vías de financiación y ya “han recaudado 125 millones de dólares a través de asociaciones público-privadas”. Los países también están explorando el uso de recursos relacionados con el cambio climático y del Banco Mundial, señala el especialista.

EL IMPACTO ECOLÓGICO DE LAS REDES

A medida que ha aumentado la exposición a los químicos, los mosquitos se han vuelto más resistentes a los medicamentos y a los insecticidas, incluidos los piretroides. Y aunque esto ha promovido innovaciones tecnológicas, “también ha conducido a un menor cumplimiento comunitario de las normas, ¿para qué seguir usando redes cuando las picaduras continúan?”, cuenta el doctor Mnzava. A esta ineficacia, Isabel Ceballos, investigadora del Instituto de Biotecnología, agrega un punto más: la falta de regulación y tratamiento de los residuos que provocan estos mosquiteros, que a veces se ocupan para otras tareas, como la pesca o la agricultura. “En vez de tratar un problema generamos otro más grande.”

Actualmente, científicos y científicas de la UNAM trabajan con la bacteria *Bacillus thuringiensis*, que tiene propiedades insecticidas. “Se trata de un in-

secticida biológico”, puntualiza Ceballos. “Esta bacteria produce proteínas que matan a las larvas de los mosquitos. Es una sustancia que se degrada con el tiempo, no se acumula en el ambiente y ha demostrado llevar un control muy eficiente de la plaga de estos insectos, controlando el problema desde el inicio y evitando que aumenten las poblaciones”, asegura. Estudios como éste buscan alternativas más ecológicas y sustentables para el medio ambiente. “Los químicos ya no son opción y muchos de los productos que los utilizan están prohibidos, como el DDT; el problema es que varios países se saltan las regulaciones y los siguen empleando. Además, los insecticidas utilizados en esas trampas contra mosquitos también acaban con otras especies y pasan al suelo, el ambiente o el agua”, argumenta la doctora.

Pese a los esfuerzos de la academia por plantear alternativas, la experta reconoce que el mercado de los insecticidas químicos sigue siendo la solución más popular contra las plagas. “Para todos es más fácil usar el insecticida químico porque está al alcance de la mano, pero no conocemos las consecuencias que pueden tener esas sustancias acumuladas durante mucho tiempo”. A esta situación hay que añadir el aumento en las desigualdades a causa del cambio climático y la violencia, los cuales generan desplazamientos forzados; las personas que migran están más expuestas, por lo que se encuentran en mayor riesgo de contraer el virus. “Los eventos climáticos extremos y el aumento de las temperaturas significan que las enfermedades transmitidas por vectores, particularmente el paludismo y el dengue, se están extendiendo a áreas a las que antes no llegaban”, advierte Baffoe. Por ello es importante invertir en la investigación y el desarrollo de vacunas y otros medios para encontrar soluciones más innovadoras y eficaces contra la malaria. ¶¶

2 Proyecto Atlas de la Malaria, disponible en <https://acortar.link/MOP7z0>

FRANCISCO JAVIER ESPINOSA GARCÍA Y SILVIA CASTILLO-ARGÜERO

La encrucijada ecológica de las enredaderas kudzu

Emilia es una bióloga de cincuenta años que sufre terribles dolores en los brazos y las rodillas causados por una artritis hereditaria que la acompaña desde hace tiempo. Ya ha probado todo tipo de tratamientos: pastillas, cremas y terapias físicas, pero el malestar sólo se ha intensificado. En su larga búsqueda por recuperar la salud se topó con un médico general que utiliza herbolaria china; él le habló de un remedio que podría aliviar su sufrimiento. Le comentó que, desde hace siglos, la medicina tradicional china y la japonesa tratan los dolores articulares y otros padecimientos (como la hipertensión y el alcoholismo) con una enredadera que, en dosis controladas, ha demostrado tener propiedades antiinflamatorias



Oswaldo Ruiz, *They Plant The Seeds*, 2024. De la serie *Talking Leaves*. Todas las imágenes son cortesía del artista.

poderosas en caso de hinchazón articular, rigidez y autoinmunidad. Las kudzu, *Pueraria montana* var. *lobata* y *Pueraria phaseoloides*, son unas plantas de la familia botánica Fabaceae a la que también pertenecen los frijoles. Dichas plantas tienen hojas trifoliadas, que crecen rápidamente, y flores moradas, además de raíces grandes y tuberosas, como el camote. En Japón y en China se han usado sus tallos, raíces, hojas y flores en distintos ámbitos, como en la medicina, la alimentación, la cestería y en la mejora y preservación de los suelos.

Emilia, escéptica pero desesperada, decidió darle una oportunidad a las cápsulas con extracto concentrado de raíz de kudzu. En las semanas siguientes, el dolor comenzó a ceder y los movimientos de sus extremidades se hicieron más fluidos. Los principios activos que contiene esta parte de la enredadera —como las puerarinas, daidzeínas y genisteínas, entre otras cincuenta iso-flavonas— actúan como antioxidantes y antiinflamatorios. Estas propiedades, de hecho, han aumentado la demanda de los productos derivados de la planta en los

mercados de Estados Unidos y Europa. En México las kudzu se comercializan como suplementos dietéticos, extractos, polvos y productos farmacéuticos disfrazados de suplementos alimenticios. Sin embargo, no hay un marco legal específico que regule su uso. La automedicación con esta planta puede resultar peligrosa si se consume de manera incorrecta. En particular, la ingesta desmedida e irresponsable de la raíz pulverizada puede traer consecuencias graves; si bien faltan más estudios en humanos, se ha comprobado que en altas dosis afecta el hígado y los riñones de las ratas.¹

Por otra parte, las dos especies de kudzu, la de zonas templadas, *Pueraria montana* var. *lobata*, ausente en México, y la de zonas tropicales, *Pueraria phaseoloides*, con pocos registros en el país, tienen un impacto ecológico negativo. La enredadera asiática se introdujo en la Re-

1 Poonam Patil y Pradyuman Kumar, “Exploring Kudzu: Extraction, Quantification, and Health Impacts of Bioactive Compounds”, *Fitoterapia*, vol. 182, 2025.



Le, 2024.

pública mexicana en 1977. Se supuso que sería benéfica para la tierra, pues, entre otras cosas, ayuda a fijar el nitrógeno. En específico, se utilizó como forraje y para controlar la erosión del suelo, ya que, cuando la kudzu no encuentra plantas a las que treparse, cubre por completo el terreno, impidiendo así que la lluvia o el viento lo erosionen;² además, la sombra que produce al extenderse sobre matas y arbustos controla las malezas.

No obstante, pronto se convirtió en una plaga verde que tapiza el suelo, trepa árboles y arbustos y arrasa en pocos años ecosistemas completos, porque cambia las características físicas y químicas del suelo al duplicar la concentración de nitrógeno o alterar los ciclos de este elemento en los arroyos cercanos. También compite con las plantas nativas, a las que termina eliminando por asfixia o troncha sus ramas a causa de su peso. Además, puesto que no deja que pase la luz a través de sus hojas, mata la vegetación debajo de ella. Debido a todo esto, la *Pueraria montana* var. *lobata* está en la lista de las cien especies invasoras más nocivas del mundo elaborada por la Unión

Internacional para la Conservación de la Naturaleza. A su vez, en 2015, la Conabio realizó un análisis detallado sobre el riesgo que representan las dos especies de enredadera para la biodiversidad y los ecosistemas mexicanos. El estudio evaluó, principalmente, su capacidad de propagación y los impactos que podrían causar en diversos hábitats del país. Desgraciadamente, ya se encontró la *P. phaseoloides* en varios estados, como Chiapas, Tabasco, Veracruz, Oaxaca, Guerrero y Puebla.³ En consecuencia, la Secretaría del Medio Ambiente (Semarnat) las catalogó en 2016 como especies invasoras y la comercialización, tanto de la planta como de las semillas, está prohibida.

La atención y el cuidado que tienen las instituciones ante este tipo de vegetación se debe a que las especies invasoras son la cuarta causa de pérdida de biodiversidad mundial,⁴ además de que muchas de ellas causan afectaciones económicas cuantiosas, pues perjudican actividades agropecuarias, los caminos y la salud humana.⁵ Setecientas cincuenta especies de plantas introducidas a México se han importado legal o ilegalmente porque tenían uno o más usos, por ejemplo, ornamental, alimenticio, forrajero, medicinal, para el control de la erosión o la fijación de dunas. Muchas especies escaparon del cultivo y, después de una fase inicial, que varía dependiendo de la forma de vida de la planta, empezaron a diseminarse rápidamente, ocupando las áreas que estaban a su alcance y les eran favorables. En

2 J. P. Gulizia y K. M. Downs, "A Review of Kudzu's Use and Characteristics as Potential Feeds-tock", *Agriculture*, vol. 9, núm. 10, 2019, p. 220.

3 Conabio, *Método de evaluación rápida de invasividad (MERI) para especies exóticas en México* Pueraria phaseoloides (Roxb.) Benth., 1867, 2015; *MERI para especies exóticas en México* Pueraria montana var. lobata (Willd.) Maesen & S. Almeida, 2015.

4 Laura Capdevilla Argüelles et al., *Especies Exóticas Invasoras*, Ministerio de Medio Ambiente, Madrid, 2006.

5 F. J. Espinosa-García, "Oportunidades de mejoras legislativas y normativas para la prevención y manejo de invasiones de plantas en México" en G. Born-Schmidt et al. (coords.), *Principales retos que enfrenta México ante las especies exóticas invasoras*, CESOP, Ciudad de México, 2017, pp. 91-111.

muchísimos casos, entonces, el beneficio que se obtiene de ellas queda muy por debajo de sus efectos perjudiciales.

Además de las kudzu, algunos ejemplos emblemáticos de plantas invasoras son el zacate buffel (*Cenchrus ciliaris*), un pasto muy apreciado por los ganaderos del norte del país que destruye la vegetación en zonas áridas, y el lirio acuático (*Eichhornia crassipes*), una especie con flores muy bellas que cubre cuerpos de agua formando matas muy densas, lo cual impide la navegación, aumenta la evaporación del agua y reduce su concentración de oxígeno, causando la desaparición de peces y otras especies.

Es por ello que se han redactado leyes, regulaciones y listas negras de especies indeseadas, como la de Semarnat, y se han puesto en marcha acciones de prevención, detección y erradicación temprana, así como de contención y mitigación para lidiar con estas especies.⁶ Aun así, cabe señalar que prohibir la importación de todas las especies introdu-

cidas no resulta práctica, pues hay muchas plantas y animales necesarios para la subsistencia, como el trigo, la caña de azúcar, los bovinos, los caprinos y las aves de corral; de modo que la prohibición generalizada también tendría consecuencias económicas severas. Entonces, aunque parece que el manejo de las especies invasoras es responsabilidad del gobierno, en tanto que debe difundir los riesgos asociados a éstas, en realidad, todas las personas tenemos que informarnos sobre las especies que queremos usar o importar.

Las plantas invasoras útiles nos sitúan en una encrucijada ecológica. Por un lado, como hemos visto, pueden aportar grandes beneficios, ya sea en la medicina, la alimentación o en la generación de biocombustibles, pero, por otro, su expansión descontrolada puede tener efectos devastadores en los ecosistemas. La clave para resolver este dilema radica en lograr un equilibrio que permita aprovechar sus propiedades sin que causen estragos en la biodiversidad. Es fundamental contar con estrategias de manejo sostenible, educación pública y una mayor investigación para encontrar soluciones que respeten tanto el medio ambiente como las necesidades humanas.

El caso de las enredaderas kudzu es un botón de muestra de cómo las buenas intenciones pueden tener consecuencias adversas. Su introducción como forraje y remedio a la erosión del suelo no fue pensada con suficiente previsión, por lo que hoy es considerada una plaga en muchas partes del mundo. En el contexto de la medicina tradicional, cuando se cultiva y se usa de forma controlada, ofrece alivio a quienes sufren de dolores articulares, mejora la circulación y ayuda a reducir la inflamación. Pero en la naturaleza, al ser introducida en un entorno sin sus enemigos naturales, su conjunto de isoflavonas puede transformarse radicalmente y la concentración de sus principios químicos activos puede cambiar tanto que la haga tóxica o anule sus efectos terapéuticos. ॥

6 *Ibid.* y F. J. Espinosa-García *et al.*, "Biodiversity, Distribution, Ecology and Management of Non-Native Weeds in Mexico: A Review", *Revista Mexicana de Biodiversidad*, vol. 88, 2017, pp. 76-96.

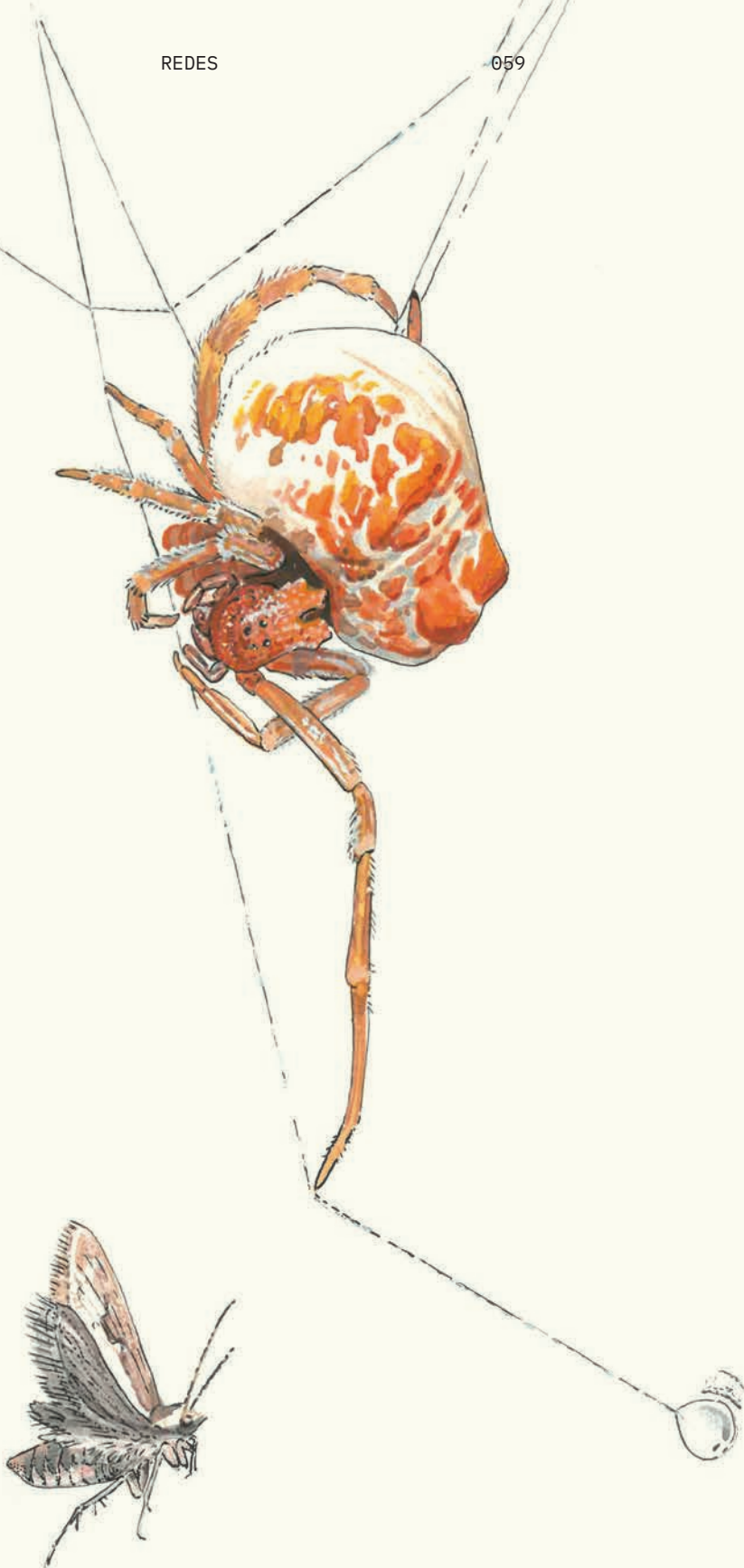


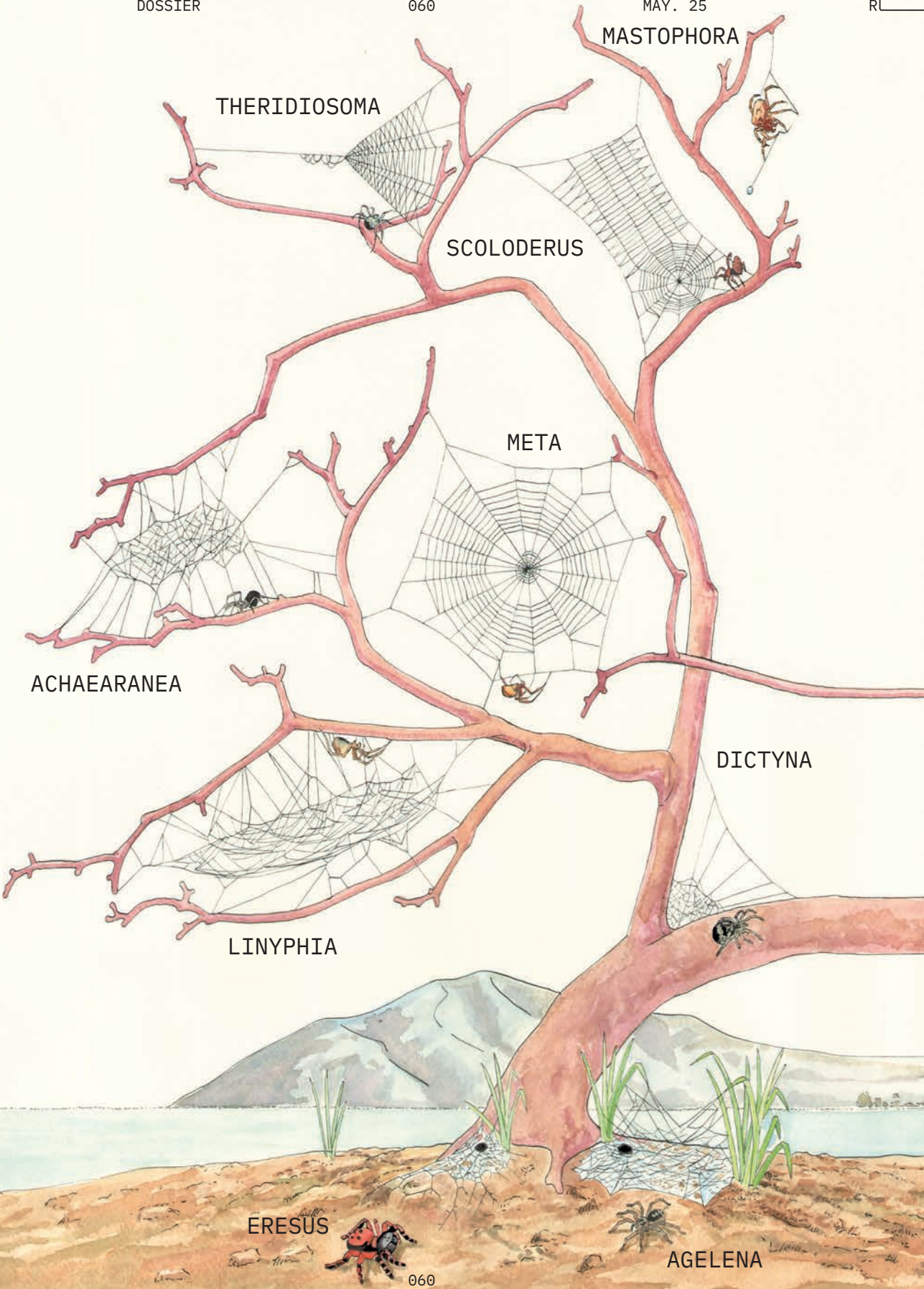
ILUSTRACIONES DE ASLAM NARVÁEZ PARRA

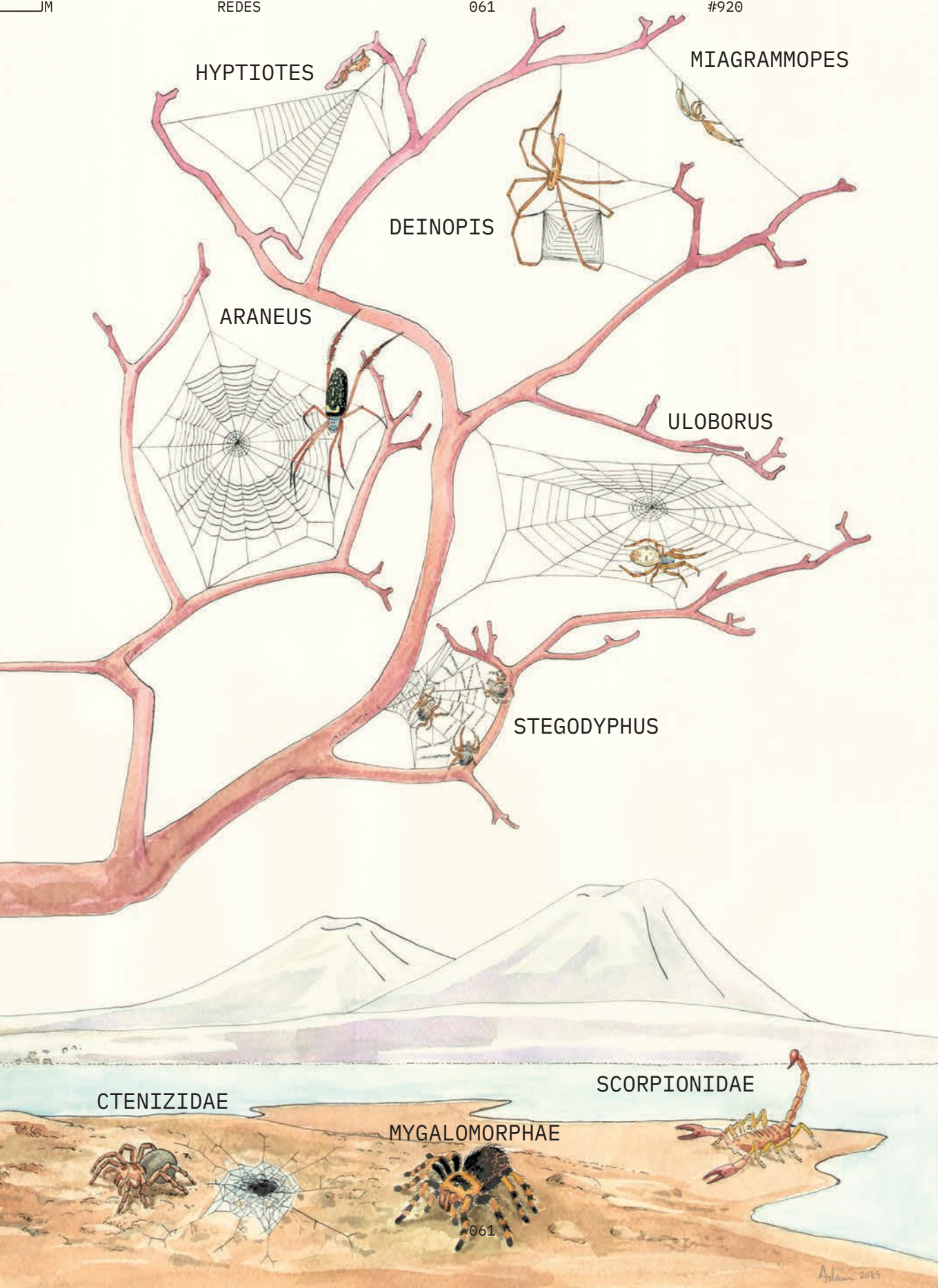
El arte de tejer redes de araña

Las telarañas son estructuras resistentes y pegajosas que varían en complejidad y que construyen las arañas secretando una fibra proteica natural, conocida como seda, a través de las glándulas ubicadas en la parte posterior de su abdomen. Estas redes tienen distintas funciones: sirven para atrapar y momificar a sus presas, refugiarse, desplazarse e, incluso, para aparearse y anidar. Un caso espectacular es el de la araña de agua (*Argyroneta aquatica*), la cual fabrica una especie de campana de buceo con su seda que va llenando de aire capturado en la superficie y que sujeta a plantas acuáticas. Las telarañas también son diversas en cuanto a su forma, pueden ser orbiculares o circulares (como las telas bidimensionales de las arañas *Meta* y *Araneus*), irregulares (características de las redes tridimensionales de las *Linyphia* y *Achaeearanea*) y en forma de embudo (especialidad de la *Agelena* y la *Segestriidae*). Además de arquitectos e ingenieros, estos arácnidos son grandes químicos, la *Mastophora* es capaz de producir una pequeña gota de pegamento, llamado bola, que está adherida a la telaraña y que lanza hacia sus presas, las cuales quedan irremediablemente pegadas. Las arañas construyen sus telas en lugares variados, parientes ancestrales como la *Eresus* y la *Agelena*, por ejemplo, las tejen en las bases de las plantas. Estos insectos también han viajado al espacio en varias ocasiones, la primera se remonta a 1973 y la última a 2011. La principal razón por la cual la NASA los ha enviado es con el propósito de estudiar su comportamiento en condiciones de microgravedad, pues en la Tierra usan la gravedad para orientarse.

Estas ilustraciones tomaron como modelo la figura 1 del artículo de Fritz Vollrath y Paul Selden, "The Role of Behavior in the Evolution of Spiders, Silks and Webs", *Annual Review of Ecology Evolution and Systematics*, vol. 38, diciembre de 2007, p. 821, esquema que, a su vez, es una adaptación de Vollrath, "Untangling the spider's web", *Trends in Ecology and Evolution*, vol. 3, núm. 12, 1988, p. 331.







LEO ACERCA DE CIERTOS BICHOS TROPICALES QUE
PERTENECEN A...



...LA FAMILIA

ARCHAIDEA

UN DOCUMENTAL EN FORMA DE CÓMIC PRODUCIDO POR **BEP**

EN ALGUNAS REGIONES AL SUR DE SUDÁFRICA,
MADAGASCAR Y AUSTRALIA EXISTEN ESTOS
ARÁCNIDOS, CONOCIDOS TAMBIÉN COMO
ARAÑAS ASESINAS POR SU PECULIAR
PROCEDER.

AQUÍ VEMOS A UN ARÁCNIDO COMÚN
-TODO LO COMÚN QUE PUEDEN SER
ESTOS NADA SIMPÁTICOS ANIMALES-
TEJIENDO SU RED EN UN RINCÓN DEL
BOSQUE TROPICAL.



(LOS ROSTROS DE LOS ARÁCNIDOS
VERDADEROS HAN SIDO CAMBIADOS
PARA PROTEGER SU IDENTIDAD).

DE PRONTO, SIENTE EN ELLA UNA VIBRACIÓN.

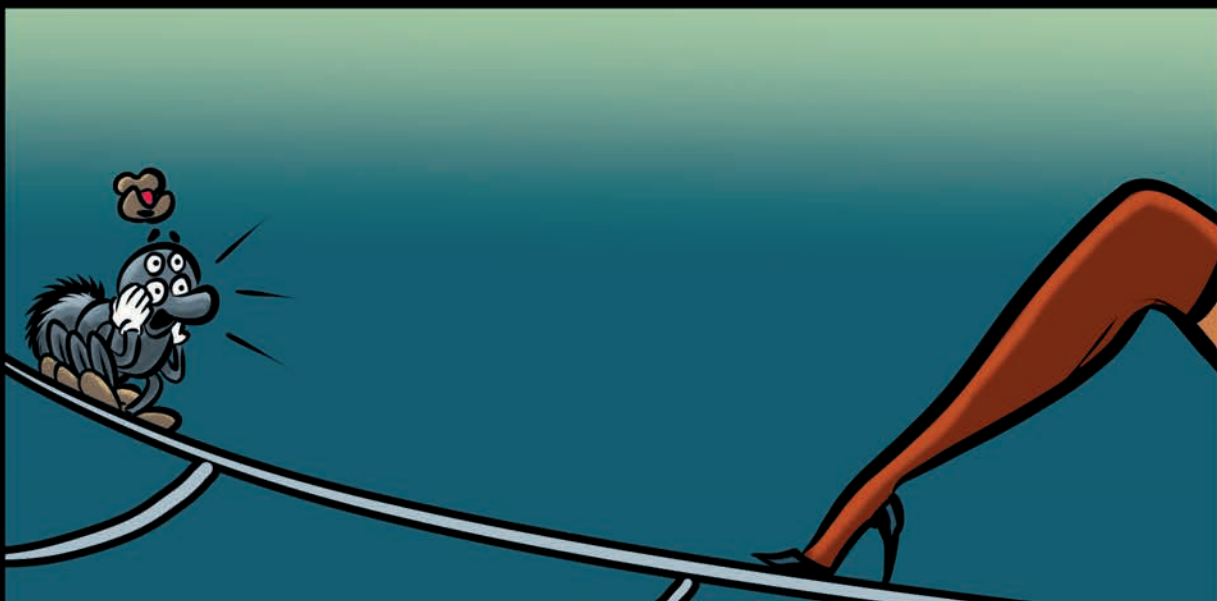


¡TENEMOS VISITAS PARA CENAR!



NUESTRO AMIGO ARÁCNIDO HACE LO QUE TODAS
LAS ARAÑAS HACEN.

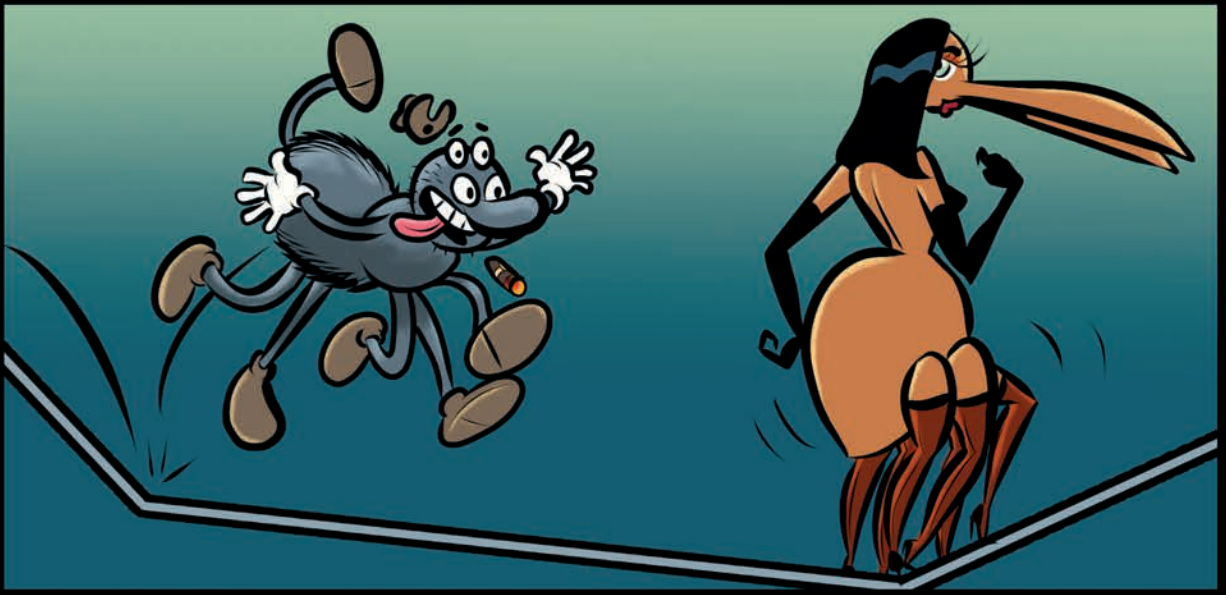






LA VISITANTE PROCEDE ENTONCES A EJECUTAR UNA SUGERENTE DANZA APAREATORIA.

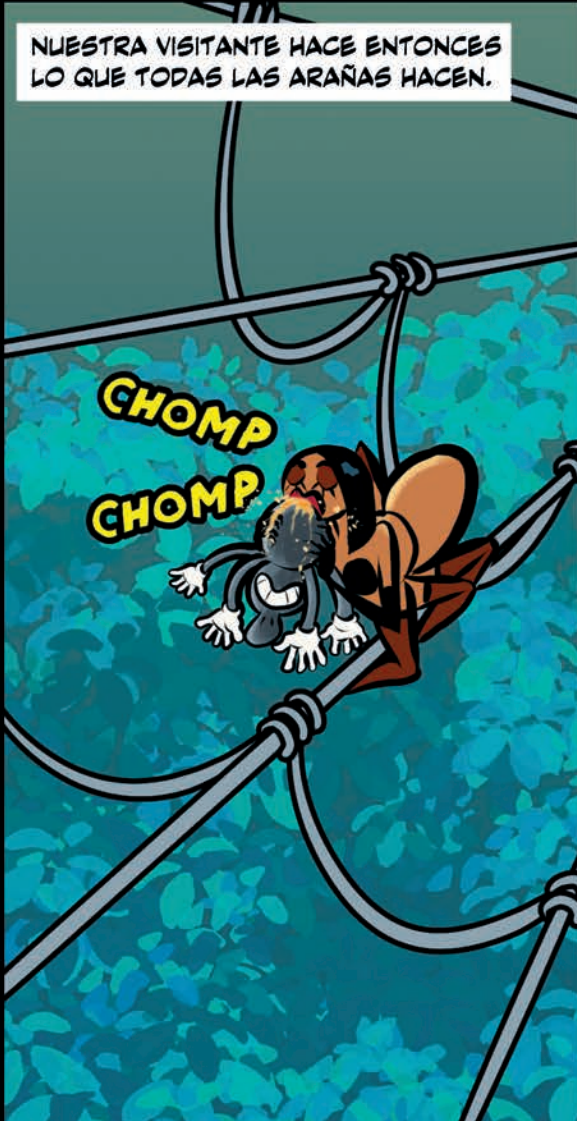




MUY TARDE EL ANFITRIÓN ENTIENDE LA UTILIDAD
DE TAN LARGAS MANDÍBULAS.



NUESTRA VISITANTE HACE ENTONCES
LO QUE TODAS LAS ARÁÑAS HACEN.



ASÍ, EL MARAVILLOSO MUNDO
DE LOS ARÁCNIDOS.



BUENAS TARDES O LO QUE SEA.

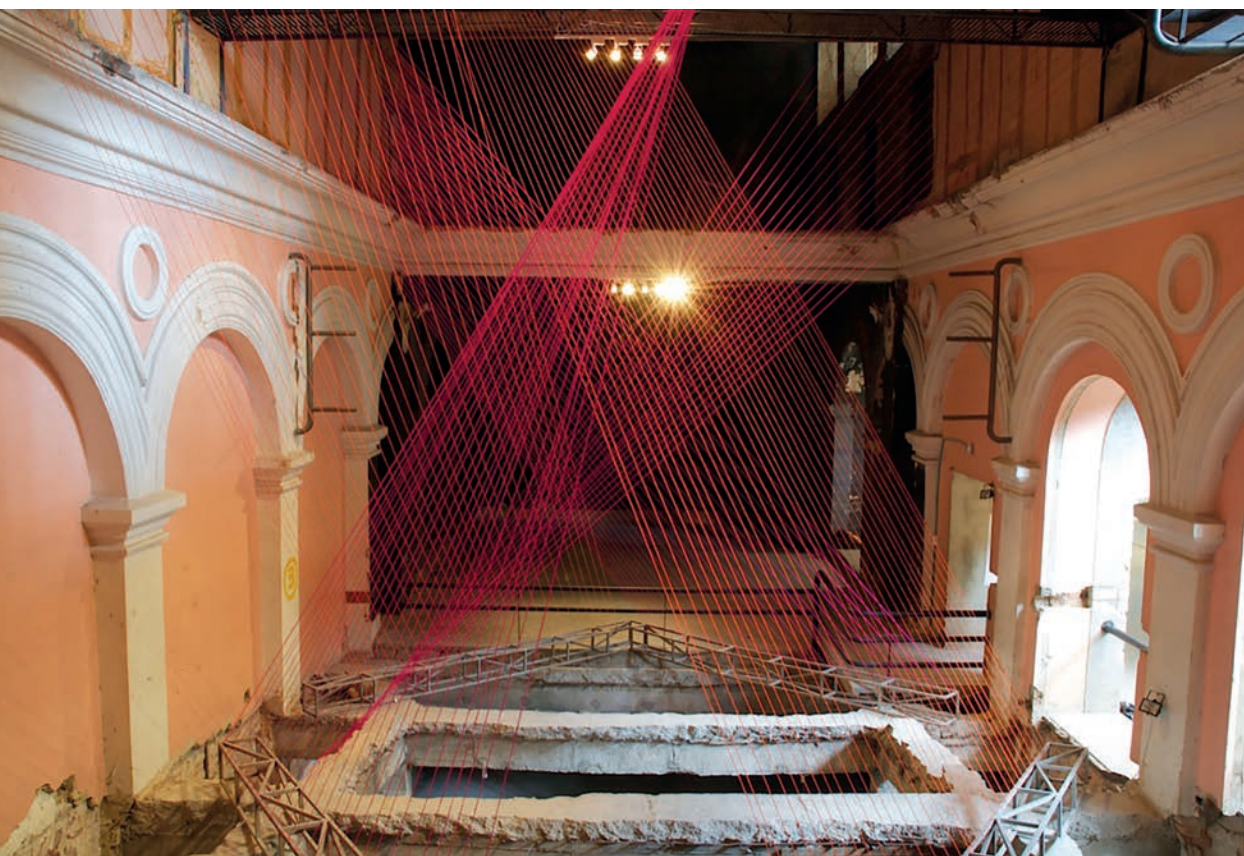


RENÉ ESAÚ SÁNCHEZ

Todas estas cosas invisibles: redes de afectos y libros

La literatura suele entenderse a través de ciertas relaciones: la del autor con su creación, ésta con otras, el texto con su contexto y, claro, la del escrito con el lector. Esta última parece circunscribirse a una suerte de análisis fenomenológico que explora la lectura: el acto de dar vida a una serie de signos e interpretarlos. Sin embargo, rara vez nos detenemos a pensar cómo llega un texto a su lector.

Marcos, uno de mis mejores amigos, murió hace un par de años a causa de una insuficiencia cardíaca. Además de los grandes



Georgina Bringas, *Emplazamiento lineal 2 400 mts.*, 2012. Instalación en la Fundación Teatro Odeón, Bogotá. Todas las imágenes son cortesía de la artista y Le Laboratoire.

recuerdos emanados de una convivencia de más de una década, me legó una copia de la *Eneida* (19 a. C.) de Virgilio, en la controvertida traducción de Rubén Bonifaz Nuño. Israel, un amigo mutuo, le regaló el libro a Mario. Como ambos se dedicaban a la administración y no a las letras, nunca se molestaron en abrirlo.

Encuentro un tanto irónico que la *Eneida* también exista gracias a la amistad, ese afecto que sobrevive a la muerte y que, a veces, queda registrado en la palabra. Virgilio nunca terminó el libro. Según una versión de la historia, el poeta, a sabiendas de que iba a morir, pidió que quemaran la obra para que nunca fuese conocida más que por el puñado de amigos, familiares y aristócratas que llegaron a escuchar la *declamatio*. Sin embargo, sus amigos Plotio Tuca, Lucio Vario Rufo y el César Augusto se opusieron rotundamente. Tras editarla, pusieron en circulación una de las obras más importantes

de la cultura occidental. “Troya casi fue quemada en otra pira”, dijo al respecto Sulpicio Apolinar.¹

La abrumadora fama de la *Eneida* se extendió a lo largo de los siglos: se volvió un paradigma en la poesía, hizo llorar al mismísimo san Agustín de Hipona y, ahora, me tiene escribiendo en un rincón de una biblioteca universitaria. Pero antes de la muerte del poeta, la obra no era conocida más que por un íntimo grupo de personas, a quien Virgilio le leyó fragmentos para recibir críticas y comentarios.

Por su parte, Cicerón, haciendo efectivo el valor literario de la amistad, solía enviarle sus textos a Tito Pomponio Ático para que los revisara y editara. Todavía hoy, antes de que un texto circu-

1 Colin Hardie (ed.), *Vitae Vergilianae antiquae: Vita Donati, Vita Servii, Vita Probiana, Vita Focae, S. Hieronymi excerpta*, Typographeo Clarendoniano, Oxford, 1966, p. 38. Todas las traducciones son del autor.

le, es común —y cuando menos aconsejable— mostrar un boceto a la gente cercana para recibir críticas constructivas. Este ensayo, por ejemplo, fue leído por mi esposa, mi suegro y mi exjefe Jaime Aljure; también por Norma Muñoz-Ledo, Fernanda Olivares y, en un acto desesperado de búsqueda de aprobación, por mi madre.

Pero el caso de Cicerón también trata que en la difusión de la literatura y el conocimiento a veces opera la traición. En una de sus cartas, le reclama a Ático por filtrar su libro *De finibus* a Balbo y a Caelia. “Dime, primero, si te parece bien publicar sin mi consentimiento. Balbo me escribe [diciendo] que ha copiado el Libro V de *De finibus* de ti [...]. La admirable Caelia, en su evidente interés por la filosofía, ha transcrito de tu gente y tiene esta misma obra: *De finibus*. Y te aseguro (aunque siendo humano puedo estar equivocado), que no la obtuvo de mi gente”.²

En la Roma antigua, en circunstancias normales, la circulación de un texto comenzaba cuando la persona a la que estaba dedicado lo recibía. En el caso de *De finibus*, Cicerón había dedicado su tratado filosófico a Marco Junio Bruto. Ático, sin embargo, permitió que el libro fuese leído antes de tiempo; es decir, lo “publicó” de manera prematura. Los romanos compartían documentos con sus

amigos y ni Cicerón ni Ático habrían permitido a extraños copiar libros.

Cabe decir que el público literario siempre fue reducido en comparación con el total de la población. Aunque es difícil dar un número exacto, el filólogo y romanista Erich Auerbach calcula que hacia finales de la dinastía Julio-Claudia (que inició con Augusto y terminó con Nerón) había apenas unas cuantas decenas de miles de romanos letrados en todo el Imperio.³ La razón es simple: la educación estaba al alcance de unos pocos. La mayoría de los niños abandonaba los estudios alrededor de los doce años y, quienes continuaban, debían mudarse o pagar *grammatici* particulares que les enseñaran en casa. Más aún, la educación latina estuvo profundamente influenciada por la griega, con un fuerte énfasis en la retórica y la gramática, por lo que aprender a escribir en latín clásico dependía enteramente de saber pensar, leer y crear en griego.⁴

La distinción entre el latín clásico y el llamado latín vulgar también es relevante, pues había una diferencia clara entre la escritura literaria y la escritura cotidiana. Sin embargo, la lectura de textos literarios rara vez era un acto solitario de meditación y reflexión; al contrario, las obras estaban hechas para ser leídas en voz alta, declamadas, como la *Eneida*. Para algunos, este acto público era una forma de difundir su obra, de anunciarse; para otros, era una manera de establecer un paradigma de reproducción, asegurándose de que quienes declamaran el poema en otro sitio y tiempo lo hicieran de la manera correcta.⁵

Lo anterior sucedía en paralelo a

2 Cicerón, *Cicero's Letters to Atticus*, Shackleton Bailey (ed.), vol. V, Cambridge University Press, Cambridge, 1966, 21a.



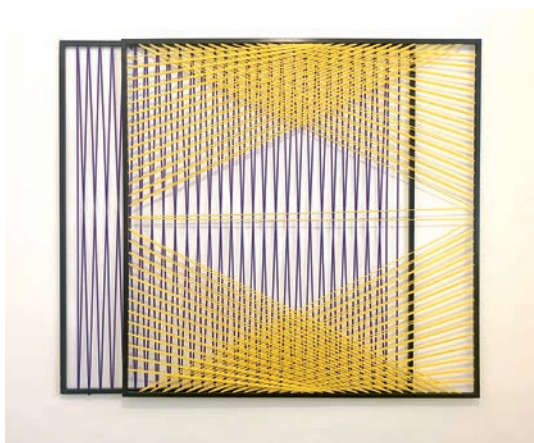
Todo es y no es al mismo tiempo, 2020-2022.

3 Erich Auerbach, *Literary Language and its Public in Late Latin Antiquity and in the Middle Ages*, Ralph Manheim (trad.), Princeton University Press, Princeton, 1993, p. 239.

4 Eleanor Dickey, “The Greek and Latin Languages in the Papyri”, en Roger S. Bagnall (ed.), *The Oxford Handbook of Papyrology*, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 150.

5 Elaine Fantham, *Roman Literary Culture: From Plautus to Macrobius*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2013, p. 87.

la reproducción escrita de las obras. Los copistas, quizá las personas más importantes en la circulación literaria del Imperio romano, solían ser esclavos, libertos o ciudadanos entrenados en la transcripción. A través de ellos, personajes como Ático podían construir sus propias bibliotecas o, en su caso, realizar copias para difundir las obras de sus amigos. Su labor no se limitaba a los textos literarios: también escribían cartas, recibos o contratos dictados por sus clientes o amos.



Opuesto escindido V, 2022.

Algunos copistas también fungían como libreros,⁶ aunque el comercio de textos era mínimo y operaba de manera muy distinta a la industria editorial contemporánea. En realidad, es difícil saber cuántas librerías existían, si sólo vendían libros antiguos o las novedades de su época, e incluso si los textos se copiaban y comercializaban según la demanda.⁷ Sabemos, por Horacio, que los hermanos Sosii distribuían sus obras. Por él mismo podemos deducir que los autores no recibían ninguna ganancia por la venta de sus textos; más bien, parece que la relación entre autores y libreros respondía

a una cuestión de difusión y alcance antes que a una motivación económica.⁸

Las bibliotecas también desempeñaban un papel en la circulación literaria, pues resguardar ejemplares era otra forma de difusión. Sin embargo, en tiempos de Cicerón las bibliotecas eran aún espacios privados en villas romanas, y no fue hasta el auge del Imperio cuando Cayo Asinio Polión fundó la primera biblioteca pública en Roma, en el 28 a. C. Augusto y otros emperadores siguieron su ejemplo y construyeron algunas más, como la Biblioteca de Apolo Palatino. No hay registros exactos del número total en la ciudad, pero se sabe que para la época de Constantino existían al menos veintiocho.

Desde sus inicios, las bibliotecas públicas no sólo servían para preservar textos literarios, sino también registros oficiales que podían utilizarse para verificar hechos y corregir copias. A pesar de ser “públicas”, eran frecuentadas por un número limitado de personas que, además de contar con la educación suficiente para leer y comprender, probablemente tenían los recursos para costearse sus propias colecciones.⁹

En suma, en la Antigüedad no existían leyes de derechos de autor, la publicación no funcionaba como hoy en día y gran parte del alcance de los textos dependía de una red informal de distribución. Más aún, el verbo utilizado para referirse a la “publicación” de un texto era *edere*, que sugiere la acción de soltar, de dejar algo fuera de la propia responsabilidad. En otras palabras, el autor podía elegir qué escribir y a quién darle algunas copias; el resto estaba fuera de su control.¹⁰

Hoy los libros todavía encuentran a sus lectores más allá de los canales oficiales: entre amigos se envían ejemplares

6 Rex Winsbury, *The Roman Book*, Bloomsbury Publishing, Gran Bretaña, 2009, p. 52.

7 E. J. Kenney, “Books and Readers in the Roman World”, en *The Cambridge History of Classical Literature*, vol. 2, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, p. 20.

8 E. Fantham, *op. cit.*, p. 111.

9 Guglielmo Cavallo, “Between Volumen and Codex”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Polity Press, Cambridge, 1999, p. 70.

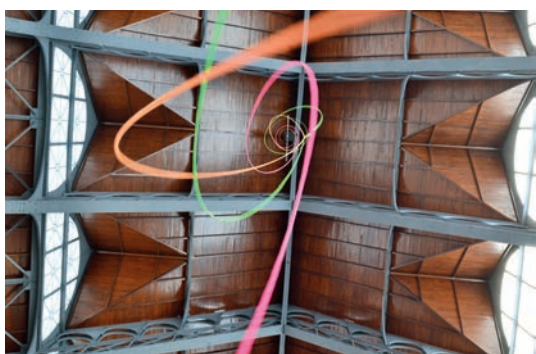
10 E. J. Kenney, *op. cit.*, p. 19.

res digitales, hay obras en PDF y EPUB en carpetas compartidas, ediciones agotadas que alguien rescata y decide digitalizar y liberar al dominio público, aunque con ello viole las leyes.

SHARING IS CARING

En febrero de 2019, mientras caminaba a la Facultad de Filosofía y Letras para tomar clase, recibí la noticia de que Enrique Hülsz había fallecido. Quienes fuimos sus alumnos recordamos con claridad su presencia: su bigote, su forma de sostener el cigarro mientras hablaba y, por supuesto, su devoción por Heráclito.

Dado que era un experto en el tema, durante años le insistieron para que diera a la imprenta su traducción de los *Fragmentos* heraclíteos, pero Hülsz se negaba. Decía que no bastaba una vida para comprender al Oscuro de Éfeso y que siempre surgirían dudas, filosófica y filológicamente. Como ocurrió con la *Eneida*, fueron sus amigos quienes editaron y publicaron de manera póstuma su trabajo, en 2021, en el Instituto de Investigaciones Filosóficas. Y, como en el caso de Virgilio, antes de su muerte el libro apenas había sido leído y comentado por un círculo reducido.



Nada está inmóvil; todo se mueve; todo vibra, 2014.
Instalación en el Museo Universitario del Chopo.

Sin embargo, Hülsz no escatimaba en compartir su trabajo: si habías tomado clase con él, seguro tenías acceso a todas sus publicaciones sin pagar un solo peso (salvo que las imprimieras). Más allá de la amistad o el afecto, lo que prevale-

cía era la certeza de que el conocimiento se construye mediante el diálogo, en apertura y comunidad.

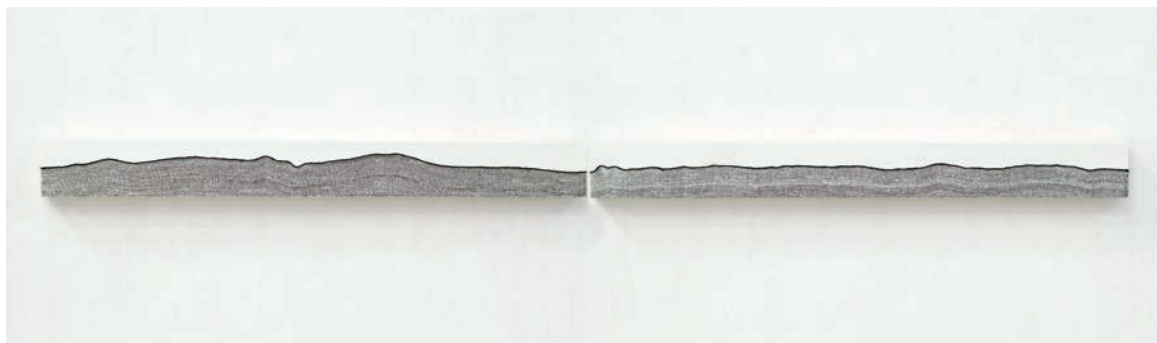
Podría decirse, incluso, que la lógica detrás del intercambio de archivos es la misma que sustenta las bibliotecas públicas: compartir el conocimiento y ponerlo a disposición de todos. Sin embargo, en nuestra era digital, esta idea se encuentra atrapada en una disputa que la reduce a una mera apología de los *warez*, aquellos materiales digitales creados y difundidos al margen de los derechos de autor.

Si bien la circulación descentralizada de nuestros tiempos comenzó a mediados de los noventa con *software* y más tarde se extendió a la música, el cine y la literatura,¹¹ hoy sigue siendo un campo de batalla donde se enfrentan la industria, la academia, los cortes judiciales y las comunidades en línea. Quizá los casos más emblemáticos sean los de Z-Library, uno de los mayores repositorios de libros digitales, con cerca de catorce millones de títulos, y Sci-Hub, la plataforma que permite la consulta gratuita y sin restricciones a artículos académicos protegidos por *paywalls*.

A pesar de que en 2022 Estados Unidos inició un juicio contra dos operadores rusos de Z-Library y de que periódicamente se identifican y eliminan dominios vinculados a Sci-Hub, la piratería digital persiste.¹² Como una hidra, por cada sitio derribado surgen dos más. En el fondo de esta resistencia subyace un conflicto más profundo: la tensión entre la democratización del conocimiento y la propiedad intelectual, ¿el conocimiento debe ser un bien comercial o un derecho accesible para todos? Mientras esta discusión se resuelve en tribunales y tratados internacionales, las redes de lectores siguen

11 Ernesto Van der Sar, "Sharing Is Caring and Piracy Is Theft", *The Piracy Years*, Liverpool University Press, 2023, p. 250.

12 Andy Maxwell, "Publishers Ramp Up Pressure vs. Anna's Archive, Sci-Hub, Z-Library & Libgen", *TorrentFreak*, 3 de febrero de 2025.



La parte y el todo es infinito 1-5, 2022.

operando, compartiendo enlaces como quien alguna vez compartió manuscritos.

MENTES TRANSPARENTES

Todos formamos parte de estas redes de conocimiento, lo que constituye, quizás, otra forma de descentralización cultural. Hace siete años Norma me prestó *Transparent Minds*, de Dorrit Cohn, un ensayo sobre el estilo libre indirecto que, hasta la fecha, no le he devuelto. La razón: no he encontrado un PDF del libro y no pienso pagar 1252 pesos por algo que ya tengo; además, nadie en su sano juicio preferiría un montón de copias engargoladas al original. Confesé el crimen: ella ni se acordaba.

Todos tenemos libros que no nos pertenecen del todo: ejemplares prestados que nunca devolvimos y que han quedado en nuestros libreros como huellas de relaciones y afectos. No me refiero a esas ediciones que le pertenecían a una expareja y que decidimos quedarnos por despecho para luego subrayarlas con pluma, marcatextos y crayolas. Hablo de esos otros libros que conservamos porque sabemos que recurriremos a ellos de nuevo. Nos los procuraron en un gesto de confianza y, en el fondo, la lectura también es un acto de comunión.

Así, los textos dejan de ser un simple medio de difusión y se convierten en objetos que pasan de mano en mano, que guardan recuerdos y anécdotas y que, con los años, forman una suerte de cartografía afectiva. Y su circulación, además del afecto, también depende de la decisión consciente de quien los transmite. En un

mundo de amplias posibilidades digitales, resulta encomiable la persona que lee por primera vez un texto ajeno y que, al considerar que tiene un valor, lo edita y lo publica: como la *Eneida* de Virgilio.

Nada sabemos del destino de las copias de *De finibus* que hicieron Carelia y Balbo. Tampoco conocemos la respuesta de Ático a la carta de Cicerón. Pero imagino que permitió que copiaran el libro porque lo consideraba meritorio. Como cuando tu madre te da una cucharada de lo que cocina antes de que esté listo: “Pruébalo, está quedando bien, ¿no?”.

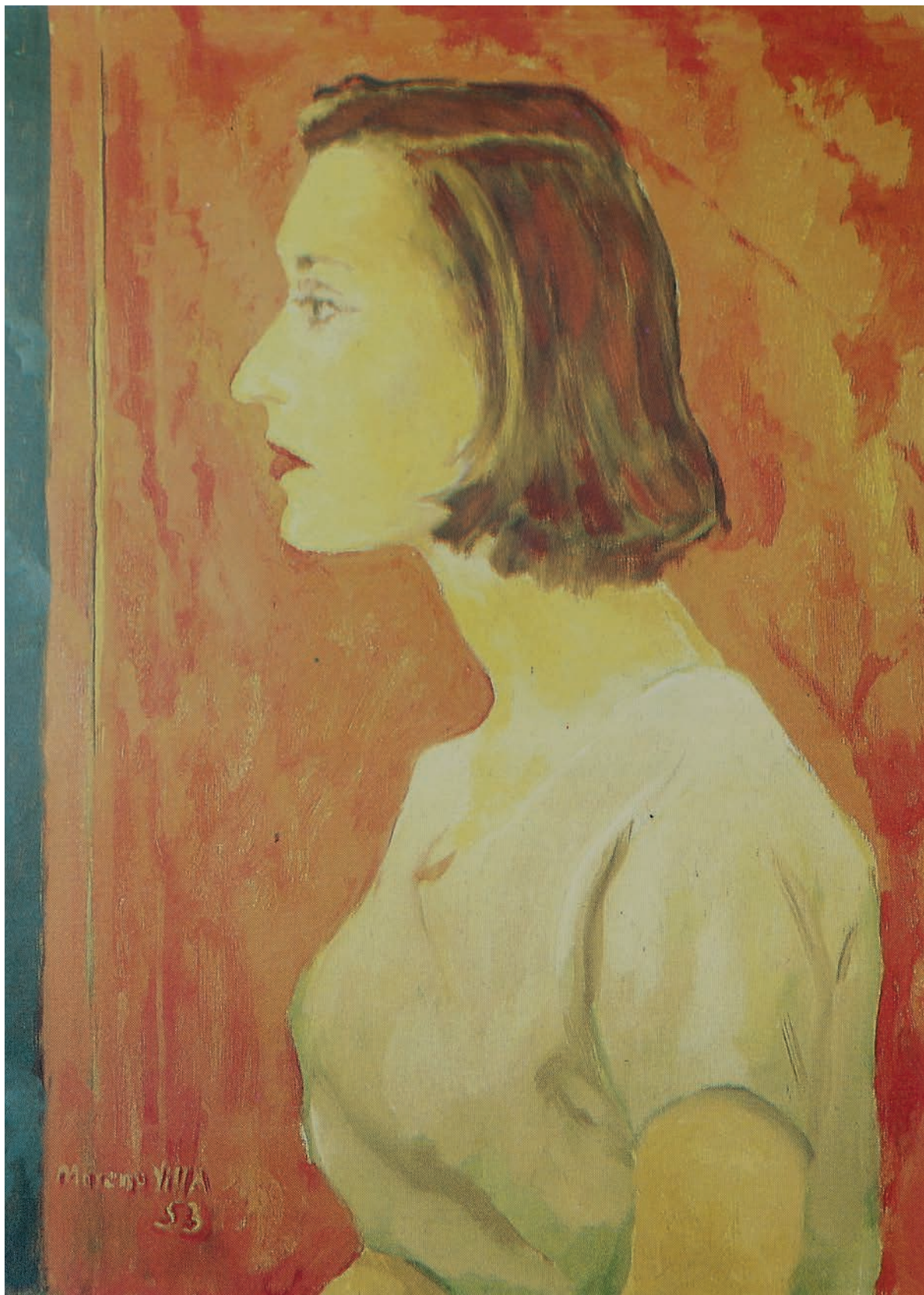
Nada de lo anterior es un pretexto para escribir sobre todas estas cosas invisibles como la amistad o el amor que nos atraviesan. Más bien quiero insistir en que hay una *materialidad* cultural cifrada en la relación entre la persona que comparte y la que recibe. A escala personal, esta cartografía está llena de sitios donde ha estado nuestro corazón y nuestro tiempo; sitios con voz, rostro, nombre y apellido. En un sentido más amplio, los afectos posibilitan una rebosante urdimbre cultural. ¿Qué sería de la *Eneida* sin los amigos de Virgilio? ¿Qué es un ensayo sino la comunión de múltiples miradas? En el fondo, la cultura no es otra cosa que el más grande consuelo para la soledad humana. ¶¶

ALEJANDRO ARRAS

José Moreno Villa, lejos y cerca

I

Mucho se ha escrito sobre el exilio español y su influencia en la cultura mexicana, pero seguirá siendo pertinente recordar cómo nutrió que la lengua fue la misma pero la mirada otra; muchas de estas familias venían de un país que, previo al año treinta y seis, habían vivido una época de incomparable esplendor artístico. ¿Cuántos amigos y conocidos tenemos que son descendientes de esta migración? Del prosista, pintor y poeta José Moreno Villa, que curiosamente fue el primer refugiado español en llegar a México en 1937, sorprende leer el elogio y cariño de tantos admirados críticos



José Moreno Villa, *Retrato de Aurora Flores*, 1953. Cortesía de la familia Díez-Canedo.

al grado que uno se detiene a echar un vistazo.

Octavio Paz, por ejemplo, dice sobre el amigo: “Discreto, irónico, cortés, elegante en el pesar y el decir, la sonrisa entre amarga y afable, fue ante todo un hombre sensible, quiero decir, uno en el que la reflexión y la emoción no están reñidas. Poeta, pintor y crítico, comprendió admirablemente ciertos aspectos de nuestro país”. Luis Cardoza y Aragón, a su vez, lo describe:

Advierto de nuevo qué exacto y qué sencillo, qué auténtico fue siempre en todo. [...] Los valores universales tenían en Moreno Villa un expositor consumado. Su sencillez, su ternura, con un ligero relámpago irónico, su gravedad, suavizada por una sabia sonrisa, nos daban profunda y como despreocupadamente, el meollo de las cosas. Tocaba puntos principalísimos, con una sensibilidad y un conocimiento excelentes. Siempre lleno de atisbos, de sugerencias, de hallazgos

Guillermo Sheridan, por su parte, caracteriza su obra: “*Vida en claro*, una de las más bellas autobiografías que se han escrito en español”. Y Emilio Uranga afirma sobre *Cornucopia de México*: “Todo mexicano tiene que leer este libro”.

Impresiona otra revelación: Moreno Villa habita y orbita en la vida de artistas e instituciones decisivas. Por ejemplo, tal vez hemos visto el retrato del joven Octavio Paz en las portadas de la reimpresión de sus *Obras completas* (FCE, 2014); la autoría es justamente del español. Reconocemos El Colegio de México —antes Casa de España— como una importante institución; Moreno Villa fue uno de sus fundadores. Desde hace unas décadas, en la Ciudad de México, se habla de la Semana del Arte; el poeta ayudó a Carolina e Inés Amor a darle amplitud e identidad a la precursora Galería de Arte Mexicano. De él, por cierto, recordaba Inés Amor: “A mí quien me abrió a la crítica de arte

fue Moreno Villa [...] No sólo a mí me ayudó sino a todos los pintores [...]. Su claridad de conceptos, su rectitud, lo hacían excepcional”.

II

Nacido en Málaga en el año de 1887, José Moreno Villa se dedicó a las letras y a la pintura mientras estudiaba química en la Universidad de Friburgo; escogió esta carrera porque sus padres deseaban que trabajara en la empresa familiar de exportación de vinos. A partir de este periodo, comenzó una producción artística que no se detuvo hasta el día de su muerte —de la que se conmemoran setenta años— en 1955.

Vivió en la Residencia de Estudiantes de Madrid, por invitación de Alberto Jiménez Fraud, desde 1917 hasta el estallido de la Guerra Civil. Se puede decir que fungió como modelo, casi tutor, de algunos personajes que pasaron por ese edificio. Por ejemplo, el dramaturgo Santiago Ontañón cuenta que:

una mañana Moreno Villa bajó a desayunar con los jóvenes de la Residencia —entre éstos: Luis Buñuel, Federico García Lorca y Salvador Dalí— y les relató un sueño que inspiraría una de las escenas más memorables de la historia del cine: “soñé que me afeitaba con una navaja y, terriblemente, me cortaba el ojo”.

Durante los años que vivió en España, Moreno Villa conversó e hizo amistad con figuras tan destacadas como Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Azorín, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Concha Méndez, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Emilio Prados, Ortega y Gasset, Alfonso Reyes, Damaso Alonso, Max Aub, etc. La lista es abundante y menciones a su vida aparecen en toda esta familia de escritores.

Su obra en prosa es inclasificable y en ella se concentra la síntesis y la gracia justa; la emoción natural y la complejidad

de la sencillez. Casi todo el corpus ensayístico de Moreno Villa está constituido de pedacería, con títulos igualmente “raros” y churriguerescos. *Locos, enanos, negros y niños palaciegos* (1939) es un estudio, siempre de las minucias, sobre los bufones que retrataron Velázquez, Ribera, Ticiano y otros grandes pintores; *Cornucopia de México* (1940) es un análisis sobre las “formas de ser” de los mexicanos; *Doce manos mexicanas* (1941) compila ensayos de *quirosografía* —como nombró con sentido del humor al estudio de las manos de sus amigos— donde, además de textos, encontramos dibujos a lápiz de los dedos y las palmas de Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Fernando Benítez, con descripciones hasta de la uña y mugre; y, en *Jacinta la pelirroja* (1929), el escritor conjunta poemas sobre un amor frustrado que conoció en un viaje a Nueva York y lo trajo del tingo al tango.

Moreno Villa llegó a México cuando tenía cincuenta años. Desde su arribo, colaboró con frecuencia en revistas y suplementos literarios —*Letras de México*, *Taller*, *El Hijo Pródigo*, *México en la Cultura* del periódico *Novedades*—; más tarde recopiló estos textos para armar la mayoría de sus libros. Los ocho ensayos que publicó para la revista semanal *Hoy*, en 1937, bajo los encabezados de “¿Será esto?” y “Cosas vistas en México”, los recogió en su libro más conocido: *Cornucopia de México*. En 1947 comenzó también a escribir semanalmente para *El Nacional*, una de sus principales trincheras literarias. Ahí publicó memorias revueltas, retratos de personas con las que convivió y pensamientos de un hombre ya al atardecer, que arma y desarma sus experiencias y sus sensibilidades. En *Memoria* (2011), se reúne una buena selección de sus textos dispersos, además se incluye *Vida en claro*, así como el excelente estudio y trabajo editorial de Juan Pérez de Ayala. Hasta el momento, es la edición más completa de sus textos autobiográficos.

Al poeta también le dieron curiosidad la arquitectura, escultura y pintura de los siglos virreinales. De estas reflexio-

nes salieron dos magníficos ensayos: *La escultura colonial mexicana* (1942) y *Lo mexicano en las artes plásticas* (1948). Ambas obras son estudios pioneros que reflexionan crítica y sintéticamente sobre la escultura mexicana de ese periodo y su relación con la española, entrecruce al que calificó como *tequitqui*, para referirse, sobre todo, al arte que realizaron los indígenas tras la Conquista. En sus páginas, Moreno Villa establece una cronología, a mi parecer, justa, aunque polémica: resalta la escultura del siglo XVI, la arquitectura barroca del XVIII y finaliza admirando la pintura mexicana del XX. “El siglo XVI se distingue por su anacronismo (mezcla de romántico, gótico y renacimiento). El siglo XVIII se distingue por su mestizaje inconsciente y el siglo XX se distingue por su consciencia del mestizaje.”

En sólo un par de años, comprendió —casi como vidente— el arte y la esencia de su nuevo país. Le interesaba descifrar y entender *lo mexicano*: “Al cabo de año y medio de residir en México se ha apostado en mi almacén, ciudades, amigos, monumentos, volcanes, platos típicos, semblantes, carreteras, ídolos, fiestas y modos de hablar [...]. México crece dentro de mí”. En 1946 escribió estas curiosas y paranoicas líneas desde Tepoztlán: “Esa mata de florecillas me está tentando. Quiere que piense en ella, que la mire hasta comprenderla bien, que le diga cosas o que diga cosas de ella”. Su libro de ensayos *Cornucopia de México* es constancia de esto. Doce años después de su publicación fue reeditado en la colección México y lo mexicano, dirigida por el mayor del grupo Hiperión, Leopoldo Zea. En su catálogo figuraban, además, títulos como: *La calavera* de Paul Westheim (1953), *En torno a la filosofía mexicana* de José Gaos (1953) y *Análisis del ser del mexicano* de Emilio Uranga (1952). Es decir, José Moreno Villa fue una pieza medular del debate alrededor de la ontología del *ser mexicano*, que tendría su cumbre en el *Laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz.



José Moreno Villa, *Retrato de Joaquín Díez-Canedo*, 1940. Cortesía de la familia Díez-Canedo.

En 1940, participó en la paradigmática *Exposición internacional de surrealismo*, inaugurada el 17 de enero en la Galería de Arte Mexicano, de la que también formaron parte Picasso, Frida Kahlo, Max Ernst, René Magritte, entre otros. Cuatro años más tarde, organizó, junto con Josep Renau, la primera exposición de Picasso en México y escribió un texto para el catálogo, que también llevó escritos de Carlos Mérida y Agustín Lazo. Moreno Villa fue defensor de la pintura de Rufino Tamayo y enemigo declarado del “chauvinismo” político que imperaba en artistas como David Alfaro Siqueiros, con quien llegó a tener polémicas públicas. Compartió un estudio con Jesús Guerrero Galván, expuso numerosas veces sus pinturas y dio conferencias, dedicadas a la historia del arte, en el Palacio de Bellas Artes y El Colegio de México. Humberto Hergo Cardoso, uno de sus mejores lectores, reeditó *Jacinta la pelirroja* en la UAM (2021); incluyó notas y una minuciosa cronología de su vida y obra. En ésta aparecen muchas pistas sobre el José Moreno Villa pintor y animador de pintores.

Los tiempos de exilio renovaron a Moreno Villa, pero fueron también tiempos de nostalgia y diálogo con la muerte. Se casó con Consuelo Nieto —viuda de Genaro Estrada e hija de un reconocido político potosino— y tuvieron un hijo, José Moreno Nieto, quien fue su mayor devoción e inspiración en sus últimos días. *Vida en claro* (1944), ese hermoso libro que detiene el tiempo, está, en el fondo, dedicado a él. El nacimiento del niño lo marcó profundamente y lo hizo establecer una comunicación con él a través de preciosos libros infantiles como *Navidad: villancicos, pastorelas, posadas, piñatas* (1945) y *Lo que sabía mi loro* (1945). Así como al final de *Vida en claro* Moreno Villa deja de hablarle al lector común y dirige su voz al pequeño, este par de títulos, llenos de juegos y canciones, son una faceta importante en la historia de los libros ilustrados para niños.

III

Hace un año, Morton Subastas anunció que vendería una acuarela sobre papel de José Moreno Villa, fechada en 1939 y titulada *Lagartos*. En 2019, esta misma casa de subastas intentó vender una tinta del autor por un precio nimio y desistado, por lo que nadie levantó la mano. Museos, como el Reina Sofía, albergan obras de Moreno Villa, por lo que no es necesario saber de arte para comprender que el precio con el que arrancaría la subasta de 2024 era una ganga y, por lo tanto, una buena oportunidad. Emocionado y decidido a embarcarme en la tentativa de adquirir una pieza así, les compartí el entusiasmo a tres amigos expertos en el exilio español. Los tres, apasionados de la Generación del 27 y que bien podrían ser mis abuelitos, han escrito sobre el autor de *Cornucopia de México*; uno de ellos incluso comentó que una pintura de este artista no vale menos de cincuenta mil pesos.

El siguiente sábado asistí a la subasta. Llegó el turno del lote 106. El precio de salida fue de seis mil pesos. Levanté la paleta. Desde uno de los costados de la sala una señora, vestida con el uniforme de Morton, hablaba por teléfono y me clavaba su mirada en señal de guerra. Alzó la mano y dijo: “siete mil”. Yo alcé de nuevo la paleta y el precio subió a siete mil quinientos. Luego ella pujó a ocho mil pesos. Así estuvimos un rato hasta que no pude más, el costo había rebasado mis posibilidades. El subastador le pegó al bloque de madera con su mazo y *Lagartos* se vendió a quién sabe quién.

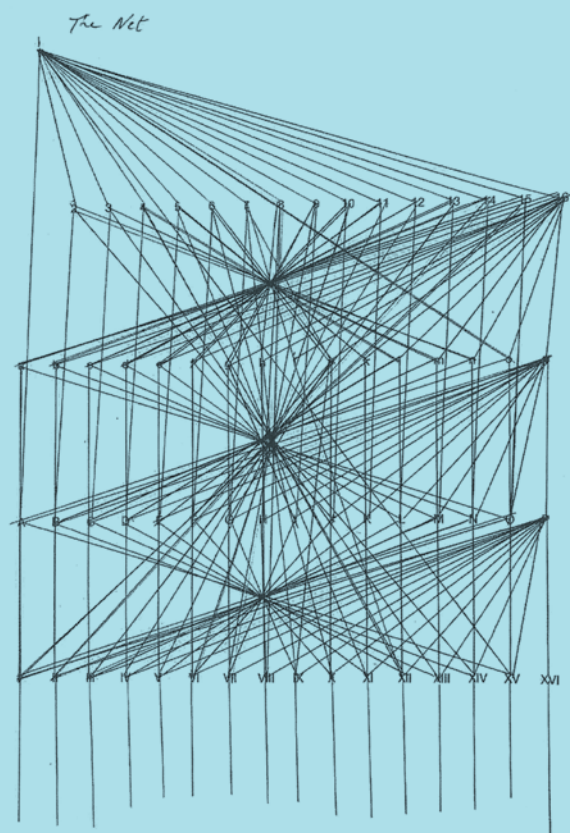
Ante mi fracaso, miré al amigo que me acompañaba y le dije desmotivado que mejor nos fuéramos, pero me zopilotaba la duda por saber quién había sido el comprador. Antes de salir, me aproximé a la señora del teléfono y, disculpando mi indiscreción, le pregunté por la identidad del nuevo dueño de la acuarela. Ella me contestó: “Eso es confidencial, joven, pero le puedo decir que fue un señor mayor y experto en *Josué Moreno Villa*”. Espero que lo que imagino no sea verdad. 

JENNIFER ELISE FOERSTER

Y llegaron al borde de lo que es visible

Estábamos clamando verde desde las cañas.
La superficie debajo de nosotros se rizaba con el tiempo,
con los sopladores de lluvia, invocando nubes venideras,
para el canto de nuestro pueblo hundido, trueno subacuático.
Seguimos el sendero sinuoso de los pastos blanqueados,
secamos a nuestros hijos bajo el sol en la orilla
de las aguas que consideramos muy anchas para cruzar.
Encontramos un pequeño coágulo de sangre, lo envolvimos con hojas,
y llegamos al borde de lo que es visible
para encontrar a nuestro pueblo cubierto por niebla,
un murmullo de pájaros en una red de fibra de vidrio,
los huesos de un león, los cuernos de una serpiente.
Todos los animales hablaban en un mismo idioma
pero ninguno podía cruzar el lago, salvo dos grullas que cantaban
un nombre para sondear el pueblo y su gente.
Cuando la inundación vuelva para tragarse a la tierra
quienes se queden atrás se perderán juntos.
Por el trueno, por el humo rojo, los hijos de las conchas,
fuimos nombrados por el Pueblo perdido bajo el agua.
Hace tanto tiempo, en una de muchas historias,
cuando la tierra se enojó y devoró a sus hijos,
fuimos conducidos como serpientes desde el cañaveral, ciénagas,
para volver a entrar a la espiral, para comenzar otra vez.

Este texto forma parte de *The Maybe-Bird* (2022), un libro experimental en el que la autora de origen muscogee resignifica los mitos de esta nación originaria del sudeste de Norteamérica. En la obra, cada uno de los versos de las diferentes secciones reaparece en distinta posición en los subsiguientes poemas, generando una compleja red. En la ilustración se muestra el diagrama de diseño textual del poemario. Traducción del equipo editorial con permiso y retroalimentación de la autora.



“bueno, pero mis papás mataron a mi hermano”. Otro ejemplo: “Es que mi papá siempre quiso más a mi hermano mayor”. Y yo: “eso no es nada, mis papás asesinaron a mi hermano”. Ya con estos ejemplos queda claro lo eficaz de mi herramienta.

Hasta que conocí a Lucas.

Lucas era un adorable chavorrucito tragaños y barbilampiño, lector de horas de la comida. Hombre bueno para la bebedera, meter al cine golosinas compradas a granel y hacerla a una sentirse amada. Alto, medio gordo, de piel verde, buen platicador, tenía el cabello como Jack Nicholson en los últimos veintitantos minutos de *El resplandor*. “A veces me pasa como a Tolstói: sólo veo un abismo en el eterno fluir de las aguas”, me dijo, apenas regresó de orinar, en nuestra primera cita. Y yo: “Ah, ¿sí?”, pues mis papás mataron a mi hermano”. Le dio un trago a su segunda cheve y me dijo con una seriedad que correspondería más bien a la sexta:

—¿Cómo lo mataron? ¿Qué edad tenía? ¿Cómo se llamaba? ¿Estás bien?

Por suerte, en ese momento apareció el mesero con un chamorro de los de la base de la pirámide de chamorros y nos resultó difícil concentrarnos en otra cosa que no fuera comer. Lo hicimos en silencio, bajo el amparo de dos rones Castillo pintaditos y un sórdido La Piedad vs. Morelia en viernes pasaditas las nueve de la noche. Cero a cero. Dos penales fallados. Acabamos cogiendo en mi Shadow. Después me enseñó una serie de fotos que había recolectado esa semana en diferentes periódicos. Coleccionaba fotografías curiosas, surreales, muy reales o chuscas. Una me llamó la atención. Se trataba de varias personas intentando meter un ataúd por encima del torniquete en una entrada del metro Allende.

—Hay quien no puede pagar mil nuevos pesos por media hora de coche fúnebre —comenté.

—¡Mil nuevos pesos! ¿Alguien se la viene mamando al muertito o por qué tan caro?

Nos reímos al mismo tiempo. Arranqué el motor y lo invité a mi depto.

—No sé a qué edad pasó. No sé cómo lo mataron. Sé que se llamaba Ariel —dije, durante un semáforo en rojo—. Ahora que lo pienso no sé cómo sentirme al respecto. Oye, pero sí sabes que es broma, ¿verdad?

—Quizá está vacía —me respondió—. La caja, quiero decir... quizá no hay cadáver adentro. Ataúdes vacíos viajando en metro.

Ya en mi casa nos seguimos besando hasta que el horario de invierno nos robó sesenta minutos de vida. Era 1996.

Lucas y yo funcionábamos bien como pareja básicamente porque podíamos estar durante horas sentados el uno frente al otro leyendo cada uno su libro. Yo también soy lectora de horas de la comida, me encantan las cantinas, mi piel es verde y meto piña enchilada y plátanos deshidratados a la función más nocturna del domingo.

A los tres meses de novios no nos habíamos peleado ni usábamos apodosos cursis para referirnos al otro. Me sumé a su dinámica y a cada rato le guardaba imágenes extraídas de revistas y semanarios. Cada uno armaba su inventario semanal de fotografías curiosas, surreales, muy reales o chuscas y se lo mostraba al otro, compitiendo por nada. Éramos como los ángeles con coleta de *Las alas del deseo* pero de puras imágenes chistosas. Fuimos de viaje a Morelia un fin de semana. Me dijo que me amaba frente a la fuente de las Tarascas, no sin antes mencionar lo feas que eran. Le dije que a mí se me hacían bellas por la dureza de sus rasgos. Decidí que le presentaría a mis padres.

Mi padre es un pésimo padre. Uno de esos hombres del siglo pasado que se toman media botella de coca cola de un trago sin que el líquido negro les queme la garganta. Lo que también significa que sacrificó todos sus anhelos y sueños con tal de tener la foto de una familia en el tablero del Galaxy. Ya luego se arrepintió y tuvo innumerables amantes a las que no



Un grupo de personas entra con un ataúd al metro Allende de la Ciudad de México, martes 7 de noviembre de 2017. Autoría desconocida.

sotras llamábamos, para englobarlas en una misma bustona cacariza, la Chayota.

—¿Quiere una cerveza, jovenazo?

—le dijo a Lucas a los tres segundos de conocerlo.

Estábamos en plenas cabañuelas de enero, así que hacía calor pero era probable que lloviera en cualquier momento.

—Me rifo —respondió Lucas, espontáneo.

—Ah, pero no me vaya a salir con que usted toma una de esas cervezas *light* de moda.

—Nombre, es más... pónganle más grasita a mi chela.

Se lo ganó en ese instante. Estuvieron brindando y culpando a García Aspe y a Colosio de que a todo en este país se lo estuviera llevando la chingada. Salíó un arcoíris y partimos la rosca de Reyes. Ni un pinchurriento Niño Dios de plástico le salió a nadie. Otro ataúd vacío.

Mi papá es diecinueve años mayor que mi madre. Mi mamá es la mujer más hermosa del mundo. Juro que cuando era niña vi cómo la vestían, peinaban y acicalaban un grupo de ciervos y pajaritos del bosque. A pesar de estar casada con un sujeto que no está del todo civilizado, no se amargó ni arrugó de más. En-

vejeció como envejecen las figuras de porcelana: simplemente ya no se ve nueva.

La familia de Lucas vivía lejos. Él no los visitaba ni ellos a él. Llenó ese hueco leyendo. Lucas era sumamente influenciable. Cuando acabó *Moby Dick* estuvo hablando por semanas acerca de “lanzarse a la mar”. (No sabe nadar.) Con *Hambre*, de Hamsun, decidió ponerse a dieta para experimentar los delirios místicos provocados por la falta de alimento. Con *Crimen y castigo* de plano se compró un hacha diminuta que traía oculta entre las ropas. Con Faulkner tuvimos al menos tres confusos e intensos pleitos de pareja cuyo contenido y conclusión ignoro a la fecha. Su madalena de Proust es un panucho con cebolla morada y naranja en vez de limón. Este detalle de su carácter me parecía anecdótico e inofensivo, sobre todo porque —a pesar de que era auténticamente un lector voraz— no escribía pastiches de lo que leía. A Lucas, a diferencia mía, la literatura no lo condujo a la boba necesidad de escribir sus propias tramas. Él leía y ya.

Entonces vino la mentada fase del género policiaco.

Se zampó al hilo cinco libros de asesinatos y policías corruptos. Andaba taciturno todo el tiempo, nervioso, ausente. Cualquier grupo de gente haciendo cola se convertía, en su cabeza, en una fila de sospechosos. Empezó a beber de más y solo. Como las traducciones que leía eran españolas, incorporó a su vocabulario palabras como “pavos” para referirse al dinero. A los cadáveres les decía “fiambre”. En fin, Lucas andaba más iracundo que de costumbre: lo vi gritarles, escupiendo saliva, a un taxista perezoso, a un mesero distraído en mi escote y al director técnico del Cruz Azul cuando era entrevistado en la tele. Seguía pareciéndose a Jack Nicholson, pero ahora al de *Chinatown*.

—Ya decidí de qué haré mi tesis —le comenté en una sesión de sobrecama—: sobre el metro de la Ciudad de México.

—¿Sabías que a los conductores que les toca pasar por encima de un suicida les

dan una lana y pueden estar un año sin trabajar para que superen el trauma?

—Nadie está hablando de muertos, Lucas. Te están afectando tus libros policíacos.

—¿Y si invitamos a tus papás a un balneario el fin de semana?

Fueron dos días incómodos. Un frente frío con estúpidas lluvias tupidas nos arruinó la posibilidad de broncearnos. Lo pasamos en el restorán jugando dominó cubano. Lucas convenció a mi papá de ir al sauna. Yo necesitaba descansar y me quedé dormida en el cuarto. A las pocas horas me despertó el humo. Lucas revisaba su celular mientras abría con los dedos un hueco entre dos persianas tiesas. Fumaba, aunque él no fuma. Sentí que todo se había vuelto blanco y negro. Lucas usaba una gabardina amarilla, con los puños deslavados, que compró usada en la paca. Yo juraba que alguien había muerto dentro de esa prenda tosca y pesada. Debajo traía un *short* con la cara de Patricio Estrella.



—Lo sabía —susurraba emocionado—. Estamos tras la pista. No te levantes, nena, sigue dormida.

—¡Qué traes, tú!

—¡Tu padre tiene tatuado el nombre de tu hermano en su antebrazo!

La obsesión de Lucas por mi hipotético hermano muerto comenzó a sacarme de onda. Lo mandé a volar. Pero el viernes siguiente lo encontré en mi casa, muy

campante, tomando chocolate en compañía de mi madre. Veían fotografías de mi infancia. Fotos impresas con la fecha en una esquina. Los álbumes en el piso formaban un *collage* de mi vida que me hizo sacar humo por las orejas. El sonido de las argollas de metal abriéndose me hacía pensar que aquellas carpetas más bien eran las costillas de un nene.

—Lucas, ¿me acompañas a pasear al perro? —le ordené, más que preguntarle.

El Goebbels, un pastor alemán sin chiste. Después de un silencio de tres cuerdas, Lucas me dijo, emocionado:

—Tu papá se hizo el tatuaje en 1970, tú naciste en el 83. Ariel tenía trece años cuando lo mataron. No era un bebé, como originalmente pensábamos. Trece años.

—Ya basta.

—¡Carajo! No hay fotos de él, pero siento su presencia todo el tiempo. Y hay pocas fotos de tu madre de joven. Algo no me cuadra.

—Ya te dije mil veces que es un chiste que yo inventé.

—Estoy cerca de algo, nena. Confía en mí. El sábado te llevaré a tirar los dados. Búscate un vestido lindo, ah.

Y me besó con intensidad, inclinando mi cuerpo hacia atrás entre sus brazos. Sentí el sabor a Chocomilk en su aliento. Me mordía con suavidad, sin dientes, mientras sus manos buscaban mi entrepierna con avidez. Se deshizo de un calzón empachado de tanta cadera y entró con dos dedos. Goebbels le ladraba a una ardilla. Ya habíamos hecho antes el amor en la vía pública, pero esa vez me excitó mucho la posibilidad de ser descubiertos por dos detectives con los que Lucas estaba enemistado. Me puse de puntitas para que me penetrara de pie y frente a frente.

Le conté a mi terapeuta lo que sentía:

Lucas cada vez está más y más alejado de mí. Y yo creo que es por mi culpa, aunque sé que no es cierto. No he hecho nada que justifique su conducta. Culpó directamente a sus pinches novelas de detectives. Es como si se hubiera aburri-



do de mí. Así que, para mantenerlo a mi lado, le he dado cuerda a la mentira. Ya sabe a qué me refiero. Lo de mis padres y mi hermano. ¿Que si he indagado cuál es el origen de esa ficción? No. Una vez de adolescente escribí en un cuaderno: “podría escribir los versos más tristes esta noche”. Y yo juraba que aquel verso era de mi autoría, lo presumía como mío. Y tantas veces repetí esa mentira que incluso hoy creo que es verdad. ¿No es el pasado fruto del matrimonio entre mentira y memoria? A todos nos encanta modificar la realidad para justificar nuestras pesadillas. En fin, Lucas necesitaba la agenda de mi papá para sacar un par de números telefónicos, así que la tomé prestada y se la di. Esa noche no peleamos. Él copiaba números telefónicos en un papelito mientras yo pedía clamatos. Cogemos mucho últimamente, pero él rara vez termina. Ya no se viene conmigo. Esto me tiene muy preocupada. Una vez un taxista me dijo que su esposa lo masturbaba diario para ver si le era infiel. “Ya sabe, por la cantidad de semen.” Está obsesionado, Lucas; jura que mis papás asesinaron a un hermano que yo me inventé de niña y no se va a detener hasta demostrarlo. Pero bueno, cambiando de tema, estoy muy atorada con mi tesis. Me fascina la idea de que a una ciudad desbordada la regule el metro. La metáfora que más se le endilga es la de un gusano, pero yo creo que es un pulpo. ¿Sabía que en Europa ya existía el metro mientras nosotros acá seguíamos en burros? Llevo toda la vida viendo a la gente besarse y pelear en el metro; de alguna manera es

la educación sentimental de todos los mexicanos. Y por eso mismo creo que es el lugar idóneo para educar a la población. Ahí le va mi idea y el núcleo de mi tesis: vagones exclusivos para mujeres. Los de hasta adelante. Sé que ahorita sueña irreal, pero piénselo un momento: disminuiría el acoso y hostigamiento al que estamos sometidas a diario. Creo que es la mejor idea que se me ha ocurrido.

Lucas me estaba poniendo el cuerno. Mientras se duchaba entraron mensajes de una tal Lucrecia comentándole que ya quería que fuera de noche para que le diera lechita. Apenas salió del baño le aventé el teléfono a la cara. Le dije hasta de lo que se iba a morir y me puse a llorar mientras le golpeaba el pecho con todas mis fuerzas. Él estaba desnudo. Recogí el teléfono del piso y se lo volví a aventar a la cara. Un hilo de sangre le salió de la nariz. El celular era de esos de pastilla que te regalan en el Oxxo en la compra de un Vikingo.

—Cariño, o te soy fiel o descifro el asesinato —me dijo.

Me quedé viendo cómo usaba mi desodorante y se vestía con lentitud. Entré en estado de *shock*. Cuando recuperé cierta sensatez estaba siguiéndolo, escondida detrás de un cajero automático con mis lentes de sol y un suéter de cuello de tortuga cubriéndome medio rostro. Él esperaba en la calle, leyendo. Llegó una mujer bustona y cacariza. Estuvieron charlando un rato con las manos enlazadas. Saqué mi cámara desechable y tomé fotos, muchas. Estaba sudando copiosamente. Me sentía traicionada y emocionada en una medida equilibrada pero contradictoria. Sentada en el bar de un Sanborns me di cuenta de que no era necesario revelar las fotos, aquella mujer me resultaba conocida. ¡Era una de las Chayotas!

No he vuelto a saber de Lucas en varios meses. No hemos coincidido en la calle básicamente porque no salgo de casa desde aquella noche. Mis padres siguen con

sus vidas. A mis ojos su diferencia de edad se ha acentuado de manera considerable. El otro día me sorprendí buscando pistas en los álbumes familiares. También me sorprendió encontrar varios espacios vacíos. Lucas se robó varias fotos. Pinche loco.

Gracias por recibirme sin cita, doctor. Estoy muy inquieta y no sé qué hacer: me estoy volviendo loca. Ya sé que hace meses habíamos concluido todo el tema de Lucas dictaminando que es un narcisista psicópata y tan-tán. En serio, al tipo lo he superado emocionalmente. Pero ayer regresaba muy contenta de comprar paletas heladas, cuando se me apareció. Traía una gabardina nueva y se veía recién bañado. Para no hacerle el cuento largo (aunque cuando uno dice eso está alargando la trama más de lo necesario): ¡no había cadáver dentro del ataúd! Mis papás no mataron a nadie. Pero salió peor, pues ahora siento que soy testigo de un crimen más atroz y horripilante.

—Sí —me dijo Lucas —te fui infiel con una de las amantes de tu padre, pero más importante que eso: te engañé con tu madre natural, tu bellísima madre de sangre. ¡Tienes sus ojos, maldita sea!

Y que sale de atrás de un árbol la mujer esta queriéndome abrazar. Me quedé igual de confundida que usted ahora mismo.

Ariel, mi hermano, más bien es mi hermana. Mi padre, hombre del siglo pasado, siempre quiso tener un varón que prolongara su estancia en la Tierra. Ariel, pues, era una niña de trece años que mi padre abandonó porque nació mujer. La obsequió por ahí y luego llenó su vida de amantes. Quería tener un hijo varón a toda costa. No lo logró. No olvidemos que a él lo regían construcciones éticas del siglo XX. Beber una coca cola de un solo trago tiene sus consecuencias genéticas. Ojo: no lo estoy justificando. Tiemblo nada más de pensarlo. Todo en mi vida es una mentira. El asunto es que no es que mis padres asesinaran a mi hermano. Más bien, mi madre es mi hermana.

Como en una pinche película mexicana viejita.

Yo también fui lectora de novela policiaca, yo también me he clavado leyendo género negro... y si algo aprendí es que el detective es capaz de trastocar por completo su ética en búsqueda de un culpable, sólo para darse cuenta —una vez que se acaricia la verdad— de que ésta no valía la pena o que ya no es útil.

De nada me sirve esta información. Toda mi vida es una mentira. ¿Qué tienen en la cabeza los hombres? ¿Por qué toda nuestra sociedad está fundada sobre este tipo de verdades horribles? Total: creo que necesito regresar a los ansiolíticos.

Me tardé varios años en volver a tener citas románticas.

“Mi mamá me pegaba cuando era chico con la chancra”, me dice un barbón. “Escucha esto antes: mis padres mataron a mi hermano de trece años”, le digo. Otro más: “Mi papá era alcohólico”, y yo: “Mi ex me puso el cuerno con una de las amantes de mi padre, que lleva años en una relación incestuosa. Vaya, les dejé de hablar”.

No había segunda cita. Hasta que conocí a Luis.

Luis es fresón, *forever young*, pelo en pecho. Tiene pecas en los tobillos y no ve de lejos. Al Bacardí le dice Bacardios. Conviene, para no dejar de respetarlo, no preguntarle qué música le gusta. Menso, adorable, adinerado, guapo. No es la gran historia de amor. Estábamos pedos y sonaba una rola de ésas que implican fajarte con extraños. Decidí no traer a colación mi muletilla del hermano asesinado. Todo fue muy rápido. A los dos meses, Luis me pidió matrimonio. La ceremonia fue emotiva. A su mamá, que trabaja en la gerencia del Metro, le encanta mi propuesta de los vagones exclusivos para mujeres. Se le hace muy viable. Me pidió que le arme una presentación. ¶

LUIS TÉLLEZ TEJEDA, PÁVIDO NÁVIDO

Letanía de todos los soles de la Ciudad

Para Rodrigo Hidalgo

Viaducto, ruega por nosotros,
todas las noches y al mediodía,
en tu escote de mujer
antes de penetrarnos.

Observatorio, cuídanos,
hoy y siempre; cuida nuestros pasos
en el ir y venir de los años,
en las ganas de llegar a casa.

Mixcoac, escúchanos,
que la grasa de las carnitas
fría el hambre de oficinistas
y de toda la ciudad con sidrales y cocacolas.

Tezonco, perdónanos,
todos los días, que es fiesta patronal
de cuete y chinelo o charro bailando
sobre el mixiote y todos los años del mundo.

Balderas, ten misericordia de nosotros;
mirada de los asesinados
que calcina todas las horas
y nunca se esconde.

Guelatao, danos tu promesa:
periferia que ya es centro,
llano de tabicón y varilla pelona,
ciudad que se cae en cada respiro.

Bosque de Aragón, sálvanos,
paso de rumba, guaracha y salsa,
sonidero que chirría toda la semana
la cumbia del sábado.

Polanco, guárdanos,
no escodas el lujo de relumbrón,
Superama donde no maduran los mangos,
inglés de voz alta, cosmopolita.

Mixiuhca, alúmbranos,
haz eterno cada sorbo de pulque,

ciudad que es todos sus pueblos,
todos los años de adobe y tezontle.

Iztapalapa, ruega por nosotros,
baila un danzón
y después atraca con tu nombre moderno,
macehual eterno.

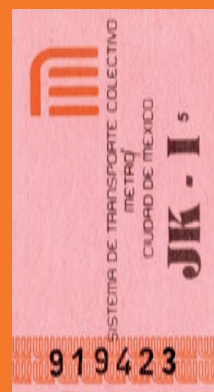
Insurgentes, líbranos de todo peligro,
cervecería barata o antro de medio pelo;
cuídanos, jotos desenfrenados,
ciudad que no se esconde.

Bondoquito, líbranos de todo mal,
o no, déjanos ver en tu náhuatl,
que poco se esconde, la enormidad
de tus calles, antes de agua.

Ferrería, danos luz,
carcajada de secretaria,
monedero de ama de casa,
luz de la maquila que mantiene la vida.

Popotla, sálvanos
en el trajín de tu calzada,
en los siglos de tu sombra,
ciudad que es todas las que ha sido y será.

Zócalo, *ora pro nobis*,
centro de las placas tectónicas,
alarma sísmica,
manifestación que se desborda,
niño perdido,
mañana de prisa,
noche que nunca acaba,
tarde que no se nombra,
bajar por cinco pesos,
siesta por los trenes,
en hora pico,
a toda hora,
ora pro nobis,
ora pro nobis,
ora pro nobis.



Boletos del metro, 1969-2018. Colección de Antonio Montaña Jimarez.

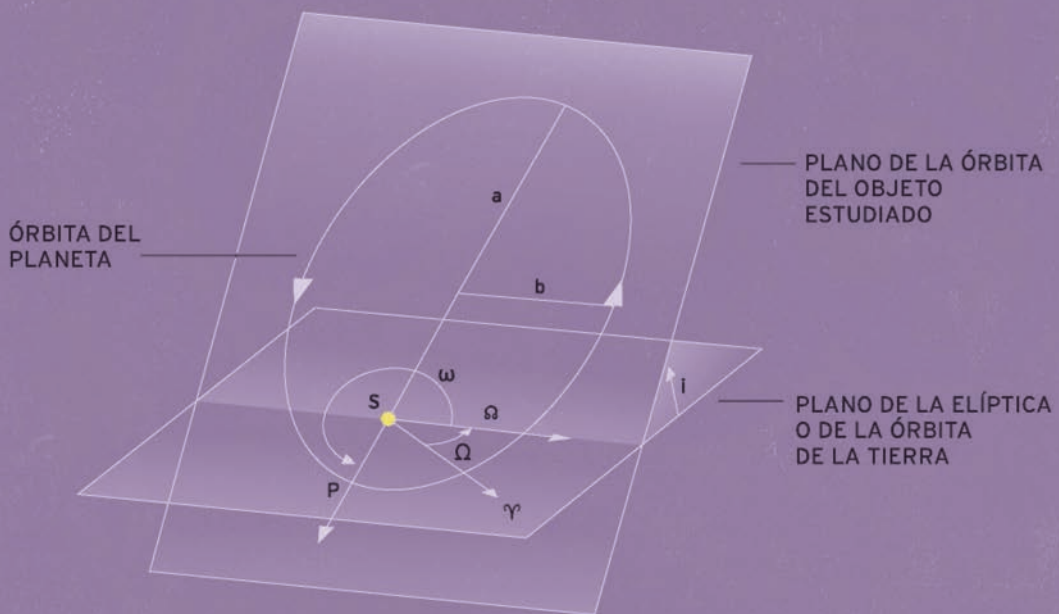
(A)
MAURICIO REYES RUIZ

(B)
JOEL HUMBERTO CASTRO CHACÓN

DEBATE

Fig. 2

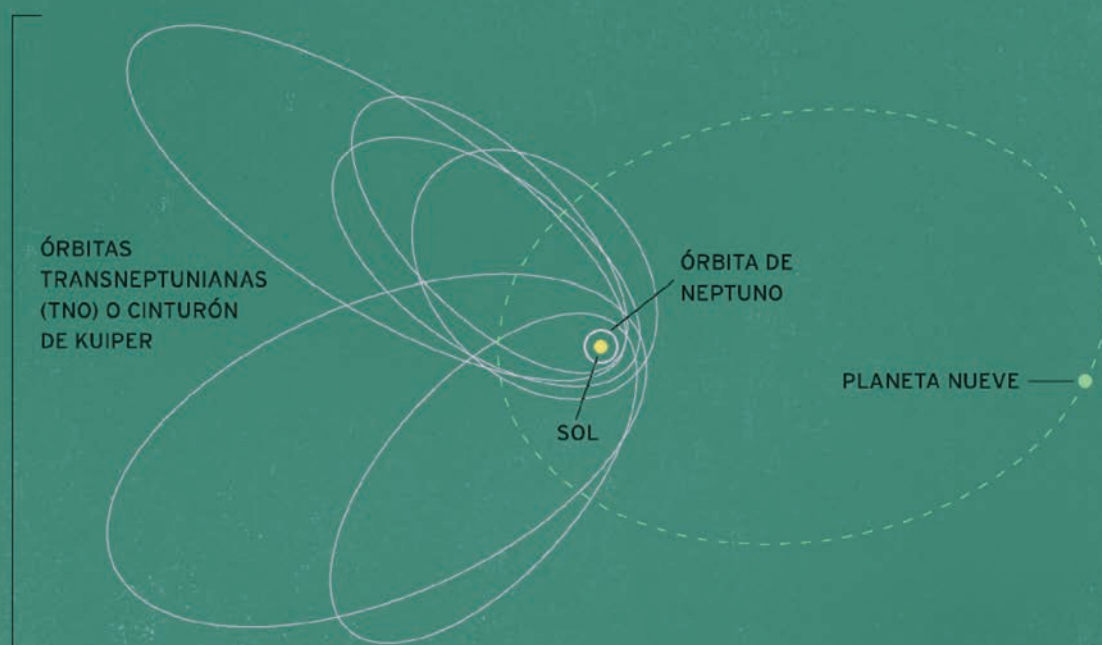
ELEMENTOS ORBITALES



γ	PUNTO VERNAL	a	SEMIEJE MAYOR	ω	NODO ASCENDENTE	i	INCLINACIÓN	Ω	ARGUMENTO DEL PERHELIO
S	SOL	b	SEMIEJE MENOR	Ω	LONG. DEL NODO ASCENDENTE	P	PERHELIO		

Fig. 1

AGRUPAMIENTO ORBITAL



(A)

A favor de la existencia
del planeta nueve

(B)

En contra de la existencia
del planeta nueve

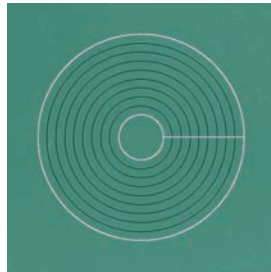
Por increíble que parezca, no sabemos cuántos planetas existen en el sistema solar. Hasta ahora, tenemos la certeza de que ocho orbitan el Sol. Por eso ha despertado tanto interés la hipótesis de Konstantin Batygin y Michael Brown¹ sobre uno nuevo en la periferia de nuestro sistema solar. Antes de exponer los argumentos a favor de dicho planteamiento, es necesario hacer una revisión de lo que se conoce sobre esa región, llamada trasneptuniana, donde podría habitar el hipotético planeta.

LOS OBJETOS EN LA ÚLTIMA FRONTERA DEL SISTEMA SOLAR

El sistema solar contiene miles de millones de cuerpos menores que orbitan nuestra estrella. La astronomía los clasifica por la distancia promedio que los separa del Sol y por la excentricidad de su órbita elíptica, es decir, cuán circular o alargada es. Los cuerpos ubicados más allá de la órbita de Neptuno reciben el nombre de objetos trasneptunianos (TNO por sus siglas en inglés).

El descubrimiento de Plutón, en 1930, propició el interés por los TNO. En las décadas de 1940 y 1950, Kenneth Edgeworth y Gerard Kuiper teorizaron acerca de una región más allá de Neptuno, con forma de cinturón y poblada de objetos congelados, debido a la distancia que los separa del Sol, medida

Ilustraciones de
Lore Mondragón



en unidades astronómicas (UA): los TNO.

Según la teoría más aceptada sobre la formación planetaria, el sistema solar se formó en una nube molecular. Al rotar y colapsarse, el gas y el polvo que componían la nube formaron el disco protoplanetario. La acumulación de materia en el centro del disco dio origen al Sol. Sin embargo, “sobró” un poco de gas y polvo, lo que generó el resto de los objetos en el sistema solar: los planetas, incluidos los enanos, las lunas y los cuerpos menores —y también la humanidad.

Los TNO se formaron, principalmente, más allá de la línea de hielo de aquel disco protoplanetario. En el sistema solar exterior, los planetésimos se agruparon en cuerpos más grandes gracias a la gran cantidad de hielo de agua, una fuente adicional de sólidos. En cambio, en el sistema solar interior, las moléculas permanecieron en estado gaseoso, limitando la aglomeración de materia.

Tras la creación de los planetas gigantes, muchos planetésimos dispersos no lograron integrarse en cuerpos más grandes. Entonces, la influencia gravitacional de los planetas gigantes comenzó a afectar drásticamente las órbitas de los planetésimos, heredadas del disco protoplanetario. Las órbitas originales tenían una forma casi circular y orientación coplanar. Su alteración posterior es evidente: un gran número de órbitas de los TNO tienen forma de elipses alargadas (su excentricidad es alta) y están inclinadas respecto al plano donde orbitan la Tierra y los demás planetas.

1 Konstantin Batygin y Michael E. Brown, “Evidence for a Distant Giant Planet in The Solar System”, *The Astronomical Journal*, vol. 151, núm. 22, 20 de enero de 2016.

MAURICIO REYES RUIZ

A favor de la existencia del planeta nueve

Pese a todo, la mayoría de los TNO conservan algo de las propiedades del disco de donde surgieron. El estudio de estos objetos es indispensable para la discusión que nos ocupa, pues las características de sus órbitas se deducen de su interacción con los planetas del sistema solar y, en caso de existir, el planeta nueve influiría en ellas.

LOS OBJETOS TRASNEPTUNIANOS EXTREMOS

Para detectar y caracterizar los TNO se han realizado muchas observaciones astronómicas. En 2003, al mirar en las cercanías del plano donde orbita la Tierra (la eclíptica), Mike Brown, Chad Trujillo y David Rabinowitz identificaron un objeto con una órbita elíptica muy alargada, 76 UA en su perihelio (el punto de la órbita más cercano al Sol) y 937 UA en su afelio (el punto más alejado del Sol).² Se trataba del planeta enano Sedna. No había manera de entender por qué, pese a haberse formado en el sistema solar, Sedna tiene una órbita tan extraña. La influencia gravitacional de Neptuno y la migración planetaria no pueden explicarlo.

Sedna fue el primero en una serie de objetos con órbitas inusuales. En 2012 se encontró otro más (2012 VP113) y en 2015 se empezó a usar la clasificación ETNO (objeto trasneptuniano extremo) para nombrarlos. Hoy se conocen aproximadamente cuarenta, pero sólo se han precisado las órbitas de ocho. Es muy difícil observarlos debido a la distancia a la que están. Además, se mueven muy lentamente con relación a las estrellas de fondo y se requieren muchas observaciones, tomadas desde distintas posiciones, para determinar sus órbitas.

LA BÚSQUEDA DE OTROS PLANETAS EN EL SISTEMA SOLAR

Desde que se descubrió Neptuno, comenzó la búsqueda de planetas que se encontraran aún más lejos del Sol. En 1880 George Forbes especuló sobre la existencia de dos planetas trasneptunianos masivos.

A principios del siglo XX, con base en las presuntas anomalías en las órbitas de Urano y Neptuno, Percival Lowell postuló un noveno planeta. Aunque éste nunca fue hallado, la exploración llevó al descubrimiento de Plutón, lo que dejó claro que el sistema solar no acaba en Neptuno. La idea sobre un elusivo planeta adicional ha sido recurrente. Sin embargo, nuestra vasta ignorancia sobre la región trasneptuniana hace prácticamente imposible demostrar que no existan planetas ahí, a menos de que esto resulte obvio.

Más recientemente, el hallazgo de Sedna llevó a Rodney Gomes a escribir un nuevo episodio en la saga de cazadores de planetas.

Para explicar las extrañas órbitas de Sedna y otros cuerpos menores del sistema solar, el astrónomo planteó la existencia de un planeta con una masa comparable a la de Neptuno y una órbita excéntrica e inclinada que se ubicaría más allá de las 1000 UA.

En 2014, al analizar 2012 VP113 y otros ETNO apenas descubiertos, Chad Trujillo y Scott Sheppard sugirieron que podría existir un planeta de masa varias veces mayor que la terrestre, a unas 250 UA: eso explicaría el hecho de que las órbitas de los ETNO estén agrupadas en torno a la orientación del perihelio de Sedna. Sin embargo, los planetas propuestos no podían ser detectados debido a su lejanía del Sol, su tamaño y su baja capacidad de reflejar la luz solar.

La inquietud de que nuestro inventario de planetas del sistema solar estaba incompleto

2 M. E. Brown, Chadwick Trujillo y David Rabinowitz, "Discovery of a Candidate Inner Oort Cloud Planetoid", *The Astrophysical Journal*, vol. 617, 10 de diciembre de 2004, pp. 645-649.

flotaba en el ambiente académico cuando Batygin y Brown³ publicaron un análisis sobre los ETNO conocidos que los llevó a concluir que la hipótesis más probable para explicar las peculiaridades de sus órbitas es —para variar— un noveno planeta. Postularon que su masa podría ser diez veces la terrestre y que podría hallarse en una órbita distante,⁴ moderadamente inclinada y excéntrica, con un perihelio aproximado de 250 UA. Estas características han ido cambiando durante los casi diez años de la búsqueda de dicho planeta. Las últimas estimaciones sugieren que tendría una masa un poco menor a la que se estableció en un inicio (entre cinco y diez masas terrestres), una órbita más cercana al Sol (entre 400 y 800 UA) y menos excéntrica e inclinada.⁵

LA COMPOSICIÓN DEL PLANETA NUEVE

Nuestras mejores suposiciones sugieren que el planeta sería semejante, en términos de composición y estructura, a Urano y Neptuno. Su interior tendría una estructura diferenciada: el núcleo estaría compuesto principalmente de hierro y lo rodearía un manto de rocas (silicatos). Hasta el 50% de la masa del manto estaría conformada de hielo de agua, metano y amoníaco.

Algunos científicos han especulado que podría contener vastos depósitos de agua líquida bajo la superficie. Además, su atmósfera sería delgada y estaría compuesta, sobre todo,

de hidrógeno y helio. Si la masa del planeta nueve fuera entre cinco y diez veces la terrestre, según la nomenclatura actual, sería una super-Tierra.

La formación de dicho planeta no parece ser cosa fácil. Para que se forme un cuerpo de este tipo, se necesita la aglomeración sucesiva de partículas de polvo y la eventual acreción⁶ de una gran cantidad de gas. Por lo tanto, su nacimiento habría requerido que la nebulosa solar, de donde surgieron los planetas conocidos de nuestro sistema, haya sido mucho más extensa y masiva de lo que se había pensado. Tendría que haber sido más extensa y masiva que los discos protoplanetarios de otras estrellas similares al Sol. Por si fuera poco, es improbable que un planeta a esa distancia haya permanecido en su órbita original.

Aunque la hipótesis sobre la formación *in situ* del planeta nueve no ha sido descartada y se trabaja en variantes *ad hoc* de la teoría más aceptada, existen

otras explicaciones que se han considerado más plausibles. La primera postula que dicho planeta fue eyectado desde la parte interna del sistema solar. Quizá se formó más cerca del Sol de lo que ahora se encuentra, incluso es posible que se haya creado en la región donde se cree que surgieron Urano y Neptuno. Más tarde, un encuentro cercano con Júpiter o Saturno pudo haberlo trasladado a la órbita lejana y excéntrica que se ha propuesto para él. Una versión de esta hipótesis considera que sería uno de los cinco planetas gigantes que el modelo de Niza supone que existieron durante las últimas etapas de formación del sistema solar.

En cambio, la segunda hipótesis propone que este polémico planeta se originó en otra

3 K. Batygin y M. E. Brown, *op. cit.*

4 Su semieje estaría entre 400 y 1000 UA.

5 En el caso de los círculos, la excentricidad es cero; a mayor valor, más alargada es la elipse que traza la órbita. La excentricidad del planeta propuesto rondaría la cifra de 0.3 y su inclinación, respecto al plano donde orbita la Tierra, sería de 20°. M. E. Brown y K. Batygin, "Orbital Clustering in the Distant Solar System", *The Astronomical Journal*, vol. 157, núm. 2, 22 de enero de 2019.

6 Crecimiento por adición de materia, como sucede en los continentes.

estrella y que fue capturado por el Sol. De ser así, no se habría formado con el resto de los planetas del sistema solar.

LAS ÓRBITAS AGRUPADAS DE LOS ETNO

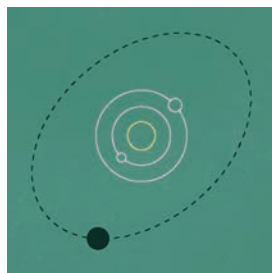
La existencia del planeta nueve no fue sugerida por capricho. En un inicio, fue propuesto para dar cuenta de las peculiares órbitas de seis ETNO, las cuales contrastan con las de otros objetos menores en el cinturón de Kuiper.

El enigma es el siguiente: las órbitas de la mayoría de los TNO tienen una baja inclinación respecto al plano orbital de la Tierra, porque se supone que surgieron dentro de un mismo disco protoplanetario. Además, la orientación de sus órbitas es prácticamente aleatoria en términos del argumento del perihelio (el ángulo formado entre el punto donde cada uno de estos objetos cruza de abajo arriba el plano orbital de la Tierra y el punto en las órbitas de dichos objetos donde se encuentran más cerca del Sol). Es de esperarse que así sea debido al efecto gravitacional no ordenado que los planetas del sistema solar ejercen en ellos.

Sin embargo, las observaciones muestran que seis de los ETNO conocidos en 2016 tienen órbitas de inclinaciones similares y suelen orientarse en una región específica del cielo.

Al respecto, Batygin y Brown⁷ demostraron que es muy poco probable que los planetas del sistema solar sean capaces de organizar de este modo a los ETNO, a causa de la lejanía a la que se encuentran. Por lo tanto, proponen que un planeta masivo y distante, aún no descubierto, los pastorea. El planeta nueve intercambiaría energía con dichos ETNO, contrarrestando la tendencia de sus órbitas a desalinearse, actuando como una especie de ancla.

7 K. Batygin y M. E. Brown, *op. cit.*



Ambos investigadores han realizado una gran cantidad de simulaciones numéricas que permiten establecer que, para que la aglomeración de la orientación de las órbitas de los ETNO ocurra, la órbita del planeta nueve debe tener una orientación casi opuesta. A partir de ello, es posible estimar el tamaño, la inclinación y la excentricidad de la órbita del planeta nueve, así como su masa. En artículos más recientes, este par de astrónomos⁸ incorporaron otros ocho ETNO y llegaron a la misma conclusión sobre la aglomeración observada de sus órbitas y la capacidad del planeta nueve de pastorear todos estos objetos.

LOS KBO Y LOS CENTAUROS DE ALTA INCLINACIÓN

El mismo proceso puede explicar de manera natural el origen de los objetos del cinturón de Kuiper (KBO) desligados de Neptuno. Desde hace tiempo se sabe que la interacción de los KBO con Neptuno y los demás planetas no es capaz de llevar a estos objetos

a órbitas estables, como las que tienen, de modo que se necesitaría alguna perturbación gravitacional externa para elevar el perihelio de sus órbitas a su valor actual.

En los meses siguientes a su primera publicación sobre el tema, Batygin⁹ y Brown¹⁰ aseveraron que el planeta nueve también podría tener efectos en la dinámica de otros cuerpos menores del sistema solar. En particular, su presencia ofrece una explicación lógica de las órbitas de muy alta inclinación e incluso de algunas órbitas retrógradas —que giran en sentido opuesto al de los planetas—, de algunos KBO y centauros (cuerpos menores ubica-

8 M. E. Brown y K. Batygin, *op. cit.*, 2019.

9 M. E. Brown y K. Batygin, "Generation of Highly Inclined Trans-Neptunian Objects by Planet Nine", *The Astrophysical Journal Letters*, vol. 833, núm. 1, diciembre de 2016.

10 *Ibid.*

dos entre las órbitas de Júpiter y Neptuno).

Si bien hay mecanismos que dan razón del origen de los KBO y los centauros con órbitas no muy inclinadas respecto al plano orbital de la Tierra (dicha inclinación es menor de 40°), existen cerca de cincuenta objetos con órbitas aún más inclinadas. Todavía no se ha ideado una teoría sobre el origen de dichos objetos. Lo que podría explicarlos es la existencia de un perturbador constante como el planeta nueve.

TEORÍA COSMOGÓNICA: EL ORIGEN DEL SISTEMA SOLAR Y LOS EXOPLANETAS

El argumento que desarrollo en esta sección no sustenta directamente la hipótesis sobre el planeta nueve, sin embargo, su existencia sería consistente con múltiples observaciones de planetas extrasolares e incluso con el modelo de Niza, que teoriza las últimas etapas de la formación del sistema solar.¹¹

Según la versión más reciente de este modelo,¹² el sistema solar primitivo contenía un quinto planeta gigante, además de los conocidos. Se cree que su masa debió ser similar a las de Urano y Neptuno. Durante la última fase de formación del sistema solar, hace unos 4000 millones de años, hubo un reacomodo violento de los planetas gigantes y se esculpieron muchas poblaciones de TNO y otros cuerpos menores, lo que les dio una configuración orbital muy semejante a la que hoy presentan. A causa de esta violenta migración planetaria, provocada por la interacción entre los planetas y un disco exter-



no masivo de planetésimos, el quinto planeta gigante fue removido de su órbita. En un inicio se encontraba a unas 15 UA, pero terminó en una órbita distante, convirtiéndose en lo que hoy llamamos el planeta nueve.

Vale la pena mencionar que los objetos con una masa como la que tendría el planeta nueve son muy comunes en los sistemas exoplanetarios. Aunque, en general, se les encuentra en órbitas mucho más cercanas a su estrella central, la frecuencia de dichos objetos sugiere que a la naturaleza no se le dificulta formar planetas de dicha masa. Además, se han descubierto numerosos planetas más masivos aún que el planeta nueve a cientos de UA de su estrella, lo que sugiere que existen mecanismos relativamente comunes que causan que los planetas gigantes migren hacia órbitas lejanas.

OTRAS PECULIARIDADES DEL SISTEMA SOLAR

El planeta nueve también podría resolver el añejo misterio sobre la diferencia de seis grados que existe entre el ecuador de rotación del Sol y el plano donde rotan los planetas del sistema solar. En principio, la formación del sistema solar y de su estrella, a partir de un mismo material y con idéntico sentido de rotación, sugiere que la rotación tanto de los planetas como del Sol debería estar alineada. Pero no es así. Ante ello, Bailey, Batygin y Brown¹³ argumentan que el planeta nueve ejerce una torca sobre todos estos cuerpos celestes, dando pie a un tambaleo muy lento que coincide con la enigmática inclinación actual de seis grados.

11 K. Tsiganis, R. Gomes, A. Morbidelli y H. F. Levison, "Origin of the Orbital Architecture of the Giant Planets of the Solar System", *Nature*, vol. 435, 2005, pp. 459-461.

12 David Nesvorný, "Young Solar System's Fifth Giant Planet?", *The Astrophysical Journal Letters*, vol. 742, núm. 2, 7 de noviembre de 2011.

13 Elizabeth Bailey, K. Batygin y M. E. Brown, "Solar Obliquity Induced by Planet Nine", *The Astronomical Journal*, vol. 152, núm. 5, 21 de octubre de 2016.

En 2024, Batygin y sus colaboradores¹⁴ enfocaron sus estudios en el movimiento de los TNO de periodo largo provenientes de la nube de Oort y con órbitas de baja inclinación que atraviesan la de Neptuno. Mediante simulaciones que incluyen los efectos gravitacionales de los planetas gigantes conocidos del sistema solar, de nuestra galaxia y de las estrellas cercanas, mostraron que la configuración orbital de esta población de objetos se parece mucho a la observada cuando el modelo incorpora el planeta nueve. De acuerdo con los autores, la probabilidad de que las simulaciones que no toman en cuenta dicho planeta expliquen las órbitas observadas de estos TNO es despreciable, un argumento más en favor del planeta nueve.

Por ahora, la moneda está en el aire o, mejor dicho, en el cielo. Esperemos que en los próximos años tengamos evidencia contundente para resolver este fascinante debate. Mientras tanto, la navaja de Occam se inclina en favor del noveno planeta. Esta receta heurística nos recomienda elegir los modelos que eliminen —o que por lo menos no multipliquen— las suposiciones *ad hoc* para expli-

car lo observado. Dar cuenta de los hechos que he descrito, sin dicho planeta, requiere invocar cuatro o cinco teorías y mecanismos distintos.

La búsqueda de este elusivo planeta está por cumplir diez años y, hasta ahora, no ha dado resultados. Sin embargo, en los próximos meses comenzará un proyecto que dará un golpe sobre la mesa y pondrá punto final a esta polémica. Este año, el observatorio Vera C. Rubin, en Chile, comenzará un censo sin precedentes de objetos astronómicos. En principio, su gran área colectora, su amplio campo de visión y sus instrumentos le confieren la capacidad de detectar sin problema un planeta con las características mencionadas; aunque, para buscarlo, el proyecto tendría que modificar la rutina de observación de su misión científica. Pero si lo hiciera, este novedoso telescopio encontraría al hipotético planeta aproximadamente dentro de un año. Por ahora no está claro que el proyecto decida compro-

meter sus objetivos para dedicarse a nuestro problema. Por fortuna, incluso si esto no sucede, el telescopio podría encontrar una multitud de KBO y ETNO. A partir de ello, las simulaciones serían puestas a prueba con una colección de poblaciones diversas de TNO que será estadísticamente robusta, lo que dará paso a la confirmación o el rechazo del planeta nueve. *RM*

14 K. Batygin, Alessandro Morbidelli, M. E. Brown y D. Nesvorný, "Generation of Low-Inclination, Neptune-Crossing Trans-Neptunian Objects by Planet Nine", *The Astrophysical Journal Letters*, vol. 966, núm. 1, 24 de abril de 2024.

JOEL HUMBERTO CASTRO CHACÓN

En contra de la existencia del planeta nueve

La gran tragedia de la ciencia: la aniquilación de una hermosa hipótesis a manos de un horrible dato.

THOMAS HUXLEY

QUIZÁ LAS ÓRBITAS DE LOS ETNO NO ESTÉN AGRUPADAS

Lo primero que debe decirse en este debate es que existe la posibilidad de que sea incorrecta la observación que dio pie a la hipótesis sobre el planeta nueve. El agrupamiento de las órbitas de los ETNO puede ser mera apariencia. Nuestra percepción de ello puede ser producto de las restricciones tecnológicas actuales, y es bien sabido que las limitaciones causan sesgos.

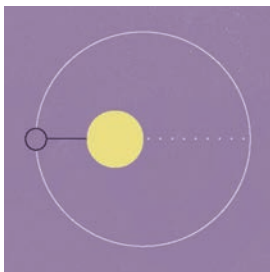
Quienes han tenido la oportunidad de observar el cielo en condiciones de alta oscuridad seguramente han podido admirar el mayor objeto visible en él: la Vía Láctea. Al mirar por medio de un telescopio hacia el centro de nuestra galaxia se revela la inmensa cantidad de estrellas que hay en nuestro vecindario; es tal su densidad que, en algunos sectores, parece que es el propio cielo el que brilla. La imagen directa es, de hecho, la técnica más común para descubrir cuerpos menores. Sin embargo, al enfocar los telescopios hacia donde resplandecen tantas estrellas, no es posible descubrir los ETNO pues, por la distancia a la que se encuentran, reflejan muy poca luz solar. Por lo tanto, el movimiento de nuestro planeta y su posición respecto al centro de la galaxia provocan que haya regiones del plano orbital de la Tierra (eclíptica) donde es imposible detectar objetos móviles y tenues.

A pesar de lo anterior, el proyecto OSSOS (Outer Solar Sys-

tem Origins Survey) es muy eficaz en la detección de los TNO: hasta hoy ha descubierto más de ochocientos. El OSSOS utiliza el telescopio Canadá-Francia-Hawái, uno de los instrumentos más poderosos para identificar y caracterizar cuerpos menores que, además, está ubicado en el mejor cielo del mundo para la observación del sistema solar exterior (a más de cuatro mil metros de altura en Hawái). Gracias a los datos obtenidos a partir de este proyecto, se ha debilitado un pilar de la hipótesis sobre la existencia del planeta nueve.

El disco disperso es una región poblada de objetos trasneptunianos con órbitas muy elípticas (esto es, excéntricas) e inclinadas respecto al plano orbital de la Tierra (dicha inclinación es de alrededor de 40°) y cuyo punto más cercano al Sol (perihelio) se encuentra a 30 o más UA. Pues bien, antes se pensaba que los tamaños de los objetos en ese disco seguían la misma distribución heredada del disco protoplanetario, como es el caso del cinturón de Kuiper.¹ Por ejemplo, en el disco donde se formó el sistema solar, una mayor cantidad de materia se acumuló cerca de nuestra estrella; conforme nos alejamos del Sol, encontramos menos materia. La evidencia muestra que esto no es así en el disco disperso, pues contiene un número excesivo de cuerpos pequeños.

Tal multitud de objetos nos lleva a pensar que, en la historia de dicha región, las colisiones fueron muy violentas por la



Ilustraciones de
Lore Mondragón

1 S. M. Lawler *et al.*, "OSSOS. VIII. The Transition between Two Size Distribution Slopes in the Scattering Disk", *The Astronomical Journal*, vol. 155, núm. 5, 19 de abril de 2018.

inyección constante de nuevos objetos y la influencia gravitacional de Neptuno, que incrementa la velocidad de las colisiones. De este descubrimiento se desprenden incongruencias con la hipótesis del planeta en cuestión, que describiré más adelante.

Debido a que varios proyectos independientes han investigado la aglomeración de los ETNO, se cree que los datos están libres de cualquier sesgo causado por el sitio de observación o por los límites de uno u otro instrumento. No obstante, al consultar el Centro de Planetas Menores —el organismo que recopila la información sobre las posiciones de los cuerpos menores y calcula sus órbitas—, se constata que la mayoría de los descubrimientos de los ETNO no están documentados, es decir: en todos estos casos, se desconocen las circunstancias de observación. Uno de los propósitos del OSSOS es, precisamente, revelar los sesgos que podrían distorsionar nuestro conocimiento acerca de este tema.

La discusión se concentra en un parámetro de las órbitas de los ETNO: el *argumento del perihelio*, esto es, el ángulo formado entre el punto donde el objeto cruza de abajo arriba el plano orbital de la Tierra² y el punto en la órbita de dicho objeto donde se encuentra más cerca del Sol.³ Casualmente, las observaciones indican que ambos puntos coinciden en la mayoría de los ETNO.⁴ Los astrónomos insistimos en el perihelio porque ahí es más fácil observar cuerpos celestes: es donde más brillan, por estar más cerca del Sol, y donde se mueven más rápido para mantenerse en su órbita.

En 2017 el proyecto demostró que sí existe un sesgo asombroso.⁵ El OSSOS muestra que el

parámetro en cuestión (el argumento del perihelio) no es el mismo en todas sus observaciones de los ETNO. Además, encontró un cuerpo que tiene una órbita de 90° y que, por lo tanto, no se ajusta a las del resto de los ETNO aglomerados. Este simple hallazgo destruye la tesis sobre la agrupación: la población de los ETNO con órbitas no aglomeradas debe rondar los miles. Por lo tanto, los datos recopilados por el Centro de Planetas Menores, incluidos los del OSSOS, no están libres de sesgos. En vista de ello, es riesgoso, por decir lo menos, sugerir la existencia de un planeta para explicar un fenómeno que podría no ser real.

Nuestra percepción sobre el aglomeramiento puede deberse a que, para detectar los ETNO, siempre miramos hacia las mismas regiones del cielo, debido a las restricciones naturales (como nuestra ubicación respecto al centro de la galaxia), las limitaciones tecnológicas o incluso las condiciones del tiempo y el clima. Es más lógico pensar, entonces, que los parámetros de las órbitas de estos objetos tengan distintos valores. Resulta muy improbable que presenten una aglomeración tan notoria. El camino para resolver el problema sería aumentar los ETNO de la muestra estudiada. Quizá no hemos sido capaces de hacerlo porque no podemos mirar hacia otra parte del cielo.

En la ciencia, siempre que se plantea una hipótesis, ésta debe probarse por medio de su hipótesis nula. En el caso que nos ocupa, la aglomeración de los ETNO, la hipótesis nula es que tal agrupación no sea real. Pues bien, el estudio de OSSOS concluye que no podemos descartar la hipótesis nula.

UN DISCO MASIVO

Si bien aún no se han calculado con certeza las órbitas de todos

2 Debido a que el objeto cruza de abajo arriba el plano de la Tierra se denomina nodo *ascendente*.

3 Este punto se mide sobre la órbita del objeto estudiado.

4 Es decir, el ángulo mide cero grados.

5 Cory Shankman *et al.*, “OSSOS. VI. Striking Biases in the Detection of

Large Semimajor Axis Trans-Neptunian Objects”, *The Astronomical Journal*, vol. 154, núm. 2, 14 de julio de 2017.

los ETNO descubiertos hasta ahora y que la muestra de objetos que llevó a sugerir la existencia del planeta nueve es demasiado pequeña como para tener validez estadística, es cierto que ocho de ellos, por lo menos, sí tienen órbitas aglomeradas y que un planeta podría explicar este arreglo. Así sucedió en un caso del pasado. En 1846, las anomalías de la órbita de Urano revelaron la existencia de Neptuno. Sin embargo, otras hipótesis pueden explicar las coincidencias entre las órbitas de este puñado de objetos y algunas son más fascinantes que el planeta nueve.

En 2019 se publicó un estudio que calculó las órbitas de los ETNO descubiertos hasta ese año mediante simulaciones hechas con clones: el resultado fue que están aglomeradas, incluso sin añadir a la receta el planeta nueve.⁶ Para llegar a este resultado, el cálculo supuso la existencia de un disco trasneptuniano de escombros, con una masa de diez Tierras y una distribución no uniforme de ella en los 360° del disco.

Aunque el modelo clásico de formación planetaria predice que la cantidad máxima de masa en esa zona del espacio no puede ser mayor al 40% de la masa terrestre, muchos astrónomos no descartan la existencia de un disco aún más masivo: se basan, principalmente, en el número y el tamaño de los cometas, además plantean una analogía con otros discos protoplanetarios de estrellas similares al Sol.

Sin embargo, es importante tener en cuenta que a las simulaciones de dicho estudio les falta incorporar ciertos datos para ser más precisas, porque no contemplan los procesos hidrodinámicos causados por el gas en el disco protoplanetario ni los efectos de la migración planetaria, fenómenos que po-

drían ocasionar la aglomeración de ETNO sin que exista un noveno planeta.

EL PASO DE UNA ESTRELLA

Otra manera de explicar el tan discutido arreglo de estas órbitas apunta al nacimiento del Sol y otras estrellas en una región común. En tal escenario, si una estrella, que no viajaba sola, sino en compañía de otros objetos, se acercó lo suficiente al Sol, los ETNO podrían haber sido capturados por la gravedad solar e integrados a nuestro sistema.⁷

Al considerar que el Sol nació, junto con otras estrellas, dentro de un cúmulo y al tomar en cuenta ciertos ángulos de aproximación entre el disco protoplanetario del Sol y el de otra estrella, en una vecindad similar al cúmulo de Orión, no sólo se pueden explicar los ETNO, sino también algunas propiedades de los TNO más cercanos, como la baja cantidad de masa que se supone que tienen aquellos que superan las 30 UA de distancia.

Varios estudios apoyan la hipótesis de los acercamientos estelares para explicar las condiciones actuales de la región trasneptuniana. La mayoría se basa en las propiedades de diferentes cúmulos estelares, como su dinámica y su tiempo de vida antes de que las estrellas comienzan a dispersarse por sus propios movimientos.

Si esta hipótesis fuese cierta, el planeta nueve sería innecesario para explicar los ETNO. Dicho resultado sería compatible con todo lo que sabemos sobre la formación y la evolución planetaria, y además daría cuenta de otras anomalías de las órbitas de los TNO. El planeta nueve causa asombro, pero ¿acaso no sería fascinante que Sedna y otros objetos se hubiesen for-

6 Antranik A. Sefilian y Jihad R. Touma, "Shepherding in a Self-gravitating Disk of Trans-Neptunian Objects", *The Astronomical Journal*, vol. 157, núm. 2, 21 de enero de 2019.

7 Lucie Jilková *et al.*, "How Sedna and Family were Captured in a Close Encounter with a Solar Sibling", *Monthly Notices of the Royal Astronomical Society*, vol. 453, núm. 3, 1 de noviembre de 2015, pp. 3157-3162.

mado en otro sistema planetario y no en el nuestro?

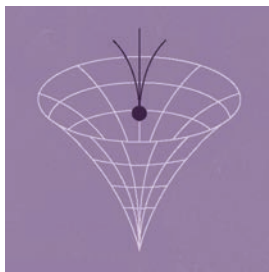
UN PEQUEÑO AGUJERO NEGRO PRIMORDIAL

Hay otra interesante hipótesis capaz de explicar el aglomeramiento de las órbitas, aunque quizá sea menos probable que las anteriores. El fenómeno podría deberse no al planeta nueve, sino a la existencia de un agujero negro con una masa similar a cinco Tierras, el cual ejercería suficiente gravedad como para aglomerar las órbitas de los ETNO.⁸

Uno de los pilares de esta hipótesis es que se han registrado breves desviaciones en la posición de los ETNO, que resultan inusuales. En cuanto más masivo sea un cuerpo celeste, mayor es su pozo gravitacional. Desde nuestra perspectiva, dichos pozos cambian la trayectoria de la luz, de forma que parece que los objetos, que la reflejan, se mueven de su sitio durante un tiempo.⁹ Un agujero negro primordial (el cual sería pequeño para los estándares de estos objetos). Por lo tanto, algunos astrónomos consideran que vale la pena buscar fuentes de rayos X, gamma y rayos cósmicos de alta energía para averiguar si existe dicho agujero negro.

INCONSISTENCIAS EN LA DINÁMICA DE OTRAS POBLACIONES DE TNO

Como suele suceder, el planeta nueve daría cuenta de las órbitas en cuestión, pero su existencia crearía otro problema: las órbitas de los cuerpos en el disco disperso más cercano a Neptuno serían inexplicables.



En 2019 se publicó un artículo¹⁰ sobre la inclinación y la excentricidad de dichas órbitas, así como de la inestabilidad dinámica de los objetos en ese disco. El estudio descubrió que la inyección de objetos desde la nube de Oort —la región con objetos trasneptunianos más alejada del Sol— y las fuerzas de gravedad que ejerce la Vía Láctea pueden explicar estas características; de ser así, el planeta nueve sería innecesario.

Como mencioné antes, es probable que otras estrellas se acercaran al sistema solar durante su formación o su evolución. La gravedad de esas estrellas también habría perturbado a la nube de Oort, ocasionando que varios de sus objetos se acoplaran al disco disperso más próximo a Neptuno. De hecho, la inclinación de las órbitas de muchos de ellos son inexplicables sin este aporte.

Ahora bien, al incluir el planeta nueve en estas simulaciones, surgen inconsistencias respecto a los datos observados. Un planeta con las características propuestas¹¹ es consistente con objetos de órbitas inclinadas a más de 45°,

pero la mediana de las inclinaciones observadas con los telescopios es 5° mayor. Por lo tanto, el hipotético planeta tendría que ser distinto. El mismo ejercicio se ha realizado alterando las características del planeta,¹² pero entonces el número de objetos con inclinaciones mayores a 45° se cuadruplica o se sextuplica respecto a lo observado. Por lo tanto, dicho escenario es aún más inconsistente.

En resumen, aunque el planeta nueve podría dar razón de las órbitas de los ETNO —si bien, debo insistir en que todavía no se verifican suficientes objetos

8 Jakub Scholtz y James Unwin, "What If Planet 9 Is a Primordial Black Hole?", *Physical Review Letters*, vol. 125, 29 de julio de 2020. Nathan A. Kaib *et al.*, "OSSOS. vx. Probing the Distant Solar System with Observed Scattering TNOs", *The Astronomical Journal*, vol. 158, núm. 1, 2 de julio de 2019.

9 El fenómeno se conoce como eventos cortos de microlentes gravitacionales.

10 Basado principalmente en las observaciones del OSSOS.

11 Cinco masas terrestres, ubicado a quinientas UA, con una órbita de excentricidad 0.25 e inclinación de 20°.

12 Diez masas terrestres, ubicado a setecientas UA, con una órbita inclinada en 20°, pero una excentricidad de 0.6.

de este tipo—, su existencia contradice los datos de los cuerpos que habitan en el disco disperso cercano a Neptuno.

PROBLEMAS SOBRE LA FORMACIÓN Y LA MIGRACIÓN DEL PLANETA NUEVE

A partir de lo que sabemos sobre la formación planetaria, a medida que nos alejamos de la estrella del disco donde se crean, hay menos material para generar planetas. Al respecto, en 2016 se publicó un estudio que considera dos escenarios sobre el origen del planeta nueve.¹³

El primer escenario versa sobre la formación de planetas tipo supertierra ubicados a distancias de entre 3 y 30 UA. El estudio propone que quizás alguno de ellos acreció suficiente material como para convertirse en un gigante gaseoso que después eyectó al resto de las supertierras más allá de la órbita de Neptuno. De ser así, ¿dónde están las evidencias de la migración de los planetas interiores del sistema solar ante la pérdida o ganancia de momento?¹⁴ Si esto hubiera sucedido, la dinámica orbital del sistema solar sería menos estable de lo que es en la actualidad.

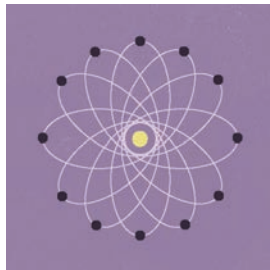
El segundo escenario considera que el planeta nueve se generó a partir de colisiones que ocurrieron dentro de un disco gigantesco, constituido por material sólido, que se encontraba a una distancia de entre 100 y 750 UA. Para que esto fuera cierto, las partículas sólidas deben haber tenido radios de un centímetro y las rocas deben haber medido aproximadamente cien kilómetros de radio. Además, el número de rocas necesarias para la creación de una supertierra es dema-

siado específico (mayor a diez), de otro modo la formación del planeta sería imposible. Este conjunto de condiciones es muy improbable en una región tan extensa del espacio, donde se espera que ocurra una sucesión fuerte de colisiones y que no se presenten las particularidades de este escenario.

Quizá la hipótesis sobre la captura de una supertierra, ante el acercamiento de su estrella madre con el Sol, sea más compatible con lo que conocemos sobre el sistema solar. Pero, de nuevo, se trata de un acontecimiento sumamente dudoso debido a la enorme distancia que existe entre el Sol y sus vecinos y a que las supertierras se formarían más probablemente cerca de las estrellas. Tampoco es probable que una estrella pasara cerca del Sol y afectara la dinámica de los ETNO y los rasgos atribuidos al planeta nueve.

EL PLANETA NUEVE NO HA SIDO DETECTADO

El argumento más contundente contra el planeta nueve —tal y como se propone en su versión actual— es el siguiente: han pasado más de quince años sin que hayamos detectado algún candidato.



Según el tamaño propuesto para el planeta y su superficie congelada, debería brillar lo suficiente como para ser detectado con la tecnología actual de los telescopios terrestres y espaciales. Los astrónomos llamamos “magnitud” al resplandor de un objeto visto desde la Tierra: a menor magnitud, es más brillante; a mayor magnitud, es más tenue. Pues bien, la magnitud del planeta nueve debería estar entre 24 y 28: se trataría de un objeto opaco pero discernible. El telescopio de cuatro metros, en el cerro Tololo, en Chile, es capaz de percibir cuerpos de hasta 26; el límite del OSSOS es de 25 y el del Gran Telescopio de las Canarias es de 27. El hipotético planeta se le podría escapar a cualquiera de estos telescopios

13 Scott J. Kenyon y Benjamin C. Bromley, “Making Planet 9...”, *The Astrophysical Journal*, vol. 825, núm. 1, 27 de junio de 2016. El artículo debe leerse con cautela porque no toma en cuenta la interacción con el gas de ese disco protoplanetario, pues eso destruiría la excentricidad de las órbitas de los ETNO.

14 El momento es la magnitud vectorial que resulta de multiplicar la masa de un móvil por su velocidad.

terrestres, pero por un margen pequeño. Sin embargo, el telescopio espacial Hubble puede detectar objetos de magnitud 30 en el espectro de luz visible y el límite del James Webb es de 32 en el espectro infrarrojo, si bien su campo de visión es mucho menor.

Si por lo menos supiéramos dónde está el planeta nueve, podríamos detectarlo mediante estos telescopios, pero las simulaciones actuales no pueden calcular su posible ubicación. En el caso del descubrimiento de Neptuno, las matemáticas predecían correctamente dónde debía encontrarse. Para refinar dicha predicción, debemos encontrar más objetos tipo Sedna, aunque al hacerlo es probable que constatemos que las órbitas de las que surgió este meollo no están agrupadas. Por ahora, no queda más que observar el cielo, ya sea para confirmar o descartar la hipótesis.

La incertidumbre sobre el planeta nueve es mucho mayor que la que nuestros antecesores tuvieron respecto a Neptuno. El punto clave, reitero, es la posición de dicho planeta, y no tanto su brillo. Por lo tanto, necesitamos instrumentos tan precisos como los que tenemos actualmente, pero cuyo campo de observación sea muchísimo más amplio.

En conclusión, hoy en día no tenemos evidencia sólida sobre la existencia del planeta nue-

ve e, insisto, ni siquiera tenemos un candidato. Quizá se repita lo que ocurrió con el planeta Vulcano. Le Verrier, el matemático que predijo la existencia de Neptuno, también predijo la de Vulcano, ubicado entre el Sol y Mercurio debido a las anomalías en la órbita de este último (no obedecían las leyes de Newton). En esa ocasión, hubo un candidato: en 1859 se detectó el tránsito de un objeto sobre el Sol, pero sólo sucedió una vez. Fue hasta 1915, con la teoría de la relatividad general de Einstein, que se descartó por completo a Vulcano. Recuerdo esta historia porque ilustra que las anomalías en las mediciones pueden llevarnos a descubrimientos aún más fascinantes que un nuevo planeta.

En lo personal, me encantaría que se confirmara la existencia del planeta nueve. Sin embargo, pese a los conocimientos sobre la formación y la evolución planetaria que dicho descubrimiento aportaría, quizá nos perderíamos de algo mucho más interesante y significativo para la ciencia. Al fin y al cabo, la teoría de la relatividad general es mucho más asombrosa que un hipotético planeta llamado Vulcano. Como científico, mi curiosidad se despierta ante lo que parece extraño y es difícil de explicar, y el planeta nueve, si existe, ya fue explicado. *JM*

PERIÓDICAS

PP. 106-111 JORGE SÁNCHEZ CORDERO

PP. 112-121 JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

PP. 122-127 ROSARIO MANZANOS

PP. 128-135 ROSARIO CASTELLANOS

(104–135)





Ramiro Quesada Pons, esculturas sin título de la serie *Los intercesores*, 2022-2023. Cortesía del artista y de W-galería.

Inteligencia artificial y democracia cultural

JORGE SÁNCHEZ CORDERO

Esta era digital nos impele a evaluar las secuelas de la inteligencia artificial (IA) en la democracia cultural, cuyo objetivo primario es fomentar las formas de vida, los significados culturales y los valores estéticos que emanan de una sociedad. En nuestro tiempo se observa un efecto inercial de recurrir a la IA para observar manifestaciones de la cultura, como sones, bailables, ritos... Los veredictos sobre estas expresiones, empero, provienen de algoritmos; más aún, los entornos de elección social están cada vez más determinados por ellos.

La IA y sus plataformas denominadas de “inteligencia artificial intercesora de la cultura” (IAIC) operan a través de algoritmos, proponen revelaciones culturales, sin embargo, personifican sus

propios valores. Dichos procesos computacionales abarcan desde algoritmos deterministas, que siguen un conjunto de reglas establecidas por humanos, hasta formas más complejas de IA, como el aprendizaje automático.¹

Ante ello debe considerarse que la cultura tiene que ser esencialmente democrática, toda vez que la convivencia social armónica se fundamenta en la libre autodeterminación, así como en el fortalecimiento de las nociones de representación, participación, legitimidad y solidaridad que sostienen el humanismo en la estructura social. Estas nociones subrayan una visión humanista que aspira a conciliar los derechos culturales individuales con los colectivos.

En una sociedad que se precie de democrática, la democracia cultural es indispensable para lograr la autodeterminación de sus protagonistas. Para ello, estos actores deben priorizar el vínculo directo, espontáneo y genuino con una amplia gama de bienes y expresiones, y facilitar así la transformación de sus preferencias y anhelos. Son a estas figuras a las que les asiste la legitimidad de decidir sus formas de vida y sus valores, cuya consecución debe ser viable en el ámbito social para asegurar el florecimiento de la cultura.

Por su parte, las IAIC, cuya naturaleza indubitable es crematística, son portales donde los protagonistas en este contorno informático abrevan significados culturales mediante interacciones algorítmicas. Para personalizar su contenido y orientar su publicidad, estas tecnologías crean una osatura de referencias o un arquetipo en la penumbra de los dispositivos de los usuarios. Este modelo se construye a partir de datos acumulados sobre el comportamiento pretérito de cada usuario, el cual se complementa con información demográfica. Este arquetipo actúa como un modelo predictivo de las preferencias del usuario que las plataformas aprovechan en su beneficio.

La monetización proviene de la venta de publicidad, que tiene como sustento sus reservas de datos predictivos. Luego, la función

de las plataformas es la previsibilidad que las hace rentables. Las IAIC están a la vanguardia de impeler un sistema de insuflación de valores que haga viable la consecución de su primer objetivo, que es maximizar el retorno del capital. Esta taxonomía implica una optimización constante del rendimiento, consistente en la organización de las interfaces y el esquema de sugerencias, con lo que las plataformas acumulan la mayor cantidad posible de referencias aprovechables. Derivado de lo anterior, cada vez más usuarios metabolizan ingestas culturales predeterminadas por las atingencias de las IAIC.

La sobrevivencia de las IAIC depende de vastos catálogos de contenido, de una robusta capacidad de procesamiento y de conjuntos masivos de datos sobre sus usuarios. Debido al predominio de su naturaleza crematística, dichas tecnologías transfiguran los anhelos culturales de las personas, haciéndolos más predecibles, con el evidente propósito de uniformarlos y eliminar su carácter estocástico, lo que les permite maximizar sus ganancias. A largo plazo, la uniformidad restringe el florilegio de fervores comunitarios.

En contraste, la democracia cultural postula que la sociedad debe tener la oportunidad de participar en procesos colectivos con el fin de contribuir a la cultura que la circunda. Desde esta perspectiva, la cultura ha de entenderse en su más amplio sentido omnicomprendivo e incluir toda clase de expresiones.

La democracia cultural abarca procesos de este tipo tendientes a la creación de significados políticos compartidos, como lo es la posibilidad de dar respuesta a interrogantes sociales básicas, y se orienta a garantizar el acceso a la cultura y a la justicia en una sociedad diversa.² En este contexto, todos los agentes deben tener voz en la creación de significados sociales y las creaciones deben reflejar los intereses de toda la comunidad, no sólo los de una élite.

Por ello, las IAIC se erigen como un riesgo para la heterodoxia cultural. De forma inexorable socavan el vínculo de sus actores con una

1 Jonathan Gingerich, "Is Spotify Bad for Democracy? Artificial Intelligence, Cultural Democracy, and Law", *Yale J. L. & Tech.*, vol. 24, 21 de marzo de 2021, pp. 227-326.

2 Jack M. Balkin, "Cultural Democracy and the First Amendment", *Northwestern University Law Review*, vol. 110, núm. 5, 2016, pp. 1053-1095.

La democracia cultural postula que la sociedad debe tener la oportunidad de participar en procesos colectivos con el fin de contribuir a la cultura que la circunda.

amplia gama de materiales y epifanías. Al hacerlo, inhiben el ejercicio cotidiano de la democracia.

La democracia cultural gravita en torno a diálogos constructivos y contextos propicios para su realización. Empero, la digitalización provoca una transformación del espacio público, lo que obliga a reevaluar cómo se llevan a cabo esos diálogos. Al respecto, es conveniente considerar la tendencia irreversible de la *plataformización* de la cultura, puesto que ahora los diálogos se realizan en peanas que, aunque facilitan el acceso, también moldean las interacciones.³

- 3 Unesco, “Online Disinformation: UNESCO Unveils Action Plan to Regulate Social Media Platforms”,



La democracia cultural entraña que las personas converjan en la diversidad y busquen soluciones comunes a través del diálogo. Sin embargo, las IAIC incentivan actitudes individualistas y polariza-

das en lugar de promover un espacio público y una agenda compartida; asimismo, a menudo crean comunidades virtuales homogéneas que fomentan la segmentación de los usuarios, con lo que socavan la cohesión social y perpetúan las divisiones.

Estos entarimados informáticos buscan predisponer a la población a que sus narrativas y preferencias sean definidas por algoritmos cuyo efecto primario es reemplazar la motivación encaminada a crear nuevas expresiones. Las manifestaciones inducidas no formaban parte *prima facie* de los empeños que sus coetáneos imaginaban explorar. Hoy en día, el algoritmo es un vector que desplaza dichas pretensiones y erosiona la democracia cultural.

La interferencia de las IAIC con esta forma de la democracia hace menos probable que los usuarios identifiquen una gama diversa de manifestaciones culturales. Sin embargo, esto no implica que las recomendaciones de las plataformas impidan interactuar con un vasto repertorio de testimonios. La precisión obliga: es inexacto sostener que estas tecnologías no contribuyen a ampliar el acceso a la participación cultural y a potenciar la democracia cultural. Pero si bien las IAIC son promisorias, también conllevan los riesgos aludidos.

Si se admite que dichas plataformas inhiben el desarrollo de actitudes que fomentan la democracia cultural, se impone la necesidad de regularlas. Las legislaciones y mecanismos regulatorios actuales no están, empero, diseñados para neutralizar los riesgos que éstas plantean. En la medida en que los usuarios y las IAIC, que son ubicuas y de naturaleza tácita, traspasan las fronteras nacionales, en particular en la era digital, un enfoque regulatorio basado en el derecho internacional es la única solución viable. Tal es el sentido de las di-

6 de noviembre de 2023 y Unesco, “Ethics of Artificial Intelligence. The Recommendation”, 23 de noviembre de 2021.



Ramiro Quesada Pons, dibujo sin título de la serie *Modo Goblin*, 2023. Cortesía del artista y de W-galería.



Daniel Henri Kramer Luna, *Organic Sculpture*, *Unreal Space Render* y *Unnecessary Detailed Sci-Fi Default Cube*, 2022-2023. Imágenes diseñadas con el software Blender. Cortesía del artista.



rectivas europeas y de la *Declaración de París sobre inteligencia artificial inclusiva y sostenible para los pueblos y el planeta*, suscrita el 11 de febrero pasado con la notable denegación de los Estados Unidos y el Reino Unido.

Las IAIC escapan, así, del escrutinio y la crítica; más aún, el nuevo contexto tecnológico ha remodelado en forma drástica las cadenas de valor culturales de un modo que afecta la sostenibilidad de los sistemas de gobernanza para la cultura. De seguir, en sus inicios, una configuración lineal, su proceso describe ahora un radial cuyo epicentro son las IAIC.

La legislación que las regule debe considerar no sólo el acceso formal a la cultura, sino también la necesidad de que exista una oportunidad sustantiva para que una gran proporción de la sociedad participe en la configuración de la misma en su comunidad. Otra proposición para abordar estos desafíos es modificar la estructura de gobernanza de las IAIC para neutralizar su objetivo principal de maximizar sus réditos y asegurar que la cultura siga siendo un espacio de libertad y autogobierno donde todas las voces sean valoradas para que contribuyan, en un orfeón, al enriquecimiento de la sociedad.

Es un lugar común sostener que la tecnología es una fuerza inevitable, o bien determi-

nista o neutral. Las tecnologías de IA, sin embargo, no son neutrales; conllevan los valores de sus desarrolladores y el ecosistema más amplio de su desarrollo e implementación.⁴

La rápida integración de las tecnologías de IA y sus IAIC, que los protagonistas culturales utilizan, ofrecen oportunidades sin precedentes para ejercer una influencia dirigida, individualizada e imperceptible sobre personas y grupos sociales. Si bien las IAIC se posicionan como intermediarias neutrales, su pretensión queda contradicha por su control evidente del acceso a la cultura y su influencia en el contenido a través de algoritmos de recomendación.

Para actuar en consonancia con los valores democráticos, las plataformas deben cumplir estándares estrictos de transparencia y revelar el funcionamiento interno de los algoritmos que clasifican la información y emiten las sugerencias.

Las categorías sociales tradicionales no satisfacen los intereses mercantes de los diseñadores de algoritmos, por lo tanto, postulan que la publicidad debe ser fragmentada. De este modo, las IAIC crean un sistema que evalúa los perfiles en función de las actividades que éstos traslucen en línea; esta taxonomía propende a perpetuar las jerarquías y desigualdades.

En el escenario informático irrumpe ahora el uso de “sistemas automatizados de decisión” (ADS por sus siglas en inglés), que crean un auténtico institucionalismo algorítmico cultural.⁵

Si bien la IA puede coadyuvar a consolidar la estructura económica y social, la incursión de las IAIC en la oferta y comercialización de bienes y servicios culturales constituye un desafío cuando se trata de integrarlos a un marco de desarrollo sostenible. “La belleza salvará al mundo”, sostenía Dostoyevski en su novela *El idiota*, y hoy agregaríamos: es la cultura omnicomprendensiva la que debe salvar al mundo. JM

4 *Ibid.*

5 *Ibid.*



Bumi en el santuario de Nyaru Menteng, 2016-2024. Todas las imágenes se reproducen con el permiso de © BOS Foundation. Siguiente página: atribuido a Charles Henry Landseer o Charles Landseer, *Orangutang*, ca. 1800-1899, The Art Institute of Chicago ©.



Bumi y la escuela de la vida

JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

No pierde de vista la cámara que lo graba, así que camina de espaldas sobre un puente de madera, tomado de la mano de Ibu Sri, su madre adoptiva. Algo no le gusta, pues no le quita el ojo al camarógrafo que lo sigue para documentar sus días. Lanza una rama hacia la lente, mientras procura mantener el equilibrio... hasta que desiste. No dará otro paso. Se sienta enfurruñado sobre las maderas. Quiere que lo carguen, ahorrarse el trayecto y recuperar el contacto físico con su madre. Como sus compañeros van muy adelantados, Sri se gira y él extiende sus larguísimo brazos hacia ella, que lo aúpa. Aferrado con las manos y con las manos de los pies, parece al fin satisfecho. Así es como llega a la escuela Bumi, el orangután.

En marzo de 1838, un año y medio después de su regreso a Inglaterra, Charles Darwin hizo una visita al Zoológico de Londres. Había pasado cinco años a bordo del HMS Beagle en una circunnavegación que no sólo lo llevó a las Malvinas y las Galápagos, sino que lo hizo bordear Nueva Zelanda y Sudáfrica. Durante ese tiempo, el naturalista inglés vio a los delfines nadar pegados a estribor, tocó iguanas acuáticas, midió aves marinas y amasó miles de notas puntuales sobre sus observaciones de la vida natural. Su mente hervía con la diversidad biológica, por lo que la visita no era un paseo, sino una investigación en curso.

En el zoológico londinense conoció a Jenny, la pequeña orangután, que había llegado a su cautiverio en 1837, cuando tenía unos cuatro años, es decir, cuando estaba aún en la infancia. Una vez arrebatada de su madre, la pequeña terminó en una jaula. Desde ese lugar conmocionó a la sociedad inglesa: hacía patalletas cuando no le daban la fruta que quería, exigía cosas para jugar, le jalaba la cola a los perros que pasaban por ahí, miraba con fasci-

nación a la jirafa y se comportaba como un bebé, como el bebé que era. Darwin escribió en sus notas:

Dejemos al hombre visitar al Ouranoutang [*sic*] domesticado, escuchar su quejido expresivo, mirar su inteligencia cuando se le habla, como si entendiera cada palabra dicha [y veamos] cómo le afectan aquellas que conoce. Veamos su pasión e ira [...] y luego permitamos que presuma su orgullosa preeminencia. El hombre, en su arrogancia, se cree una gran pieza, merecedora de la intercesión de una deidad. Más humilde —y, a mi juicio, más verdadero— será considerarlo creado de otros animales.¹

Jenny vivió en aquel zoológico durante cuatro años y murió por enfermedad, pero gracias a ella Darwin pensó más en forma el vínculo que nos une a otros animales en una cadena casi indivisible. Por desgracia, el de Jenny no ha sido el único caso de un primate arrancado de su hábitat. Los primeros censos más o menos fiables de la población de orangutanes llegaron con el inicio del siglo xx. Por entonces, se estimó que había alrededor de 315 000 individuos, endémicos de Malasia e Indonesia, territorios del archipiélago malayo, en Asia. En los últimos 75 años, sus poblaciones se han reducido casi en un 80 % y se estima que se mermarán aún más si no cambia, muy pronto, algo. Las tres especies de orangutanes conocidas (*Pongo pygmaeus*, *Pongo abelii* y *Pongo tapanuliensis*, identificada y descrita en 2017) están en peligro crítico de extinción.

Bumi (“Tierra” en malayo) nació en Borneo, la tercera isla más grande del mundo; Malasia, Indonesia y, en menor medida, Brunéi comparten su territorio. La región indonesia donde vive se llama Kalimantan. Su hogar natural son los bosques tropicales y húmedos de esta región asiática que yace en la franja del ecuador, bañada por la lluvia de forma constante, sobre todo en sus partes altas. Bumi y

1 La traducción es de la autora.

el resto de los orangutanes de Borneo (*Pongo pygmaeus*) habitan zonas bajas, rodeados de árboles frondosos, con copas que alcanzan los 45 metros de altura, y cerca de mangles, árboles frutales, plantas carnívoras y florales, lianas, zonas pantanosas, riachuelos y ríos. Es una de las regiones con mayor biodiversidad del mundo, con cerca de mil cuatrocientos especies de animales además de los orangutanes, que son, entre los primates grandes, los más arbóreos: pasan el 90% de su tiempo trepados a los árboles. Desde las alturas, dominan en paz la selva.

Sabemos esto del origen de Bumi: llegó el 18 de junio de 2016 al santuario para orangutanes Nyaru Menteng, en la provincia de Kalimantan Central, en una canasta de plástico, arropado por sábanas y una almohada. Unas personas lo habían recogido al pie de un árbol de hule. No había señales de su madre, a la que probablemente mataron unos cazadores furtivos. Porque una de las formas en las que mueren los orangutanes es por las balas de quienes desean adueñarse de la cría o de la madre para venderlas o traficar con ellas; otras son la defo-

restación, los incendios y una agricultura voraz de palmas de las que se extrae aceite, uno de los bienes más codiciados en el mercado internacional, empleado en millones de productos, desde alimentos hasta cosméticos.

Bumi era pequeñito, frágil, aún conservaba vestigios del cordón umbilical pegados a su cuerpo y no tenía dientes; había cumplido, por entonces, dos semanas de nacido. Daba potentes alaridos para exigir comida, contacto, calor. Sus pucheros en esos primeros días eran similares a los que hace un bebé humano; lo mismo que su cara al dormir, los gestos al succionar con fuerza la leche de una mamila. Seguramente por eso es que llamaron a estos hermosos seres, anaranjados o rojos, Orang Outan, “hombre del bosque” en malayo.²

Los primeros relatos sobre orangutanes, siglos antes de la llegada de Bumi al santuario, describían criaturas muy parecidas a nosotros, sólo que de color tangerina y trepados

- 2 Henry O. Forbes, “Corrections in Nomenclature Oran Outang; Ca’ing Whale”, *Nature*, vol. 69, núm. 343, 1904.







a los árboles. Se les representaba en grabados como personas con poderosa barriga y melena aleonada.³ Hoy sabemos que esto se basaba en algo menos evidente que un rostro o un brazo; hablaba, más bien, de la cercanía biológica: compartimos con ellos el 97% del ADN.

Es posible que tal intimidad genética explique un poco la fascinación que sentimos por otros primates y quizá sea una de las causas —si bien errada— por la que se les busca como mascotas. Los cazadores furtivos que asesinaron a la madre de Bumi hubieran vendido al bebé y hoy alguien lo tendría en su casa, alimentándolo como a un muñeco vivo, pues, al inicio de su desarrollo, un cachorro de esta especie es muy similar a un bebé humano, sólo que con pulgares oponibles en manos y pies, con menos pelo en la cabeza, con olor almizclado. Por suerte, el cachorro del bosque tropical, el huérfano, fue a dar a un gran santua-

rio para orangutanes y comenzó así su largo proceso de recuperación.

Bumi gira sobre su propio eje, de pie en el puente de madera, hasta perder el equilibrio y darse de cabeza en la foresta. Lo arrastran de un brazo, como a un preso, porque no quiere caminar; mientras las raíces le pegan en la barriga, aprovecha para comer lo que encuentra en el suelo. Se dispersa. Sobre la plataforma de comida y entrenamiento, gira más y hace caras para un público entregado. Se encarama a un poste cerca de los dormitorios, da marometas en la tupida vegetación o sobre una hamaca, juega al balancín, se arroja a los brazos de las nanas, aplasta a sus congéneres dejándose caer sobre ellos, roba comida, se cuelga de su madre sustituta, va de una liana a la siguiente, pide que le hagan cosquillas y trata de hacerlas él: es todo un payaso, un *showman*, una suerte de funambulista que igual trepa que salta, abraza o se cuelga, se mete y entromete con humanos y con orangutanes. A su alrededor, sus compañeros de grupo logran

3 Véanse, por ejemplo, los grabados de Jacobus Bontius, *Historiae naturalis et medicae Indiae orientalis*, impresor: Ludovicum y Danielelem Elzevirios, Ámsterdam, 1658.





concentrarse en sus actividades y aprendizajes siempre y cuando él no venga a distraerlos.

Nyaru Menteng —parte de un complejo de áreas protegidas, dormitorios y áreas de juego— pertenece a la Borneo Orangutan Survival (BOS) Foundation, una organización conservacionista sin fines de lucro que ofrece una segunda oportunidad a los orangutanes huérfanos para que después sean libres de nuevo. Es la más grande en su tipo y, entre otras cosas, tiene algo llamado Escuela Orangután de la Jungla, donde Bumi y el resto de sus amigos desarrollarán las capacidades que su madre les habría enseñado: es decir, aprenderán a ser orangutanes. Durante los primeros años tras su rescate, las crías necesitan entender cómo conseguir fruta y termitas, miel y la savia dulce de los gomereros; también aprenden a distinguir qué raíces y hojas pueden comer y cómo hacer nidos para dormir en lo alto de los árboles, además de cuidarse de las serpientes, los leopardos y las aguas profundas. Como nosotros, aprenden observando, así que es indispensable que estén atentos a las lecciones que dan las distintas nanas o madres sustitutas. Los bebés rescatados se dividen, según sus habilidades, una vez que dejan la cuarentena por la que pasan al llegar a Nyaru

Menteng; a partir de ahí comienza un tránsito que los entrenará para la vida silvestre. Como en cualquier escuela, los alumnos están en grupos y niveles distintos, sólo que acá hay mucho pelo, barrigas prominentes y más desmanes. Y es en esto donde Bumi destaca.

Son las ocho de la mañana y en Kalimantan ya hace calor. Los 26° C son húmedos debido a una lluvia ligera que baña con suavidad la jungla, permeándolo todo. Bumi espera con atención a que abran su jaula para saltar al suelo y andar deprisa. Cruza el puente de madera al lado de Ibu Sri y otras madres sustitutas, ansioso por llegar a su día escolar. Desayuna fruta (plátano, sandía, piña, rambután) y leche de soya y se concentra en alguna actividad. Ya tiene 9 años, pesa unos 35 kilos y mide 1.3 metros de alto. Ahora puede alcanzar mejor la fruta que le esconden en la parte superior de los árboles, desentrañar los rompecabezas que le dan y es más hábil haciendo nidos o partiendo cocos. Este día, sin embargo, no le da la gana seguir los protocolos y se roba la canasta de ratán donde se guardan los alimentos para el grupo. Su madre sustituta se da cuenta y comienza a perseguirlo. Con una sonrisa exultante, Bumi corre tanto como puede entre raíces elevadas y hojas caídas, usando sobre todo los brazos. Los demás orangutanes presencian el espectáculo embelesados; las madres sustitutas no pueden más de la risa. Hace poco se metió de cabeza a la canasta, que luego arrojó a una nana para provocar carcajadas. Se la pasa bomba.

Un día decidió que era el momento de organizar un paseo. Resuelto, fue por sus congéneres más jóvenes; pronto, una tropa de orangutanes escapistas lo seguía... hasta que las nanas los reclutaron de nueva cuenta.

Además de caudillo e histrión, es también un curioso irredento; de tanto en tanto, va a echarle un ojo a otros grupos de la Escuela Orangután de la Jungla, fascinado por las diferencias que ve, por lo que hacen otros congéneres. También es un distraído por excelencia, que privilegia la diversión. Es, dicen quienes lo conocen, el orangután más socialmente activo de todos los que han llegado al santuario. Así que Bumi es un agente del caos y el

Además de caudillo e histrión, es también un curioso irredento; de tanto en tanto, va a echarle un ojo a otros grupos de la Escuela Orangután de la Jungla, fascinado por las diferencias que ve, por lo que hacen otros congéneres.

alma de la fiesta, la alegría y gozo de las mañanas en las plataformas educativas, el centro de atención, muy disperso y un encanto. Las nanas le dicen “Boss” (jefe) o hijo de sultán, y aún así lo consienten. Le queda un largo trecho por recorrer, pero parece haber superado el trauma inicial. Ya no es ese bebito frágil que llegó al refugio una mañana, aterrorizado y sin entender qué pasaba a su alrededor.

Bumi es aún muy joven; a veces es un niño, otras un adolescente. Sus brazos se extienden de sus hombros a los pies, cubiertos de un vello a la vez sedoso y resistente. Su cuello es corto y su boca es tan móvil como la goma y muy expresiva. Sus ojos, que parecen pequeños sumidos bajo la frente y la prominencia de la boca, son atentos y curiosos, de una obvia inteligencia. Es un comunicador nato, que se relaciona con su especie y con los humanos de manera fluida. Cuida la intimidad que ha creado con las nanas y sus compañeros, de ahí que no le quite el ojo al camarógrafo que lo sigue para dejar testimonio televisado de sus avances y travesuras. También actúa para la cámara, como si supiera que eso se espera de él, pero hay un límite que resguarda.

Si la fortuna es dócil, en pocos años Bumi será liberado y, bajo vigilancia, trepará a los árboles que hoy le sirven apenas como entrenamiento. Alcanzará los noventa kilos, crecerá más y su melena será larga. Dormirá en las copas arbóreas, formando un nido cada noche; buscará una hembra para aparearse y recordará, tal vez, los tiempos en los que fue amado, mimado, atendido y educado para ser libre, un orangután en forma. Los tiempos en los que algunos humanos quisieron devolverle la dignidad que su especie ha tenido y que le hemos arrebatado: recordará la época en la que orangutanes y personas —animales de la misma creación— comenzaron un aprendi-

zaje compartido de cariño, respeto y esperanza. Y se irá así, de rama en rama, un ser naranja y perfecto, a dispersar su sabiduría.

BOS FOUNDATION

La BOS Foundation se creó en 1991 en Borneo, en Kalimantan Central. A partir de entonces, esta organización no gubernamental sin fines de lucro se ha dedicado a recuperar la selva tropical —talada para obtener aceite de palma, hule y para la explotación minera— y a ayudar, de esta forma, a que los orangutanes y todos los animales de la jungla indonesia puedan vivir en un hábitat saludable y seguro. Desde 1992 han protegido, rehabilitado y entrenado a los orangutanes con el fin de regresarlos a la vida silvestre. La organización actual data de 1998, cuando su nombre cambió a Borneo Orangutan Survival Foundation (BOSF). La fundación ha logrado grandes avances en su labor de cuidado y protección ambiental desde el 2009, al crear una compañía dedicada a tutelar la selva. Un ejemplo de sus logros es el hecho de que, para 2010, ya tenía asegurada 86 450 hectáreas como zona protegida, dedicadas únicamente a la vida silvestre. Además, en los últimos diez años, ha devuelto a la jungla quinientos orangutanes que fueron rescatados, procurados, atendidos, queridos y educados en sus instalaciones. De acuerdo con la BOS Foundation, el 2024 fue un año exitoso en la conservación de los primates y del bosque húmedo de Kalimantan. La fundación también incluye en sus labores a las comunidades cercanas, pues emplea a trabajadores locales, educa a las personas, establece alianzas positivas con instituciones privadas y gubernamentales y, poco a poco, ha logrado despertar interés en más partes del mundo. 

Gracias a la BOS Foundation por aportar la información solicitada, así como las imágenes y los videos disponibles en nuestro sitio web. Puedes ayudar a la conservación de los orangutanes con una aportación a la BOS Foundation. Ingresa a www.orangutan.or.id o búscalos en X: @bornean_ou o IG: @bosfoundation.



Entre las películas en las que el diseñador de arte mexicano-italiano Marco Niro (Ciudad de México, 1953) ha plasmado sus grandes obsesiones (la luz, la pintura y el color) se encuentran *Titanic*, *Troya*, *Capitán de mar y tierra*, *Soldado anónimo*, *Narnia*, *Stigmata*, *Zorro*, *Dragonball evolución*, *Zohan*, *Daredevil*, *Ruta Madre*, *Todo el poder*, *Miss Bala: sin piedad* y *Los 33*. Tras haber estudiado Dirección de Producción y Dirección de Arte en el Istituto Europeo di Design (IED), en Roma, Niro consideró quedarse en Italia, pero el terrorismo

Marco Niro, migrar y diseñar universos para el cine

ROSARIO MANZANOS

y las brigadas rojas de los años setenta y ochenta lo hacían sentir que estaba siempre bajo amenaza de muerte.

Entonces, siguiendo la máxima de que “los viajes ilustran”, optó por realizar largos periplos. Gravitó los universos de grandes ciudades y pueblos remotos para contemplar así la diversidad cultural de la humanidad a través de sus atmósferas, rituales, edificaciones, esculturas, objetos cotidianos y alimentos. Desentrañó los detalles de los símbolos y signos, que son eternos, polisémicos, relictos y específicos.

Al poco tiempo regresó a la Ciudad de México para dedicarse a pintar, pero el diseño siempre fue su imán y motor. Se dedicó, entonces, a idear conceptos para proyectos filmicos y escénicos. Se integró a los Estudios Churubusco y, posteriormente, lo llamaron a trabajar de tiempo completo en las producciones titánicas de los estudios de Playas de Rosarito (Baja Studios y Baja Film Studios).

UN PRECARIO CINE INDUSTRIAL MEXICANO Y LAS SUPERPRODUCCIONES ESTADOUNIDENSES

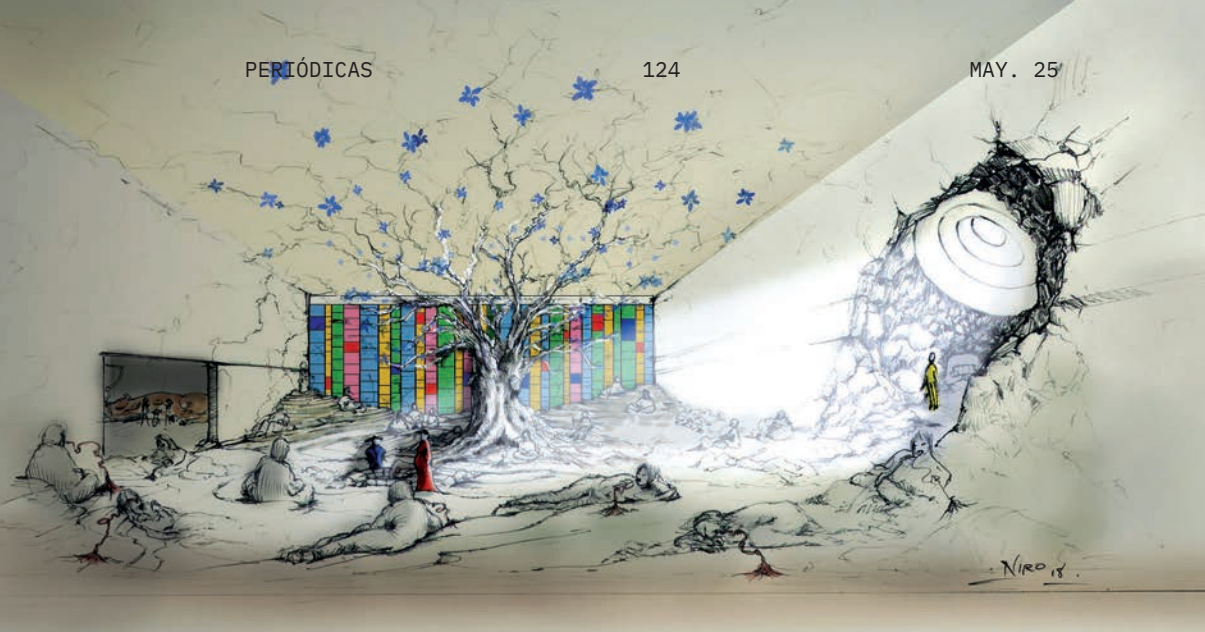
Salta a la vista que México no es una potencia en la industria cinematográfica. El cine industrial de este país es endeble, las producciones son pocas y los presupuestos que los realizadores y productores llegan a obtener suponen que ellos mismos se conviertan en productores ejecutivos de sus filmes, pues los recursos, en muchos casos, salen de sus propios bolsillos.

Marco Niro, hijo de Franco Niro, un inmigrante italiano que, enamorado de una bellísima mexicana se asentó en la Ciudad de México, cuenta que, en la República mexicana, no había lugares dónde desarrollarse en aquello que había estudiado en Italia:

Llegué de la Ciudad de México a Baja California, a los famosos estudios construidos exprofeso en Rosarito

Set de la serie de televisión *Legión*, 2019. Dibujos y diseños de set bajo la dirección de arte de Marco Niro. Cortesía del autor.





Set de la serie de televisión *Legión*, 2019.

Beach para integrarme a la producción de *Titanic*. Me mudé a la Península y me sentí triunfante de por fin hacer lo que estudié durante tanto tiempo.

La empresa productora 20th Century Fox había adquirido 161874 metros cuadrados en Baja California para crear las espectaculares escenografías de *Titanic*, rodaje que inició en septiembre de 1996. En el lugar se construyó el barco a escala completa con detalles exactos de los del fatídico trasatlántico que se estrelló contra un iceberg la noche del 15 abril de 1912.

El RMS Titanic fue la embarcación más lujosa y cara de su época; en ella viajaban desde la élite más adinerada hasta cientos de migrantes de diversos países europeos como Escocia, Irlanda, Reino Unido y Suecia que, amontonados en la sección de tercera clase, buscaban el *American Dream* en Estados Unidos. Eran un total de 2225 personas, pero la compañía dueña del navío sólo colocó un tercio de los salvavidas necesarios para salvar a toda la población del Titanic.

James Cameron, director del *film*, estaba enamorado de su proyecto; hizo toda una investigación submarina para encontrar restos de la gran nave y lograr una versión lo más apegada a la historia original, de la cual dieron cuenta los principales diarios del siglo pasado.

Marco Niro, como parte del colectivo de diseño de arte, no paró de dibujar:

participé para que los objetos y espacios del barco fuesen los más fieles posibles a los que había en el trasatlántico. Ayudé a crear los diseños a escala y dibujé detalles como la banca donde se sientan Jack y Rose, copia exacta de la que sacaron del mar; la lámpara que los alumbraba, las chimeneas del barco. Los remates exactos, tuercas, chapas de los cancelos de cada sección de la escenografía. Vamos, el barco a escala real del original.

Dibujar la embarcación por dentro implicó una labor de diseño *Cameron proof*, es decir, que requería de la aprobación de cada detalle por parte del director, quien, obsesionado con su proyecto, revisaba día y noche toda la producción. Sabía que cualquier objeto equivocado rompería de inmediato el encanto de la ficción. Y en el cine hay que crear ficciones en las que las atmósferas reflejen la realidad de forma incuestionable.

Pero no fue sólo eso lo que hacía Niro. Además de dibujar, se encargaba de los carpinteros, herreros y pintores, en especial, de que lograran la factura precisa de lo que elaboraban. Por ejemplo, para el espacio donde encierran a Jack, Niro buscó a un herrero en Tijuana con el fin de que hiciera las chapas; dijo que le cobraría cinco mil pesos por ellas y que se tardaría semanas. Entonces le ofreció cuarenta mil y se las hizo en tres días. Esta-

ban con el tiempo encima, pero había que hacerlo todo bien, sin errores ni mala calidad, pues el diablo siempre está en los detalles.

La producción entera respondía a las órdenes del director filmico, del diseñador de producción, de múltiples directores de arte y de decenas de trabajadores. La lujosa escenografía debía transmitir la idea de que viajar es la sublimación del placer, porque atravesar el Atlántico ha sido, desde siempre, el sueño de aquellos que buscan, del otro lado del mar, un encuentro ardiente con mundos desconocidos. Claro, mientras no existan tropiezos y las fantasías no se conviertan en la peor de las pesadillas.

Niro me cuenta, desde la ciudad de Los Ángeles donde ahora reside, que en *Troya*, película en la cual también trabajó de forma extenuante en la Península pero esta vez en una zona del desierto de Baja California Sur que ahora es un campo de golf, había que le-

vantar una muralla gigante donde se llevaría a cabo una buena parte de la acción y los llamados “planos generales” de las batallas y escenas dramáticas.

Unos trabajadores a su cargo construían la muralla, que debía tener una altura específica, mientras otros, más de cuarenta, elaboraban las esculturas diseñadas por el colectivo. Se seguían instrucciones precisas y se dibujaba sin parar; en este oficio es importante tener un conocimiento muy amplio del arte universal y saber controlar los materiales, los colores y la luz para obtener las mejores tomas y crear escenas perfectas. Niro explica:

No te debes equivocar en la escala de tu diseño. Puedo confirmar que por pura experiencia soy un arquitecto. De la nada tuve que entender cómo hacer una muralla creíble y bella, hice los dibujos



Set de la película *Las crónicas de Narnia: la travesía del viajero del alba*, 2010.



Set de la película *Troya*, 2004.

Niro buscó a un herrero en Tijuana con el fin de que hiciera las chapas; dijo que le cobraría cinco mil pesos por ellas y que se tardaría semanas. Entonces le ofreció cuarenta mil y se las hizo en tres días.

a escala, analicé cómo funcionaba. Cómo debería ser la luz natural y artificial y hasta el menor detalle.

Siguieron otros proyectos, pero cada vez eran menos y con presupuestos más castigados. Poco a poco los famosos estudios de Rosarito Beach resultaron incosteables y se vendieron. Él, junto con cientos de personas, se quedaron sin fuente de empleo.

“En México era imposible trabajar de forma continua. Yo debía dinero, no había producción de cine y mi futuro y el de mi familia eran inciertos. Entre proyecto y proyecto pasaban meses y no había trabajo.” Lo fue devorando el desempleo y su economía empezó a hacerse trizas. “Entonces me ofrecieron trabajar en

Los Ángeles y me convertí en un migrante con permiso especial para laborar y comencé una nueva vida en los Estados Unidos.”

Su caso no es el único, algunos de los más importantes cineastas mexicanos han decidido emigrar al norte para reconstruirse y encontrar empleo en una actividad que en su país está a la baja, no es del todo apreciada ni se considera prioritaria; como solía decir el gran cineasta Jaime Humberto Hermosillo: en México “el cinito no es la vida”. Hacer cine cuesta mucho dinero y el diseño artístico de escenografías y de utilería para grandes producciones cinematográficas ocupa casi el final de la cadena trófica.

MIGRAR Y PERDER O GANAR

En muchas circunstancias no se alcanza a ver que migrar siempre se traduce en una serie de sucesos de pérdida y desgracia en la que, como en la historia de Jack y Rose, los personajes estelares de la película *Titanic*, en múltiples ocasiones, hay un encuentro trágico con la muerte. Así les sucede a millones de latinoamericanos que llegan de forma ilegal a los Estados Unidos.

Por suerte, hay otros casos: los de aquellos que, en la búsqueda de una vida mejor, logran, como Niro, recomenzar y consolidar un futuro, el cual, aunque incierto, puede abrir un sendero profesional que les permite auto-realizarse y sobrevivir económicamente.

En Estados Unidos, trabajar en el cine como migrante, incluso de forma legal, implica más exigencias por el hecho de ser extranjero. Sin embargo, para quienes lo consiguen puede ser una balsa de salvación, si se toma en cuenta que esa supuesta “salvación” es, en realidad, una categoría existencial transitoria, porque la fantasía de regresar a México permea todos los campos afectivos.

Niro obtuvo una visa de trabajo y de golpe le ofrecieron proyectos de al menos un año de duración y con exigencias de calidad muy altas. Al principio lo veían como si fuese un mojado, un ilegal cuya especialidad seguramente serían las temáticas de narcos. Hoy ya lleva cinco años abriéndose camino.



Set de la serie de televisión *Legión*, 2019.



Boceto del archivo de Marco Niro, 2020.

Estoy solo acá. Sólo trabajo. No hay fiestas o reuniones. Paso el tiempo de descanso en soledad y no es como en México, mi país. Pero tengo seguro médico, genero antigüedad, estoy procurando [mi] derecho a una pensión, mantengo a mi familia y hago un trabajo de calidad.

Niro trabaja con diferentes equipos a los que trata de la mejor forma posible con miras a ganar su confianza. Se considera un hombre libre porque trabaja con honestidad, pero la nostalgia siempre está ahí, como una rendija abierta. Está solicitando la residencia para obtener la anhelada *green card* y así acceder a proyectos de mayor importancia e impacto internacional que le permitan, a su vez, seguir mejorando como diseñador.

El precio de no poder trabajar en México, sin embargo, ha sido muy alto. Su condición de migrante también lo ha hecho ser consciente de todos los imprevistos que sus compatriotas indocumentados padecen. Se desahoga en el trabajo, dibuja sin parar y hace propuestas para que la serie, de la cual ahora es *senior designer*, considere sus ideas como fundamentales al momento de realizar los guiones.

Estoy a la espera de que me den la residencia. He pasado épocas muy difíciles aquí, como el terremoto de 2017 y la pandemia. Son tiempos duros pero mi trabajo ya es valorado y espero tener la suerte de quedarme a trabajar y vivir aquí. Al principio llegué para hacer un piloto y al poco tiempo ya estaba trabajando en forma. Ahora estoy como director de diseño de arte de una serie que se llama *911*, con Disney. Tengo entera libertad para definir el concepto visual de lo que se quiere que el público vea. Ahora es la serie de mayor *rating* de la plataforma, con setenta millones de personas como audiencia. Yo decido y diseño. Manejo un presupuesto millonario para la serie, lo que para mí es tener trabajo por largo tiempo. Pero las cosas cambian de un momento a otro y ahora son tiempos inciertos. Soy migrante, hijo de un migrante y tengo la dignidad de hacer un gran esfuerzo para que mi trabajo, como el artista que pretendo ser, sea valorado. ॥

Cien años de Rosario Castellanos

En torno a la figura y la obra de Rosario Castellanos no hay medias tintas: poeta excepcional, ensayista lúcida, precursora del teatro y la novela indigenistas, supo mostrar en su trabajo la realidad mexicana sin velos, pero con un registro sensible y compasivo. Al mismo tiempo, consiguió honores y un espacio inusitado para una mujer de su época. Tal reconocimiento oficial la hizo embajadora en el que sería el último y precoz capítulo de su vida. Tras el trágico accidente en que murió, conocimos las *Cartas a Ricardo*, que revelan a su autora frágil y vulnerable, completando así el retrato de una escritora que vivió (y escribió) intensa y apasionadamente.

Rosario Castellanos nació el 25 de mayo de 1925 en la Ciudad de México. La muerte prematura de sus padres, de origen chiapaneco, la confrontó con una independencia anticipada e inusual para una mujer de su época. Quizá fue gracias a estas circunstancias que escribió el preclaro *Mujer que sabe latín*.

Para conmemorar el centenario de su nacimiento publicamos una serie de fotografías y documentos que forman parte de la muestra *Un cielo sin fronteras. Rosario Castellanos: archivo inédito*, organizada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la UNAM en el Colegio de San Ildefonso. Acompañamos esta selección con fragmentos de su obra con la intención de propiciar nuevas lecturas.

Todas las imágenes y los documentos son cortesía de Gabriel Guerra Castellanos.



Rosario Castellanos a luz dividida, s.f.



El indio sube al templo tambaleándose,
ebrio de sus sollozos como de un alcohol fuerte.
Se para frente a Dios a exprimir su miseria
y grita con un grito de animal acosado
y golpea entre sus puños su cabeza.

El borbotón de sangre que sale por su boca
deja su cuerpo quieto.

Se tiende, se abandona, duerme en el mismo suelo
con la juncia y respira
el aire de la cera y del incienso.

Repose largamente
tu inocencia de manos que no crucificaron.
Repose tu confianza
reclinada en el brazo del Amor
como un pequeño pueblo en una cordillera.

“La oración del indio”



Ha presenciado alegres ceremonias
y ha visto cómo deudos diligentes
colocan en su marco orlas de luto.

Y ni se regocija ni consuela.

“Retrato de antepasado”

César Castellanos, padre de la autora, con
un grupo de lacandones, 1918.

Fotografía de Adriana Figueroa y César
Castellanos, padres de la autora, 1937.



Y bien. La juventud,
aunque grave, no fue mortal del todo.
Convalecí. Sané. Con pulso hábil
aprendí a sopesar el éxito, el prestigio,
el honor, la riqueza.

Tuve lo que el mediocre envidia, lo que los
triunfadores disputan y uno solo arrebató.
Lo tuve y fue como comer espuma,
como pasar la mano sobre el lomo
del viento.

“Monólogo de la extranjera”



En vano, en vano fue correr, destrenzada y
frenética,
sobre las arenas humeantes de la playa.

“Lamentación de Dido”



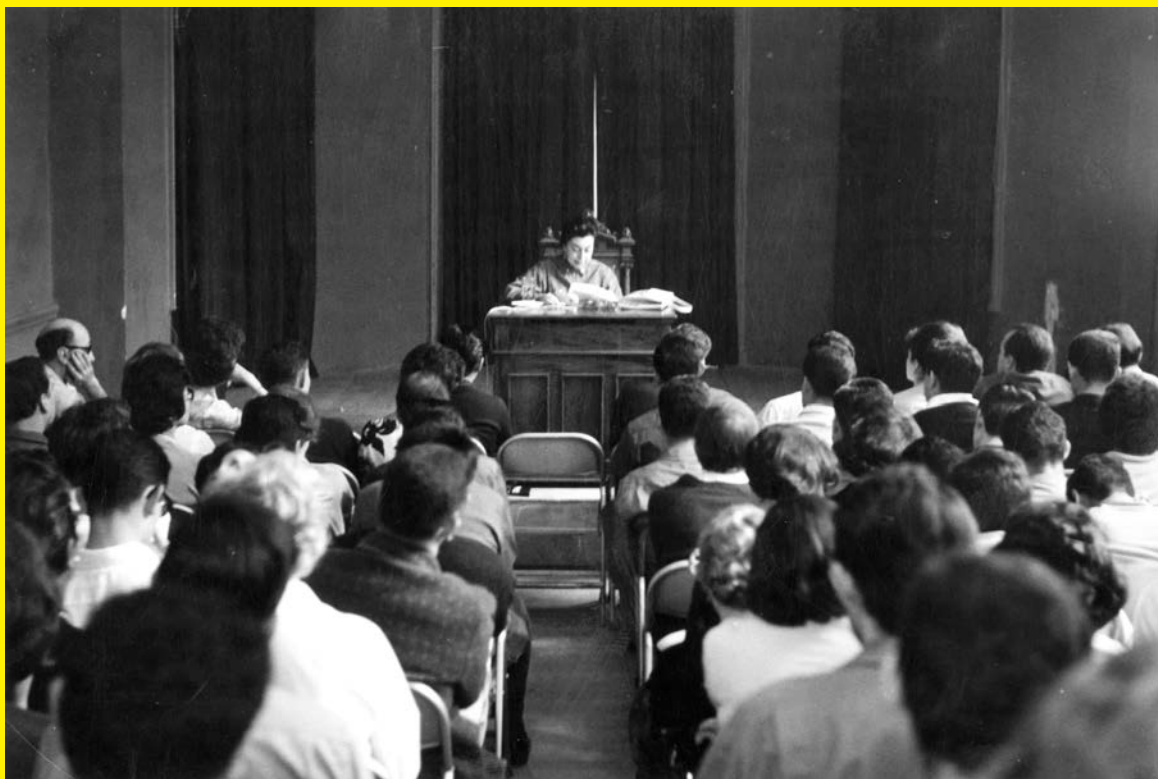
Cuando me di cuenta de que el lenguaje filo-
sófico me resultaba inaccesible y que las úni-
cas nociones a mi alcance eran las que se dis-
frazaban de metáforas, era demasiado tarde.
No sólo estaba a punto de concluir la carrera
sino que ya no escribía ni endecasílabos ni
consonantes ni sonetos. Otra cosa. Anfibia.
Ambigua. Y, como la cruce de especies dife-
rentes, estéril.

Mujer que sabe latín...

Fotografía coloreada de Rosario Castellanos
posando en un jardín, s.f.

Rosario Castellanos recostada en una playa
de Acapulco, 1945.

Rosario Castellanos camina junto a sus
compañeros, 1947.



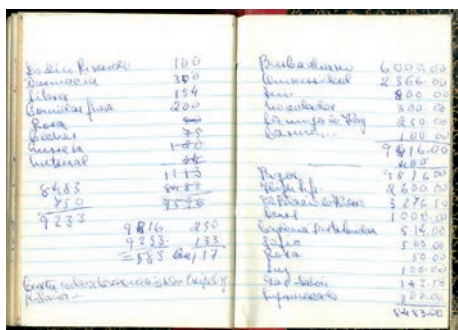
Rosario Castellanos dando cátedra en un salón, s.f.

Credencial de la Facultad de Filosofía y Letras,
UNAM, 1944.

Rosario Castellanos con su hijo Gabriel, 1963.

Fotografía de la familia Guerra Castellanos, s.f.

Páginas de la libreta de gastos de la casa.



“Válium 10”



En general, rehúyo los espejos.
Me dirían lo de siempre: que me visto muy mal
y que hago el ridículo
cuando pretendo coquetear con alguien.

“Autorretrato”



Pero si es necesaria una definición
para el papel de identidad, apunte
que soy mujer de buenas intenciones
y que he pavimentado
un camino directo y fácil al infierno.

“Pasaporte”



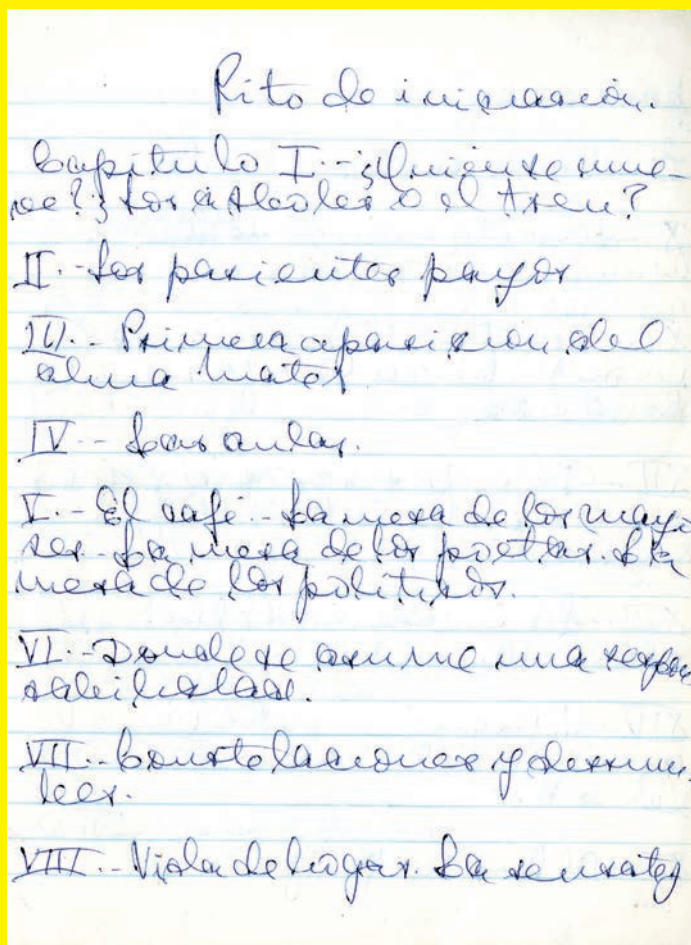
Todavía los “hombres necios, que acusáis” de
Sor Juana sigue siendo nuestra protesta más
audaz. Habría que preguntarse por qué el fe-
minismo, que en tantos otros países ha tenido
sus mártires y sus muy respetadas teóricas,
en México no ha pasado de una actitud larva-
ria y vergonzante. ¿Es masoquismo? ¿Es te-
mor al ridículo?

“Feminismo a la mexicana”, *Excélsior*, 7 de
diciembre de 1963

Retrato de la escritora reflejada en un espejo, s.f.

Pasaporte de Rosario Castellanos.

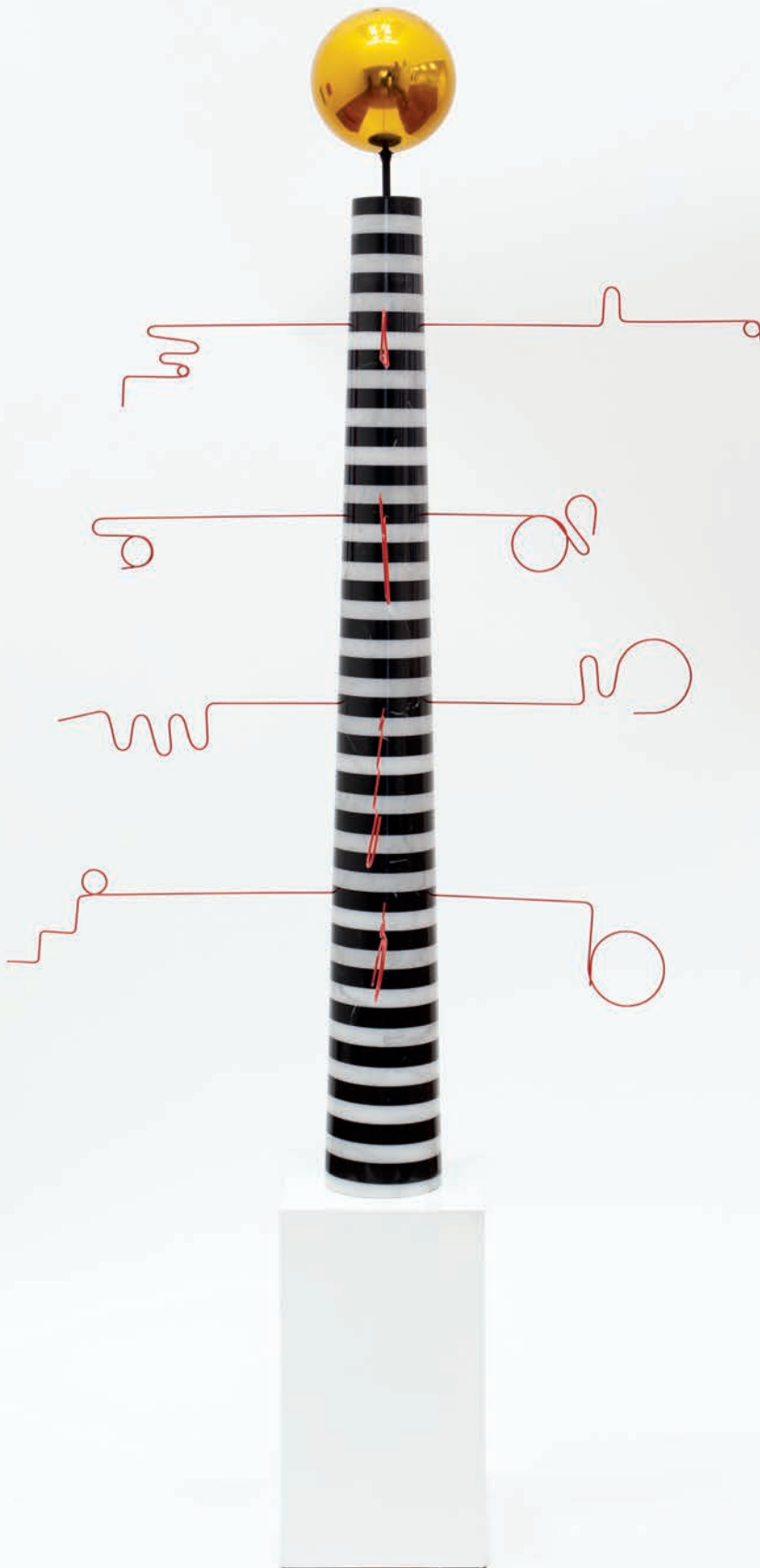
Rosario Castellanos en su biblioteca, s.f.



Índice manuscrito de la novela *Rito de iniciación*.

Cecilia dejó caer el libro sobre su regazo y apoyó la frente contra la ventanilla polvorienta. Sus ojos traspasaron la opacidad del vidrio para llenarse de un paisaje al que la exuberancia no rescataba de la monotonía. Sobre la capa inmóvil de los pantanos medraba una vegetación tan compacta que producía el engaño de una superficie sólida. Pero bastaba el más ligero soplo de brisa para abrir temblorosas grietas a través de las cuales amenazaba una profundidad sucia cuya longitud era calculable gracias al tamaño de los arbustos que emergían desde el fondo.

Comienzo de *Rito de iniciación*



CRÍTICA

PP.138-141 MIGUEL EDÉ

PP.142-145 LUIS FELIPE PÉREZ SÁNCHEZ

PP.146-147 JACOBO ZANELLA

PP.148-151 RAFAEL TORIZ

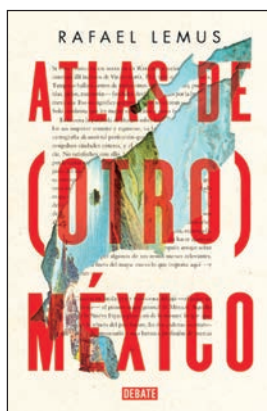
PP.152-154 GUADALUPE ALONSO CORATELLA

Iván Krassoievitch, *Poema radiofónico (2)*, 2024. Cortesía del artista y de Proyectos Monclova.

(136–154)

Entre la *imago* y las ruinas

MIGUEL EDÉ



Rafael Lemus, *Atlas de (otro) México*, Ciudad de México, Debate, 2025.



Federico Guzmán Rubio, *Sí hay tal lugar. Viaje a las ruinas de las utopías latinoamericanas*, Ciudad de México, Taurus, 2025.

Al terminar de leer *Atlas de (otro) México*, de Rafael Lemus, y *Sí hay tal lugar*, de Federico Guzmán Rubio, cuesta trabajo no pensarlos como compañeros de viaje: el primero, en virtud del recorrido que hace por los territorios inventados en varias novelas mexicanas; el segundo, por el trayecto que presenta a través de las ruinas de las utopías latinoamericanas (como nos deja en claro el subtítulo). Rutas aparentemente opuestas que, no obstante, terminan por acercarse: si todo *auténtico* viaje a los confines de la ficción amplía y renueva nuestro horizonte de lo real, el tránsito hacia los vestigios de lo que antes existió nos revela, ahí al fondo y apenas visible, una construcción verbal, un proyecto trazado con las herramientas de la imaginación.

En *Atlas de (otro) México*, Lemus define sus propósitos en la “Entrada”. Sostiene que todo país es “una complicada suma de espacios materiales e imaginarios” y habla de los

espacios ficticios como “parte fundamental de la trama [...] del país”. *La Matosa*, *Santa Teresa*, *Comala* y *Plan de Abajo* son territorios que, paradójicamente, no están en ningún sitio y, sin embargo, operan dentro de los límites nacionales, con códigos lingüísticos y referentes culturales compartidos. Lugares en los que no hemos puesto un pie pero que, a pesar de ello, los conservamos en nuestra memoria de forma más vívida que algunos de verdad visitados y pronto olvidados. “Archivados en un solo libro”, escribe Lemus, “estos lugares imaginarios arman una imagen móvil, dinámica, del territorio mexicano que los mapas no producen”. ¿Posee un objetivo central el *Atlas*? Si es así, creo que podría ser el siguiente: interrogar ese mapa inasible para tratar de extraer la idea de país que cada uno de los parajes sugiere.

Son diez los sitios visitados en orden cronológico. Comienza en Nueva Filadelfia, la utopía soñada por Nicolás Pizarro en *El monedero* (1861), y termina, previsiblemente, en La Matosa, esa pequeña suma de casas y horrores (muchos horrores) que está al centro del último de nuestros clásicos: *Temporada de huracanes* (2017), de Fernanda Melchor. En medio aparecen Villautopía (*Eugenia*, 1919), de Eduardo Urzaiz; Quauhnhuac (*Bajo el volcán*, 1947), de Malcolm Lowry; Galeras (*El fin de la esperanza*, 1948), de Rafael Bernal; Comala (*Pedro Páramo*, 1955), de Juan Rulfo; Ixtepec (*Los recuerdos del porvenir*, 1963), de Elena Garro; Plan de Abajo (varios textos), de Jorge Ibargüengoitia; Placeres (varios textos), de Jesús Gardea y Santa Teresa (2666, 2004), de Roberto Bolaño.

El modo de proceder de Lemus es similar en cada capítulo: comienza recreando una escena narrativa de particular importancia para el crítico o haciendo una breve descripción del territorio ficcional; posteriormente, expone el estado de la cuestión —cómo se leyó la novela al ser publicada, cuál fue su fortuna—; propone su análisis y ofrece conclusiones. Para quienes hemos pasado algunos años en aulas universitarias, esta estructura no nos es ajena. Lo que salva este trabajo de ser otro *paper* aburrido es, a mi parecer, su vocación estilística: el autor reconoce que escribir, a pesar de hacerlo desde un horizonte académico,

significa ejercitar un estilo. No en vano fue, durante muchos años, uno de los críticos más avezados en *Letras Libres* por su sagacidad y su capacidad para polemizar cuando esto último aún no implicaba la posibilidad de ser cancelado —lejanos tiempos lejanos—. Una diferencia notable: si allá en la revista el espacio era acotado, aquí, por fin, tiene la oportunidad de indagar con mayor cuidado en el texto y en el contexto de cada obra.

A Lemus le interesa exponer la novela no sólo como un artificio retórico (disposición verbal afortunada o desafortunada), sino como un laboratorio ideológico. Presumiblemente, las obras que salen peor paradas son aquellas que no se ajustan a su posición ideológica, defendida a capa y espada en su libro anterior, *Breve historia de nuestro neoliberalismo* (2021), en el cual Octavio Paz se alza como un villano

de la mafia cultural y Carlos Monsiváis y el EZLN como una suerte de redentores —con fallas, sí, pero redentores al final de cuentas—. En *Atlas de (otro) México*, no teme, por ejemplo, afirmar que Jorge Ibargüengoitia no es ni más ni menos que un comediante de derecha y Plan de Abajo, una mordaz alegoría de la provincia saturada de prejuicios raciales y de género. El mayor error de Ibargüengoitia, nos advierte Lemus, es que nunca pudo desprenderse de sí mismo y cada uno de sus textos funciona como una mera constatación de sus fobias y de un rancio conservadurismo. Pero algo más grave observa en Eduardo Urzaiz y su *Villautopía*: tras la ciencia ficción y los embarazos masculinos, late —si bien no de forma demasiado oculta— el deseo eugénico por eliminar a la población maya de la península de Yucatán.



Willem Janszoon Blaeu, *Americae Nova Tabula*, ca. 1635. New York Public Library ©.

A pesar de no coincidir con sus interpretaciones sobre Ibarguengoitia, que delatan más su pretendida higiene moral que las taras del guanajuatense, leer como Lemus es envidiable (atentos a la historia del sinarquismo vislumbrada en Galeras, atentos al entusiasmo con que defiende la prosa de Jesús Gardea), pues lleva a cabo con rigor la sugerencia de Walter Benjamin de entender los documentos de cultura como documentos de barbarie. No en vano el *Atlas* termina con *2666* y *Temporada de huracanes*, dos novelas que exponen, como pocas, las marcas rapaces de la violencia neoliberal en los cuerpos salvajemente ultrajados de la Bruja y de las mujeres asesinadas en ese vertedero llamado Santa Teresa. “Aquí

la nación ha estado siempre rota”, arguye Lemus. “Aquí el Estado ha estado siempre ausente. Aquí los hombres y las mujeres son cosas, o son carne, o son cadáveres, pero no son, y no han sido nunca, ciudadanos.”

Así como los territorios estudiados por Lemus ostentan la paradoja de ser y no ser reales, los visitados por Guzmán Rubio también la evidencian. En el prólogo, después de recordar al imprescindible Tomás Moro, su protagonista Hitlodeo y la isla Utopía, el autor describe su viaje como un caso particular:

los lugares que visito pueden encontrarse en el mapa sin mayores problemas y a todos ellos se puede



Herman Moll, *Un nuevo y exacto mapa de la costa, países e islas dentro de los límites de la Compañía del Mar del Sur*, ca. 1711. New York Public Library ©.

llegar sin dificultades. Sin embargo, yo también viajo a un lugar imaginario: a los mundos que fueron y no fueron, que existieron y no existieron, que desaparecieron y siguen estando allí, y que de una manera extrañada y silenciosa seguimos habitando.

Sin ser exhaustiva, la odisea de Guzmán Rubio muestra lo que ya muchos sabemos: todo sueño tiene la potencia de convertirse en pesadilla. Uno de los epígrafes, el cual se encuentra también en uno de los capítulos de Lemus, se lo debemos al Roberto Bolaño del infrarrealismo: “Soñábamos con utopías y despertamos gritando”. Si no todos, algunos de los espacios que visita Guzmán Rubio se ajustan a esta condición ominosa. Es el caso, por ejemplo, de Nueva Germania, la fantasía racista fundada por la hermana de Nietzsche, Elisabeth, y su esposo Bernhard Förster a finales del XIX en una población perdida en Paraguay. Como toda utopía, ésta dura poco; al visitarla, el cronista se percata de que es apenas un ensayo mal avenido de lo que posteriormente será el nazismo; su importancia radica en haber esbozado “una clase de sociedad cuyo proyecto desembocaría en uno de los mayores crímenes que haya cometido la humanidad”.

Si bien la Nueva Germania es uno de los lugares más emblemáticos de su recorrido, los otros también destacan por mostrar las contradicciones que le debemos a la palabra *utopía* desde que ésta fue acuñada en el siglo XVI. Así, entre algunas localidades por las que pasamos, atravesamos Fordlandia, imaginada por Henry Ford en un paraje perdido del Amazonas; accedemos a la Colonia Cecilia, en Brasil, sólo para cerciorarnos de que el amor libre pregonado por sus colonos no siempre funciona y recorreremos la arquitectura de Santa Fe con el propósito de entender el modelo neoliberal de la ciudad que se encierra en sí misma y se clausura de la ciudad vecina.

Además de evaluar los proyectos utópicos, cada tantas páginas, con una dosis permanente de dudas (“¿Qué escribo? ¿Una condena o una reivindicación de las utopías?”), cada tantas páginas, Guzmán Rubio se ve en la necesidad de definir el género que practica, de cuestionar la mirada con la que observa y

de desmontar la soberbia con la cual saca conclusiones de su experiencia. Didactismo exacerbado: en ocasiones, instiga a los lectores a que extraigan resoluciones específicas. Como un buen maestro, Guzmán Rubio se nos anticipa y explica: aquí el yo observa y viaja, allá el yo pondera y acá hace un examen de conciencia. Entiende la crónica como “una charla que se tiene con otros pero también con uno mismo [...]: digestiva, amena, oscilante entre temas trascendentes y superficialidades escandalosas”. Sin embargo, la conversación a la que aspira el escritor se siente, muchas veces, en exceso ordenada, parapetada por una bibliografía onerosa —a pesar de que no presenta la larga lista de fuentes, se percibe una densidad similar a la de un trabajo de doctorado y no tanto a la de una crónica periodística.

Ponderable, por otra parte, es el hecho de que se trate de un libro de viajes. Para el autor es necesario volver a ese subgénero de la crónica que, en México, se ha visto orillado *casi* a la desaparición; subordinada como está, desde hace varios años, a consignar la realidad política y la imparable violencia narca, la crónica en nuestro país ha perdido su interés por los desplazamientos no forzados. Ahí, creo, se encuentra la mayor contribución de *Sí hay tal lugar*: renovar el ejercicio de este tipo de escritura.

Frente a los viajes instantáneos hechos por tantos *youtubers* a lo largo y ancho de nuestra aldea global, en los cuales no importa tanto el espacio, sino que *ellos* se encuentran en tal lugar, las crónicas de Guzmán Rubio y los ensayos de Lemus ven en los viajes una oportunidad para desafiar certezas y compartir ambigüedades. En ambos se percibe la intuición de que todo peregrinaje, cuando es exitoso, enriquece nuestra mirada y altera nuestra perspectiva del mundo habitado. Y al llegar a las últimas páginas de los libros aquí reseñados, esto, afortunadamente, se ha cumplido. ¶¶

“Enseñarse a uno mismo a escribir, enseñar mejor a escribir”

LUIS FELIPE PÉREZ SÁNCHEZ



Vivian Gornick,
La situación y la historia. El arte de la narrativa personal, Sexto Piso, UAM, Ciudad de México, 2024.

The Situation and the Story. The Art of Personal Narrative de Vivian Gornick apareció, originalmente, en 2001 y es fruto de las reflexiones de la autora en torno a su trabajo como cate-drática: hasta ese momento llevaba quince años impartiendo clases en distintas universidades y maestrías en escritura creativa. En estas páginas ensaya, en particular, sobre las narrativas personales: sus estructuras, sus temas, sus irrupciones en el panorama literario; incluye sus cavilaciones sobre ensayos autobiográficos, como los de Natalia Ginzburg o Joan Didion, y acercamientos a las memorias, como las de Marguerite Duras en *El amante* (1984) o *Al oeste con la noche* (1942), de Beryl Markham. A partir de esas lecturas, hace un ejercicio expositivo en el que explica, pondera y valora cómo la escritura del yo ha encontrado las formas y los modos para decir la soledad, el dolor o el fracaso. Asume que la autobiografía es un género literario que emerge y se desarrolla gracias a la conciencia creadora eminentemente moderna. Al respecto, Gabriel Zaid propone la noción de *posgénero* porque se le ha llegado a considerar el principio del fin de los géneros conocidos.¹ Confesión, epístola y ensayo son parte de este modelo en constante movimiento; lo son también las prácticas vanguardistas, en particular, las aprendidas del su-

rrrealismo, como la fragmentación y la mutilación. En torno a este análisis, Gornick explica el surgimiento, en términos literarios e históricos, de obras que transgreden las convenciones literarias de los géneros conocidos y los combinan, como si la literatura del yo buscara ante todo una libertad que hace tan camaleónico el cauce de presentación que escapa a etiquetas y poéticas.

La autora tiene suficientes credenciales para dar lecciones sobre este tipo de escritos, pues la mayoría de sus títulos se ubican en esta vena creativa, como el celebrado *Apegos feroces* (2017), un texto a medio camino entre el ensayo y la *mémoire* en el que vemos a Gornick pasear con su madre por las calles de Nueva York mientras discurre sobre su relación con la mujer, a quien muchas veces entiende como una antagonista. No en vano Brenda Lozano lo denomina “un libro bomba”.

También se encuentran traducidos al español *La mujer singular y la ciudad* (2018) y *Mirarse de frente* (2019). Comparten con *Apegos feroces* un modelo que le ha dado prestigio a Gornick: la escritura personal, ésa que pretende, según sus propias palabras en *La situación y la historia*, “mantener al yo narrador subordinado a la idea que lo ocupa; que utiliza el yo sólo para arrojar luz sobre el argumento, para desarrollar análisis, hacer avanzar la historia”. Como dice Rosa Beltrán, si bien los lectores no intuimos de entrada a dónde lleva su ejercicio ensayístico: “sólo sabemos que queremos seguir caminando al lado de ella... y que el libro no termine”.

Este nuevo libro guarda relación con *Cuentas pendientes* (2021) y con *El fin de la novela de amor* (2023). En estos tres textos la ensayista reflexiona en torno al proceso de escribir. Puede decirse que crea en ellos un legado crítico y teórico con el que podría enseñarse literatura. Al revisar su propio mapa literario, pondera e inquiere por el sentido de las obras en sus términos: “buscando el contexto interno que lleve a un texto más allá de sus circunstancias inmediatas; que sitúa el pensamiento y el sentir del autor; que impone la forma y revela el propósito interno”.

Si en el ensayo personal (*La mujer singular y la ciudad*, *Apegos feroces*, *Mirarse de frente*) Gornick acomete un tema, lo explora y ex-

¹ Gabriel Zaid, “Del microtexto al yo”, *Letras Libres*, marzo de 2004. Disponible en: <https://acortar.link/TiVqNt>

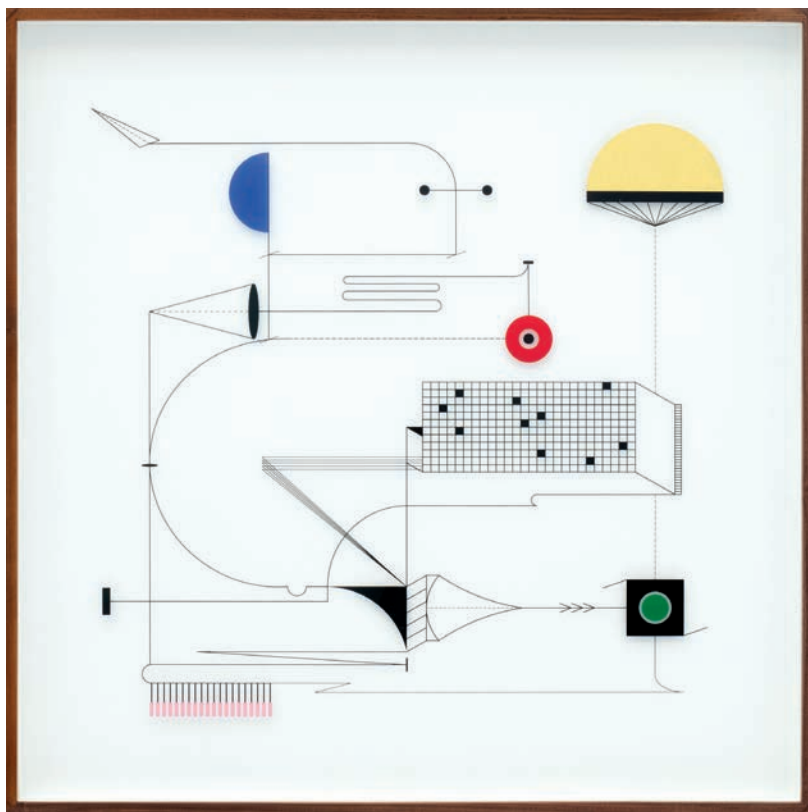
trae sentido de conversaciones y paseos con artificios propios de la escaramuza a lo Montaigne (es el yo escribiéndose), en los libros de lecciones literarias distinguimos a la autora en el estrado de la mentora. No creo que sea un atrevimiento sostener que enseña al mismo tiempo que deleita: uno tiene la impresión de estar ante una *maître à penser*.

Por ejemplo, en *Cuentas pendientes* se vale de dos convenciones literarias: la relectura y el paso del tiempo. Con actitud revisionista y duda sistemática repasa algunas lecturas hechas a lo largo de su formación, lo que podemos entender como un tributo a sus primeros pasos en una biblioteca pública de Nueva York. El conjunto de opúsculos podría incluirse en la materia de crítica literaria, pues enseña a leer mientras reinterpreta las obras de cara a la experiencia vital; al final concreta sus reflexiones a manera de “crítica personal”, noción acuñada por Gornick.

De nueva cuenta, atravesada por la conciencia del paso del tiempo, la autora de *El fin de la novela de amor* “plantea un argumento

que se integró tan rápidamente en el pensamiento literario general que ahora parece obvio: tras los cambios sociales de los años sesenta y setenta, el tema del amor y el matrimonio había perdido gran parte de su potencial dramático para los novelistas”, dice Elaine Blair en *The Paris Review*. Al reflexionar sobre él sin concesiones, la escritora judía se convierte, desde el presente de su lúcida escritura, en una arqueóloga del canon literario.

La situación y la historia es, por su parte, una lección de lectura que procura descubrir cómo y por qué se escribe narrativa del yo. La neoyorkina deja el paseo ensayístico para dictar cátedra desde el lugar que la sabiduría de la experiencia le concede. Suma bibliografía a los cursos de historia de la literatura, de crítica literaria y, con su análisis de procesos creativos, también hace teoría. El libro comienza con un primer apartado en el que, como en otras de sus obras, recoge el motivo central del trabajo. Así, define y explica cómo se moldea ese yo literario:



Iván Krassoievitch, *Love, Radmila Lazič*, 2025. Fotografía de Ramiro Chaves. Cortesía del artista y de Proyectos Monclova.



Iván Krassoievitch, *A Cloud has Collapsed on the Pavement* y *In the Distance, Dusk Cuts the Tongue of the Sun* (Nocturnos para Chika Sagawa), 2024. Fotografías de Ramiro Chaves. Cortesía del artista y de Proyectos Monclova.

Los textos a los que llamamos de narrativa personal están escritos por personas que, en esencia, están imaginándose sólo a sí mismas: en relación con el tema que las ocupa. La conexión es de carácter íntimo; de hecho, es crítica. De la materia prima del propio yo indisimulado de un escritor, se moldea un narrador cuya existencia sobre la página es fundamental para el relato que se nos cuenta. Este narrador se convierte en personaje. Su tono de voz, el ángulo de su visión, el ritmo de sus frases, lo que escoge observar o ignorar, se elige con la idea de servir al tema [...]. La creación de un personaje así es vital para un ensayo autobiográfico o en unas memorias. Es el instrumento que ilumina. Sin él no hay ni tema ni historia.

Recalca que la escritura autobiográfica es un procedimiento retórico en el que importan la estructura, el orden y las texturas, la acrecencia dramática. Cuando están bien ejecutados, aquellos textos alcanzan tal resonancia que uno aún habita, tras leer la última página,

los libros que le han llegado al corazón. Gornick practica el arte que defiende y ofrece el panorama de un yo literario que se ha transformado y reinventado a lo largo del siglo xx. Esa cartografía es su objeto de estudio: una nómina de autoras y autores conforman el corpus que revisa en dos apartados.

En el primero, “Ensayo autobiográfico”, interpela a una tríada conformada por *El placer de odiar* (1826) de William Hazlitt, “La muerte de la polilla” (1942) de Virginia Woolf y *Apuntes de un hijo nativo* (1955) de James Baldwin. Avanzan así las páginas de su primera parte: selecciona grupos de obras para hacer una crítica textual y señala cómo los procedimientos de cada autor o autora corroboran la idea de que la literatura del yo es en sí misma un género literario. Obras de Joan Didion, Harry Crews y Edward Hoagland ensanchan la lista en la que centra su atención y de las cuales advierte posibles formas de lectura. En este caso, exige fijarse en que estos escritores son observadores brillantes y fríos, actitud que se constata en los textos elegidos. Cuando pone en la mesa de análisis a Seymour Krim, Phillip Lopate y Jean Améry, la reflexión apunta hacia la versatilidad para presentar a un yo fragmen-

tado como alegoría del fracaso. Lo que concluye es que la narrativa personal también ha puesto su interés en el drama contemporáneo en el que hombres y mujeres merodean el sinsentido de la vida, pero, en estos casos, con recursos estilísticos que renuevan las formas idiomáticas utilizadas en la literatura.

Hay un segundo apartado: “Las memorias”. En éste tiende un puente que inicia con “Apuntes de un hijo nativo” de James Baldwin; luego dedica las siguientes páginas a proponer obras que establecen el tenso ejercicio de escribir a la sombra de los padres, como ella misma hizo en *Apegos feroces*. Además del libro de ensayos de Baldwin, *Padre e hijo* (1907) de Edmund Gosse, *Hija de la Tierra* (1929) de Agnes Smedley y *El duque del engaño* (1979) de Geoffrey Wolff son los títulos de los que se vale para meditar sobre la irrupción, en el siglo XX, de las memorias literarias. Subraya que, a diferencia de otras décadas —en las que lo natural era acudir a la novela como el medio para contar una historia—, ahora un relato sacado de la vida real es lo más socorrido. El factor que puede explicar este apremio por contar historias íntimas es la necesidad de realismo, y los recuerdos ofrecen ayuda a la urgencia de dejar testimonio.

El descubrimiento de la vida interior y de la soledad que sugiere esa vida reactiva, incómoda y angustiosa, es el último de los temas que describe Gornick. Repasa cómo se ha enunciado en *De Profundis* (1905) de Oscar Wilde, *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821) de Thomas de Quincey y *Los anillos de Saturno* (1995) de W. G. Sebald.

El segmento que cierra *La situación y la historia* es una “conclusión” que reúne ideas tanto conceptuales como explicativas de la naturaleza del libro y su construcción diacrónica:

he aprendido que es imposible enseñar a escribir —que el don de la expresividad dramática, de un sentido natural de la estructura, de lograr que el lenguaje cale bajo la superficie descriptiva, todo lo que es innato, no puede enseñarse—, pero sí es posible enseñar a leer, a formarse un juicio sobre un escrito: tanto sobre los propios como sobre los ajenos. Pueden

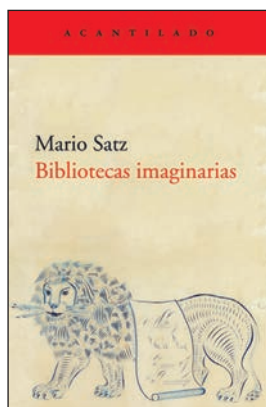
enseñar a unir piezas de la vivencia sepultada bajo un amasijo material y comprobar si se está plasmando en la página; a buscar el vínculo entre un hilo narrativo y la sabiduría que tira de él; a preguntar quién está hablando, qué se está diciendo y cuál es la relación entre ambas cosas.

La impresión que permanece ante el ensayo, cuya materia prima es la experiencia personal, es que a partir de cierto momento la escritora se asume como una maestra de literatura que ejerce como le exige su propio ideal. La cátedra escrita sostiene, con su pasión y profundidad intelectual, la curiosidad del lector mientras le explica detalles de un oficio aprendido en primera persona, en el que el empeño, por paradójico que parezca, ha consistido en extraer su propio yo, aburrido o agitado, de un texto para que los libros encuentren su sitio en el mundo y en la historia literaria.

En algún momento, Gornick, en su rol de profesora, apunta esta declaración de principios que da pie al título: “Toda obra literaria tiene tanto una situación como una historia. La situación es el contexto o las circunstancias, en ocasiones la trama; la historia es la experiencia emocional que interesa a quien escribe: el discernimiento, la sabiduría, la cosa que uno ha venido a decir”. ¶¶

Una biblioteca a la vez

JACOBO ZANELLA



Mario Satz, *Bibliotecas imaginarias*, Acantilado, Barcelona, 2021.

Una de las discusiones que aparecen en el libro *Conversaciones con Mario Levrero* (2008) tiene que ver con la práctica de la crítica literaria en medios. Levrero argumenta su rechazo a la manera en que la prensa, al menos en su contexto (Montevideo, inicios de siglo), puede llegar a ser un problema, una actividad “improductiva”. Hace referencia a un “alma” del texto, cómo ésta debería conectarse directamente con el alma del lector, sin intermediarios, y cómo muchos críticos llegan a impedir esa conexión en lugar de favorecerla. Acerca del posible efecto de la crítica sobre el trabajo del propio escritor, dice: “Los grandes aportes [me] llegan casi exclusivamente de los amigos”. Y termina por exponer una propuesta formal como solución a este asunto: “Una crítica bibliográfica debería informar escuetamente que salió tal libro, que tiene tantas páginas, que cuesta tanto y, en todo caso, que el autor escribió además tal cosa y tal otra. Si se quiere, transcribir un fragmento del comienzo (que es muy útil para calibrar mentalmente el conjunto)”. Es a partir de esta sugerencia o insinuación que me he tomado la libertad de apropiarme de la forma propuesta y de complementarla con otras variables inspiradas por la lectura del mismo libro de Levrero.

Acantilado (Barcelona, 1999) publica en 2021 el ensayo *Bibliotecas imaginarias* de Mario Satz (Coronel Pringles, 1944), quien, al momento de la publicación, tenía 77 años. El libro forma

parte de su colección Cuadernos del Acantilado (107). Características: tapa blanda con solapas, 11.5 x 18 centímetros, 216 pp., € 14.

EPÍGRAFE: Si tienes una biblioteca con jardín, lo tienes todo. —Cicerón.

PRIMER PÁRRAFO DEL LIBRO: La mañana en que Paul-Émile Botta descubrió en la ciudad de Nínive los restos de la gran biblioteca de Asurbanipal llovía mansamente. Bajo el polvo y la arena yacían enterradas, pero aún legibles, algunas de las tablillas que narraban las guerras entre los dioses y los hombres. Poca cosa para el sitio que había contenido miles de documentos de arcilla cocida. Las lenguas que contaban prodigios animales, evocaban el estilo de los pájaros de jaula y hablaban de la farmacopea nativa y la vida íntima de ciertos planetas eran el acadio y el sumerio. En la confección de esos soportes de terracota se invertía la cosmología, ya que primero participaba el agua en la mezcla y el amasado del barro, y luego el fuego tras el trabajo con las cañas de impresión. El fuego que fijaba la cocción de los que serían llamados signos cuneiformes era, según la disponibilidad, el simple calor del sol del mediodía o bien los hornos de pan. Que las tablillas escritas y el pan se juntasen y separasen a horas distintas recordó a Botta lo indivisible que era el alimento material del espiritual. Sin embargo, mientras que casi todos los hombres de la época tenían acceso al pan, magro o dorado y ancho, quienes sabían leer eran unos pocos, y escribir aún menos.

ÍNDICE: El canal de las estrellas; La Casa de la Vida; El vendedor de esponjas; El impresor de Venecia; El monasterio frente al mar; Qumrán; El hacedor de papel; El incendio del templo del saber; El hongo violeta; El oculista de Córdoba; El encuadernador de Amberes; La lectora del Shogun; La avenida de las bestias; El diccionario de las flores; El cántaro enterrado; La minúscula biblioteca de Quevedo; La cueva de los códices; Cuando Ibn Arabi bajó al fondo del mar; El doble escriba sentado; La cabaña del amigo de las musas; Los libros de un beduino; Pitágoras en Lilybaeum; Las huellas del tigre; El libro favorito de Sei Shōnagon; Desenterrando parábolas; El calígrafo de rosas; La salvación por la lectura; Leer y traducir; Especialista en nidos; Madinat al-Zahra; Estaciones y libros; Pintor de pájaros;

El Jardín del Brillo Perfecto; La tristeza de Ovidio; Ladrona de belleza; Paredes de corcho; Cagliostro en Praga; Una cita de amor en el campo de muerte; Jenofonte y la retirada de los diez mil; El año de la peste; El Fondo Kati; Un constante trasiego de libros.

SUBRAYADO: En el interior del amable sitio de reposo y sabiduría que los reunía se alzaba una frágil biblioteca de bambú en la que solo dormía un libro por vez. Lo escogían al azar, de otras bibliotecas. A veces era *El libro de las libélulas rojas*, a veces *El catálogo de los cielos* o bien *Los sueños del señor tigre*. Pasaba de mano en mano y cada uno leía en voz alta un fragmento que luego comentaban entre todos. En primavera los trinos de las oropéndolas y ruiseñores hacían caer alguna que otra flor de los perales. En otoño leían poesía y bebían té verde, en invierno licor de arroz y zumo de grosellas negras. Cuando nadie la visitaba, la biblioteca estaba por lo general vacía, pues como discípulos del Tao no le temían a la nada ni a su silencio. En ocasiones el libro escogido dormía una o dos noches allí, protegido por un estuche de seda. (Del capítulo “El hacedor de papel”, p. 36.)

PRIMERAS LÍNEAS DE LA CONTRAPORTADA: Desde que existen los libros y las bibliotecas, las voces e ideas del pasado se han conservado como auténticos tesoros del saber y del placer. Que algo invisible como la lengua, a través de la escritura, perviva en silencio hasta que una mano lo despierta para alegría de los ojos y felicidad del corazón es una trampa que lo perdurable le tiende al tiempo.

DE UNA RESEÑA DE MIGUEL CANO: [El autor] rastrea y resucita en cada uno de los 42 breves pero intensos capítulos de este libro episodios de todas las épocas protagonizados por grandes gobernantes y sabios o por humildes lectores anónimos, pero en los que siempre hay un volumen concreto y único o toda una biblioteca en el centro del relato.

EL LIBRO PODRÍA DIALOGAR CON: *Biblioteca mínima*, 2019, y *Biblioteca portátil* de Alejandro Arteaga, 2024; *Libraries in the Ancient World* de Lionel Casson, 2001; *The Bibliomania or Book Madness* de Thomas Frognall Dibdin, 1809; *El viajero, la torre y la larva. El lector como metáfora* de Alberto Manguel, 2014; *La biblioteca ideal* de Matías Serra Bradford,

2009; *Historia de los libros perdidos* de Giorgio van Straten, 2016.

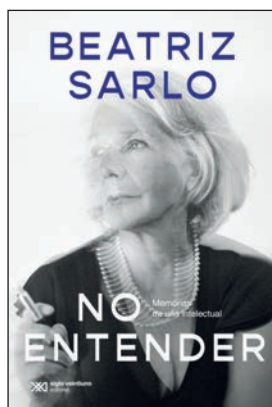
LIBROS DEL MISMO AUTOR PUBLICADOS JUSTO ANTES DE ÉSTE: *Lavandula* (novela, Eirene, Madrid, 2019, 172 pp.): [El libro] nos pasea por una geografía que fue tan apreciada por los romanos como hoy por visitantes de todo el mundo interesados en el cultivo de una planta cuyo prestigio crece a la par que se afianza el genio de sus cultivadores. *El alfabeto alado* (ensayo, Acantilado, Barcelona, 2019, 216 pp.): Entre el alma humana y las mariposas existe un estrecho parentesco: lo que en una es oscilación y ascenso en las otras es aleteo y color [...]. Breves e intensos, los relatos que reúne este bellissimo libro dan cuenta de las aventuras y desventuras de esas joyas aladas que han dado lugar a tantos mitos, leyendas y fábulas dignos de ser recordados. (Descripciones de los editores.)

PROLIFICIDAD: en el sitio web del autor aparecen 68 títulos, entre ensayos, poemarios y novelas, publicados de 1970 a 2024.

COLECCIÓN: el libro está publicado en la colección Cuadernos del Acantilado (“Obras breves de ficción y ensayo de grandes autores”), entre estos otros: *La mañana de un terrateniente* de Lev Tolstói (106) y *El universo de Dostoievski* de Tamara Djermanovic (108). 

“Ningún sentimentalismo *cheap*”

RAFAEL TORIZ



Beatriz Sarlo,
No entender, Siglo XXI
Editores, Buenos Aires,
2025.

Yo no era desobediente, era opositora espontánea.

Beatriz Sarlo

Acaso la última de las infamias emparentadas al ejercicio del pensamiento crítico es que resulte *necesario* que el autor *de veras muera* para poder ofrecer un panorama acabado de su legado, lo que implica, desde luego, renovadas molestias y acres discusiones. Sin embargo, el hecho de que un escritor deje un libro póstumo —y sobre todo, uno de memorias— vuelve la tarea menos ingrata y marca un sendero para seguir ensanchando, por todos los medios posibles, los pauperizados horizontes de la crítica. Con su último libro, Beatriz Sarlo (Buenos Aires, 1942-2024), una de las mayores ensayistas hispanohablantes, nos recuerda lo esencial y determinante que es cumplir con los deberes.

A pesar de pertenecer a un género literario que aún se encuentra, en nuestra lengua, lejos de alcanzar momentos de esplendor, *No entender* es una obra sólida y sugestiva, un ajuste de cuentas de la autora consigo misma, sobre todo, desde una perspectiva sociocrítica como la que practicó con excelencia durante tantas décadas en la prensa escrita —vale la pena destacar no sólo lo que significó para varias generaciones la revista argentina *Punto de Vista* (1978-2008), sino también la presencia permanente de Sarlo en periódicos y suplementos y, desde luego, sus libros formidables—. Un punto esencial para entender la dimensión de Sarlo como creadora de obras

de pensamiento es su paso, preponderante desde sus inicios, por el Centro Editor de América Latina, fundado por Boris Spivacow en 1966, durante la dictadura de Juan Carlos Onganía. La editorial se caracterizó por su enfoque social y concentró sus fuerzas en la difusión masiva de la cultura mediante ediciones de bajo costo y una vastísima amplitud temática; durante sus casi tres décadas, editó más de cinco mil libros. En ese lugar, Sarlo dirigió, junto con Carlos Altamirano, la colección Biblioteca Total, compuesta por cuentos, novelas, autobiografías y obras de ciencias sociales. Sus libros fueron célebres por su portada negra y porque en sus páginas se publicaron por primera vez en español trabajos señeros de sociología de la cultura, como los de Lucien Goldmann, Robert Escarpit, Arnold Hauser y Georg Lukács, entre otros.¹

Si bien son sus memorias y vivencias las que guían *No entender*, Sarlo no pierde nunca de vista su mirada crítica e inicia esta obra con un insobornable *parti pris*:

No es un libro de recuerdos. Es un libro de recuerdos. Entre estas dos proposiciones se moverá el texto. Son *mis recuerdos de otros*, procesados por lo que hoy creo saber. La experiencia del pasado siempre es experiencia de otro. Ninguna idea de intangibilidad de la memoria. Ningún sentimentalismo *cheap*. Atención al peligro de las efusiones subjetivas y la nostalgia nebulosa. Todo es duro y nítido.

No entender es una ventana íntima a una inteligencia bien amueblada, pues Sarlo hizo del conocido mantra de Lezama Lima una profesión de vida: “sólo lo difícil es estimulante”; todo lo que se resiste a ser comprendido entraña por principio un desafío. Al hacer un recuento de su historia como lectora, recuerda que “no era curiosa sino hambrienta”, pues no se preocupaba, entre otras cosas, por saber con detalle dónde se encontraba el río en el que navegaba Huckleberry Finn o los porme-

¹ Carlos Altamirano, “Cómo empezó todo: la Biblioteca Total del Centro Editor de América Latina”, *Eterna Cadencia*, 25 de febrero de 2025.

nores de la escuela dominical a la que asistía Tom Sawyer, sino que prefería “no detener el avance de la ficción”.

Esa voracidad ecuménica, sustentada en un firme aparato teórico que utiliza con músculo literario las mejores herramientas de Barthes y de Bourdieu, permite aquilatar el tamaño de la figura prácticamente extinta del intelectual como personaje público, un oficio que Sarlo encarnó al salir de la academia. Sobre todo cuando, en la calle, se trenzaba con los conflictos sociales, como ella misma expresa al transmitir su gusto por las manifestaciones y el diálogo con desconocidos. En su opinión: “todo se juega en el presente de la consigna política o del volante y nada en el pasado compartido de quienes ya se conocen”.

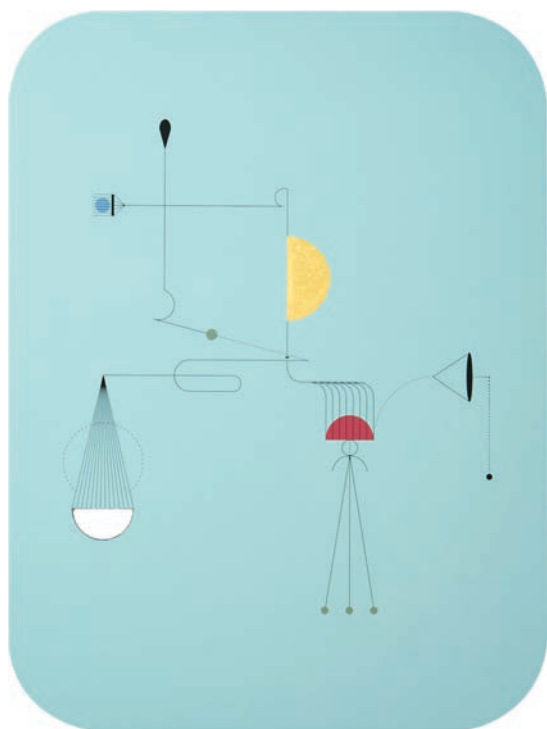
Por otro lado, entender la literatura como un sistema de citas que asume la necesidad de la escritura como un lugar de pensamiento nutrido por las herramientas de las ciencias sociales fue definitivo para su perspectiva crítica y para la conformación de todas sus obras. Los libros de Sarlo emplazan a sus lectores a partir de la complejidad social del lenguaje,

por ello sus lecturas se encuentran permanentemente atravesadas por conflictos irresueltos que permiten articular nuevas preguntas. Además, acorde con la fecunda tradición argentina, sus análisis fueron de veras transversales, ya que tocaron temas, autores y enfoques tanto canónicos como contemporáneos: de ahí su vigencia entre las nuevas generaciones, así como su irrefutable estatura intelectual.

Con un tono confesional y metódico, Sarlo plantó la brújula de una época, pues en su vida encarnó un cambio de mentalidad. A pesar de los reproches que le hicieron algunos hombres, ella nunca quiso casarse ni tener hijos; al contrario, uno de sus objetivos fue volverse completamente autónoma y alejarse de la institución familiar. Cuando reflexiona sobre su feminismo, opta por definirlo como “instintivo, poco refinado, ignorante [y] brutalista”.

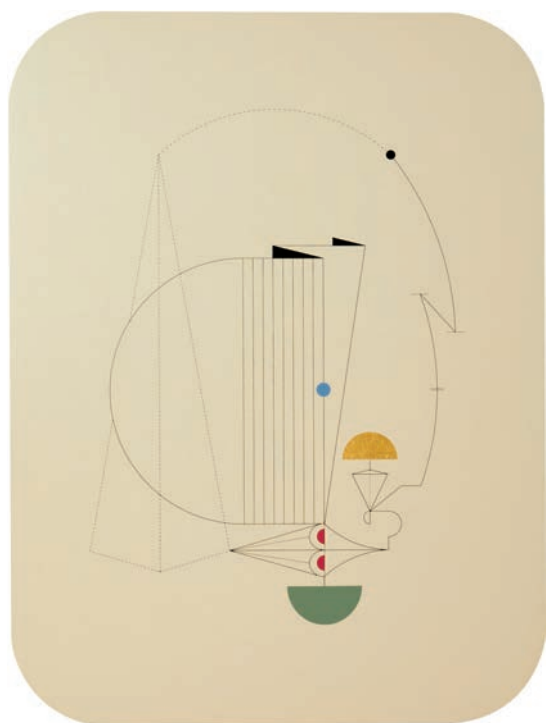
No entender se encuentra dividido en cinco capítulos (más una introducción): “Infancia”, “Mi padre: ‘mirar para arriba y para adelante’”, “No entender”, “Lo que rodeó mis libros” y “Tableros, postales y músicas”. Además, cuenta con fotos de su archivo personal, por lo que sus páginas recuerdan el tono de *Roland Barthes por Roland Barthes* (1975), modelo que ella seguramente tuvo en mente al plantearse su autorretrato. Este elemento hace del libro un objeto entrañable, puesto que, mirando las fotos de una pequeña e improbable Sarlo niña, sus gestos diminutos —cejijunta, mueca seria y expresión adusta, con su eterno puchero que parece su opinión general en contra de la realidad del mundo— proyectan la imagen de una intelectual con todas sus letras (salvo por una foto divina, donde Beatriz tiene unos cuatro añitos y está vestida como niña hawaiana o chiquilla rumbera). Sarlo es dura, demasiado dura con su concepto de la infancia (*infans*, en latín, significa “el que no habla”); la suya, más que sufrida, pareciera haber sido un estado larvario indeseable rumbo a la edad del discurso, por lo que concibe esa estadía del ser humano casi como una pérdida de tiempo:

Vivía en la luna, ese helado satélite que es la infancia, donde no se entiende nada ni nada se conoce y los esfuerzos son inútiles porque, cuando por fin se llega a



Iván Krassoievitch, *Oda al Burgués* (Mario de Andrade), 2023. Fotografía de Fabián Álvarez. Cortesía del artista y de Proyectos Monclova.

entender, ya es demasiado tarde. Nunca es tiempo de aprendizaje, o, mejor dicho, el aprendizaje es siempre tardío, fuera de lugar, porque el lapso entre aprendizaje y realidad siempre resulta demasiado grande. No hay sabiduría infantil, salvo que se profese el culto a la inocencia, de la que es posible desconfiar siempre. Cuando la niña que yo era creyó que había entendido algo, las cosas ya habían cambiado. Eso que aprendió no le sirvió retrospectivamente para reordenar sus recuerdos. Antes bien, los invalidó para siempre.



Iván Krassoievitch, *Escala* (Oswald de Andrade), 2023. Fotografía de Fabián Álvarez. Cortesía del artista y de Proyectos Monclova.

Este párrafo recuerda aquella frase de Monsiváis que sostiene: “ya que no tuve infancia, por lo menos déjenme tener currículum”.

Definida por el horizonte de la clase social —pero, en esencia, por una concatenación de accidentes más o menos descifrables—, no es nunca del todo claro cuáles son las condiciones, circunstancias y conflictos que determinan una vocación literaria; en especial cuando ésta encarna los vilipendiados bártulos de la crítica. Hasta hace relativamente poco, el

valor de la crítica cultural (incluso el del ejercicio literario) estaba fuera de toda duda; sin embargo, la corrosión de la vida cultural, mediada por el abaratamiento de la opinión autorizada y su pérdida de jerarquía, en parte en razón del consumo acrítico en las redes sociales, ha generado un decaimiento de la crítica especializada. Empero, más vale ahorrarse las lágrimas: motivos sobran para ser salvajes.

En ese tenor, Sarlo demuestra tener perfectamente metabolizado a su Bourdieu: “porque los trasfondos sociológicos definen trayectos y los golpes de suerte sólo suceden dentro de duros límites culturales”. Ella asume, sin culpa, esta crítica frente al acoso de las fantasías familiares, que de una u otra manera instalan al individuo dentro del entramado social a partir de la distancia despectiva impuesta por las diferencias de clase: “Nada de esto, sin embargo, me salvaba de las torpezas sociales y los malentendidos que protagonicé por ser alumna de ese colegio que, para decirlo de una vez por todas, no se correspondía con el nivel económico ni social de mi familia, sino que obedecía a sus ilimitadas fantasías que incluían, en primer lugar, el bilingüismo”.

Libro autorreflexivo que podría glosarse a partir de cada una de sus páginas, sorprende de tanto en tanto con algunas confesiones inesperadas: “Mis objetos eróticos eran oposicionales. Y mi voluntad estaba siempre impulsada, no por la constancia, sino por la impaciencia. Mi padre, que era un alcohólico entregado a su fracaso, entendía esto mucho más cabalmente que los voluntaristas y los proactivos”. No obstante, sus escritos también asombran porque articulan un pensamiento inductivo que va de lo singular a lo general para volver magnificado. Por ejemplo, cuando discurre en torno a la modernidad:

Quizás en ese dibujo haya representado mi primera e intuitiva definición de cultura: un conjunto de incompatibilidades coexistentes, la modernidad. Esta palabra, sobre la que trabajé durante décadas, marcó también mi infancia: “No te hagas la moderna”. Y, en efecto, los “modernos” se hacen, porque las rupturas no son un simple impulso del instinto sino una meditación



Iván Krassoievitch, *Poética Secreta #2 (Agosto 5, 1964)*, 2024. Fotografía de Fabián Álvarez. Cortesía del artista y de Proyectos Monclova.

ciega o luminosa, cuyos manifiestos se escribieron hace ya más de un siglo y la llamada posmodernidad hasta hoy los utiliza con la excusa de devaluarlos.

Sarlo supo hacer del ensayo un conocimiento aplicado en diálogo permanente con la sociología, la literatura, la antropología, el arte, la teoría de la comunicación, los medios y la política. Como consecuencia, entendió el lugar desde el que se ejerce la escritura como un espacio de pensamiento crítico. Muere con ella una época en que la opinión autorizada servía como sostén para jerarquizar la realidad; en su caso, se trata de un ejercicio de honestidad que configura una estética y, principalmente, una ética de trabajo: “No entender fue mi experiencia primera y definitiva. Comencé no entendiendo y, casi enseguida, acepté que ése era el punto de pasaje a todo lo que valía la pena. Convencida de que entender era un trabajo, me acostumbré a que ese trabajo fuera un placer. Ni el camino del arte ni el del pensamiento son una línea recta”. Sarlo, para decirlo pronto y claro, nos recuerda que entre nosotros el ensayo ha sido la condición de la república. ¶¶

Las memorias de Roberto Calasso

GUADALUPE ALONSO CORATELLA



Roberto Calasso, *Memè Scianca*, Anagrama, Barcelona, 2023.

Para José Gordon

El primer impulso de escribir un libro lo tuvo a los doce años, cuando quiso preservar sus memorias. Aquel texto comenzaba con la frase: “Oía cómo llegaba el verano por el bulevar”. Pero tras ese intento, Roberto Calasso no sólo desistió de la escritura sobre sí mismo, sino que se volcó hacia aquello que le resultaba lejano: “Me parecía más urgente que cualquier otra cosa sobre mí, incluido yo mismo”. Nacido en Florencia, en 1941, el escritor produjo una obra ensayística sustantiva, con especial interés en las mitologías griega e hindú, así como en unos cuantos personajes que lo deslumbraron: Kafka, Baudelaire o Tiepolo. Sobre este último escribió *El rosa Tiepolo* (2008), el único de sus libros dedicado a un italiano pues “[a]quello que nos resulta más cercano necesita un camino tortuoso para [...] hacerse visible”. Quien encabezara durante cuatro décadas la editorial Adelphi fue un intelectual entregado al conocimiento en su faceta más profunda: la gnosis, una aproximación a la naturaleza humana vinculada con lo divino. Esto nos revela el nivel de su búsqueda: abrevó del mito, la historia, la filosofía, la religión y el pensamiento esotérico para reflexionar sobre temas que consideraba esenciales, más allá de cualquier incursión en lo autobiográfico. No obstante, al final de su vida, ya octogenario, se dejó seducir por aquel ímpetu de la adolescencia, resguardar sus memorias. Quizás no imaginó que la escritura de esos breves recuer-

dos de infancia, desatados por la curiosidad de sus hijos, Josephine y Tancredi, marcarían uno de sus últimos alientos literarios. De un atardecer en familia, bajo una pérgola que miraba al lago de Garda, quedó *Memè Scianca* como registro: sin duda, las páginas más íntimas de la vasta obra de este sabio.

Memè Scianca, un título singular que hace referencia al nombre que se inventó para sí cuando niño, es un volumen de apenas cien páginas, una pequeña joya de la colección Nuevos cuadernos Anagrama. En textos cortos, Calasso vuelca las historias de una niñez que coincidió con la Segunda Guerra Mundial y la llegada del fascismo a Italia. Se entrega al recuerdo sin ordenarlo, dejando que las imágenes fluyan, como quien bucea libre por un arrecife y mira los peces salir de aquí y de allá, porque “[l]a memoria está hecha de agujeros”, dice, “y nos llega no como un mapa, sino como fragmentos desordenados”. No obstante, “[h]ay que desconfiar de los recuerdos, sobre todo cuando son muy antiguos. A veces, sin embargo, por una casualidad afortunada, se encuentra una voz que los confirma”. El autor explora entre los papeles acumulados y rescata una carta de Melisenda, su madre: “Naciste en medio de la guerra, naciste solo”. Ella recrea esos primeros años, cuando la familia tuvo que *evacuarse* (así se decía) a un poblado vecino, mientras el padre, académico en la Universidad de Florencia, antifascista declarado, iba escondiéndose de una casa a otra. Al pequeño Roberto le enseñaron a protegerse bajo un nombre falso, Betto Facchini. “La guerra”, continúa la carta, “estaba cada vez más cerca y era feroz: dormías sobre un colchón en el suelo y una mañana un proyectil entró rompiendo los cristales y te rozó la cabeza”. Esta sería una anécdota recurrente en las sobremesas familiares que solían terminar con la frase: “otro poco y lo habría matado”.

Las historias de la guerra van y vienen a lo largo del libro, que incluso cuenta el momento glorioso en que el niño Roberto vio pasar por la avenida “los tanques americanos que disparaban ráfagas de chokolatinas y caramelos”, los cuales recogió en un estado de exaltación. Pero hay más que la guerra en estos relatos. Por ejemplo, Calasso narra cómo se sintió atraído por los libros aun antes de apren-

der a leer: caminaba con volúmenes gruesos bajo el brazo, en los que luego dibujaba figuras primitivas. Encontramos ahí ciertas claves de su pasión por el conocimiento, experiencias de la infancia que lo llevaron a la literatura y la filosofía, además de los primeros libros que lo marcaron. Aquí comparte su gusto por Proust y *En busca del tiempo perdido*: “Si existe una obra en la que he entrado sin encontrar el mínimo obstáculo fue la *Recherche*”. Recuerda también cómo descubrió el eros por medio del *Orlando furioso*, ilustrado por Gustave Doré, en una edición para niños que resultó “una fuente irresistible de conocimiento del cuerpo femenino”. La novela *Cumbres borrascosas* fue la primera historia de amor que lo cautivó; entonces supo qué era la pasión: una de esas revelaciones que ningún juego, ni el fútbol ni la guerra, le habrían concedido. “El libro de Emily Brontë abría el camino hacia una región ignota y fascinante de la que nadie hablaba y se podía descubrir sobre todo

en el cine. Descubrirla en un libro era, empero, algo distinto. Era más profundo”, relata Calasso.

Su fervor hacia Baudelaire también comenzó en los inicios de su juventud, cuando en la biblioteca del abuelo, una habitación de cuatro paredes revestidas de libros hasta el techo, encontró *Las flores del mal*. El poema “El hombre y el mar” fue el primero que se aprendió de memoria. En cuanto a su interés por la mitología griega, dice que lo detonaron las *Historias de la historia del mundo* de Laura Orvieto. El gusto por la filosofía también lo adquirió gracias al abuelo. Ernesto Codignola, quien era director de la editorial La Nuova Italia, lo inició en esa disciplina y en la pedagogía a través de una colección titulada “Pensamiento histórico”, que incluía los dos volúmenes de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel. Calasso la leería de principio a fin.

La voz de este abuelo se hizo presente mediante la escritura, confirmando los recuer-



Pierre Bonnard, *Joven mujer en su tocador*, 1916. Dallas Museum of Art.



Pierre-Auguste Renoir, *Rosas y peonias en florero*, 1876. Dallas Museum of Art.

dos difusos del autor. El 16 de mayo de 1946, Codignola apuntó en su diario: “Hace un tiempo Roberto en un día de invierno tormentoso y gris le dijo a María: ‘Abuela, ¿la muerte es en invierno?’” Y más adelante refiere: “La abuela hace decir la oración al pequeño Roberto antes de dormir. El niño, después, se persigna: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se mete debajo de la manta y parece dormir, pero de pronto saca la cabeza y afirma: al Espíritu Santo no lo conozco”.

Las reuniones familiares atraían a personajes de cierta importancia, como los Pasternak, con quienes Calasso siguió en contacto. Asimismo, este conocedor de Kafka recuerda en sus páginas el primer nombre alemán de mujer que escuchó: Frau Bloch, el cual quedó grabado en su memoria. Después se dio cuenta de que Grete Bloch tenía un papel importante en *Las cartas a Felice* de Kafka. Antes de su arresto y deportación a Auschwitz, donde fue asesinada, Grete le entregó una maleta a Ernst Heinitz, esposo de la madrina de Calasso, con las cartas de Kafka. A este hombre de toda su confianza le confesó que había engendrado a un hijo del escritor alemán nacido en 1914 y muerto en 1921, a los siete años. “Los kaffólo-

gos se han roto la cabeza buscando huellas de su existencia sin haberlas encontrado”, advierte Calasso.

Los recuerdos vertidos en *Memè Scianca* tienen registros diversos, desde los más lúdicos, por ejemplo, cuando cuenta cómo en la escuela jugaban a la piñata con los ojos vendados y un palo para romper los vasos de terracota colgados de una cuerda por encima de sus cabezas, hasta tonos más serios, que adopta cuando narra situaciones difíciles, entre otras, el asesinato de Giovanni Gentile, un personaje polémico, conocido como el “filósofo del fascismo”. En represalia, el gobierno pidió las cabezas de tres profesores antifascistas, uno de ellos, Francesco Calasso, su padre. Fue el cónsul alemán en Italia, Gerhard Wolf, quien logró su liberación tras veinte días de arresto.

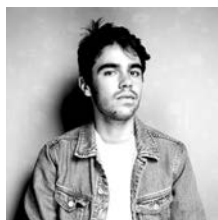
“A lo largo de los años”, escribe Calasso, “uno se vuelve, aunque no quiera, el escriba de uno mismo. Faltan los testigos, todo fragmento que aflora podría aflorar por última vez, antes de ser abandonado a una inexistencia completa [...]. Pero predomina el impulso de aferrar el borde de una tela que alguna vez envolvió un cuerpo”. Este compendio de recuerdos es una isla de la memoria, cuya publicación está fechada el 29 de julio de 2021, un día después de la muerte del autor, y es el testimonio único de sus años en Florencia, fundamentales en su formación. Para 1954, cuando apenas cumplía trece años, dejó la ciudad natal para establecerse en Roma. *Memè Scianca* es un tributo a la vida, a la infancia, a la iniciación intelectual y erótica, a las tribulaciones de un niño que nació en medio del conflicto armado, en una Florencia que años después evocaría con el tufo a detritus que dejó la guerra, “ese polvillo, ese olor envuelven todavía todos los recuerdos”. ¶¶

Obras artísticas de la exposición *La revolución impresionista: de Monet a Matisse del Museo de Arte de Dallas*, en el Museo del Palacio de Bellas Artes. Cortesía del INBAL.



GUADALUPE ALONSO
CORATELLA

es periodista cultural, escritora y productora de televisión. Como traductora del italiano, publicó *Salvatore Quasimodo: Cartas de amor y El león y el arcángel*. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo-Club de Periodistas por *Raquel Tibol: Una vida en el arte*. Es titular de la Casa Universitaria del Libro UNAM.



ALEJANDRO ARRAS

(Ciudad de México, 1992) es escritor y editor. Es autor del libro de cuentos *Perfil del viento* (Ediciones Sin Nombre, 2021) y editor en Ediciones Piedra del Río.



SANDRA BARBA

(Ciudad de México, 1986) fue editora en *Letras Libres* y en *Gatopardo*. Actualmente es coordinadora editorial de la *Revista de la Universidad de México*. Ha trabajado para El Colegio de México, el CIDE y Everand (antes Scribd) y ha impartido talleres de edición en la UNAM y en Quinto Elemento Lab.



ALMUDENA BARRAGÁN

es una periodista que cubre temas sobre desigualdad, violencia y migración. Escribe sobre temas sociales con perspectiva de género y ha dedicado gran parte de su carrera a profundizar y estudiar el fenómeno de la violencia contra las mujeres en México y América Latina.



EUGENIA BONE

es escritora, periodista y docente adscrita al Jardín Botánico de Nueva York. Es especialista en micología y hongos psicodélicos. Entre sus nueve libros se encuentran: *Mycophilia*, *The Fantastic Fungi Community Cookbook* y *Have a Good Trip*. Además, participó en el documental *Hongos fantásticos*.



SILVIA CASTILLO-
ARGÜERO

es doctora en Ciencias, profesora de biología en la Facultad de Ciencias y pertenece al SNII. Su trabajo, centrado en la dinámica de comunidades vegetales en diferentes ecosistemas, le ha permitido formar estudiantes tanto en licenciatura como en posgrado. Ha publicado numerosos libros y artículos.



JOEL HUMBERTO
CASTRO CHACÓN

es doctor en Óptica por el CICESE, investigador del programa IxM de SECIHTI, en el Instituto de Astronomía de la UNAM, donde detecta cuerpos celestes menores; además, es miembro del SNII. La Unión Astronómica Internacional reconoció su trabajo dándole su nombre al asteroide 30455 (Joelcastro = 2000NB27).



MIGUEL EDÉ

estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Algunos de sus cuentos han sido antologados en *El espejo de Beatriz. Antología*, vol. 2 (2020), y *Los excéntricos* (2023). Publica reseñas en la revista *Criticismo*. Actualmente cursa la maestría en Literatura Mexicana en la Universidad Veracruzana.



JULIETA GARCÍA
GONZÁLEZ

(Ciudad de México, 1970) es narradora, periodista y editora. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Ha publicado cuento, novela y literatura infantil. Es autora de *Vapor*, *Las malas costumbres* y *Cuando escuches el trueno*.



FRANCISCO JAVIER
ESPINOSA GARCÍA

es doctor por la Universidad de California e investigador en el IIES (UNAM), donde estudia la ecología química de la defensa de las plantas, la agroecología, las malezas y las plantas invasoras; además, se especializa en las interacciones biológicas y su relación con los agroecosistemas sustentables y la farmacología.

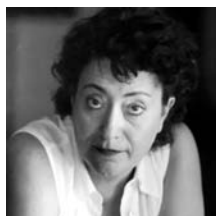


BEF

(Ciudad de México, 1972) es novelista e historietista, uno de los autores de narrativa gráfica más reconocidos de América Latina; cuenta con un puñado de premios y traducciones a seis idiomas. Entre sus novelas gráficas están *Habla María* y *Matar al candidato*.

JENNIFER ELISE
FOERSTER

es una poeta de origen muscogee, autora de tres libros: *The Maybe-Bird* (2022), *Bright Raft in the Afterweather* (2018) y *Leaving Tulsa* (2013). Entre otras distinciones, ha recibido la beca NEA Creative Writing y la Lannan Foundation Writing Residency.



ROSARIO MANZANOS

ha sido galardonada con los premios: Criticism and Culture of Ballet, Lifetime Achievement Award Honoring of the International Ballet Festival of Miami; el Nacional de Danza Contemporánea José Limón y el Nacional de Periodismo de la FIL Guadalajara. Obtuvo el tercer lugar en la Bienal Internacional de Radio. Foto: Christa Cowrie.

MARÍA FERNANDA
MARÍN

se dedica a la investigación, curaduría y escritura sobre arte. Ha coordinado exposiciones para el Museo Franz Mayer, el MUNAL y el Estudio Pedro Friedeberg, además de haber examinado obras de arte para Morton Subastas. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Es la editora de arte de la *Revista de la Universidad de México*.



CLYO MENDOZA

(Oaxaca, 1993) es escritora. Su primera novela, *Furia*, ha sido publicada en ocho países y obtuvo el Premio Primera Novela de Amazon, así como el Premio Javier Morote por considerarla “un Pedro Páramo del siglo XXI”. En 2024 fue invitada a hablar de su obra al Observatorio de Harvard.



RAFAEL TORIZ

(Xalapa, 1983) es ensayista, curador y crítico cultural. Son de su autoría los libros *Metaficciones*, *Animalia*, *Serenata*, *Del furor y el desconsuelo*, *La ciudad alucinada* y *La distorsión*. Ha traducido a Fernando Pessoa.

ASLAM NARVÁEZ
PARRA

es un paisajista e ilustrador interesado en la naturaleza y la ciencia. Se especializa en perfiles de vegetación y botánica, así como la representación de toda clase de ecosistemas. Ha dirigido e intervenido murales en el Museo Paleontológico de Santa Lucía Quinametzn, el Museo de Historia Natural y la UAQ.

LUIS FELIPE PÉREZ
SÁNCHEZ

(Irapuato, Guanajuato, 1982) es autor de *La convulsión autobiográfica*, *Mala entraña* y *Manos que cobijaron el después*. Lleva a cabo una investigación sobre el archivo de la escritora María Luisa Mendoza en la Universidad de Guanajuato.



DANIELA REA

es una reportera independiente. En 2013 recibió los premios Excelencia Periodística (otorgado por PEN Club México) y Género y Justicia (por ONU mujeres y la Suprema Corte de Justicia de la Nación). Es integrante de los Nuevos Cronistas de Indias de la FNPI y fundadora de la Red de Periodistas de a Pie.

MAURICIO REYES
RUIZ

es físico egresado de la Universidad Autónoma de Baja California, doctor en Física Espacial y Astronomía por la Universidad Rice e investigador en el Instituto de Astronomía de la UNAM. Entre febrero de 2015 y agosto de 2022 fue jefe del Observatorio Astronómico Nacional de la Sierra de San Pedro Mártir.



NATALIA MENDOZA

es antropóloga y ensayista. Investiga la organización local de las economías ilegales y la violencia en la región fronteriza de Sonora. Ganó el Premio Bellas Artes de Ensayo Literario José Revueltas 2020 por su colección *El extravío de los signos*. Es co-directora de Altar Centro de Investigación.



RENÉ ESAÚ SÁNCHEZ

(Acapulco, Guerrero, 1997) ha trabajado como periodista para la revista *Vértigo* y es editor de *Asymptote Journal*. Ha colaborado en *Periódico de Poesía*, *Reflexiones Marginales* y el *Trinity Journal of Literary Translation*. Actualmente estudia la maestría en Literatura Comparada en la Universidad de St. Andrews.



JORGE SÁNCHEZ CORDERO

es miembro del American Law Institute y *fellow* del European Law Institute, presidente entrante de la IALC de la Unesco y *doyen* del UNIDROIT. Entre otras distinciones, ha recibido las medallas Gabino Barreda y Bellas Artes. Además, es académico de honor de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia.



CHIHARU SHIOTA

(Osaka, 1972) es una artista plástica cuyas instalaciones monumentales se han expuesto en los más importantes museos y galerías del mundo. Representó a su país en la 56ª Bienal de Venecia; su retrospectiva más grande, organizada por el Mori Art Museum de Tokio y el Grand Palais, se presentará este año en París.



LUIS TÉLLEZ TEJEDA, PÁVIDO NÁVIDO

(Naucalpan, México, 1983) es poeta y guionista, estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Sus libros más recientes son *Sopa de verduras* (Semilla Corazón, 2024) y *Quise* (Alacraña, 2015).



GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA

(Ciudad de México, 1980) es ganador del Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2012 con *Perros sin nombre*, del Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez 2015 con *iCanta, herida!* y del Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2017 con la novela *Aquí había una frontera*.



GUOBIN YANG

es profesor en la Universidad de Pensilvania y director adjunto del Centro de Estudio de la China Contemporánea. Es especialista en movimientos sociales, la cultura digital y la comunicación global de China. Entre sus publicaciones se encuentran los libros: *The Wuhan Lockdown* y *The Power of the Internet in China*.



THOMAS WYATT

(1503-1542) fue un poeta y diplomático inglés al servicio de Enrique VIII. Fue uno de los primeros en utilizar la forma del soneto en lengua inglesa y traducir a Petrarca. Sus 96 poemas líricos se publicaron póstumamente en *Tottel's Miscellany* (1557).



JACOBO ZANELLA

(Guanajuato, 1976) es editor en Gris Tormenta, una editorial mexicana de ensayo literario y memoria que reflexiona sobre el oficio editorial en el siglo XXI y el libro como artefacto cultural desde una perspectiva actual. Finalizó el máster en Cultura Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid en 2016.

REDES

9 AL 18 DE MAYO, 2025

CONFERENCIAS MAGISTRALES

EMMA SANDERS, ANDREW PERCHUK, SIMON GAGE, HASSUN EL-ZAFAR
Y JOSÉ MARÍA LASSALLE

DANZA

ORPHEUS DE ALAN LAKE FACTORI[E]
EVER SO SLIGHTLY REDUX DE LA COMPAÑÍA RUBBERBAND

PRESENTACIÓN DE LIBRO

NO SOY UN ROBOT DE JUAN VILLORO

MÚSICA

NATURE'S VOICE DE EUROPA GALANTE
FABIO BIONDI DIRECTOR MUSICAL, VIVICA GENAUX MEZZOSOPRANO

PROGRAMACIÓN DEL FORO DE LA FUENTE

CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO Y SEDES ALTERNAS

#FestivalElAleph
festivalelaleph.com

f @FestivalElAleph @ festivalelaleph
X @FestivalElAleph @ festivalelaleph

FICUNAM 15

29 MAYO - 05 JUNIO 2025

15° FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE UNAM

@FICUNAM

FICUNAM.UNAM.MX

#FICUNAM15

#ELCINEQUEPROVOCA

RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR

María Soledad Funes Argüello

Miguel Armando López Leyva

Julia Santibáñez

Julia Carabias Lillo

Alejandro Cruz Atienza

Tatiana Cuevas

Jacobo Dayán

Cinthya García Leyva

Nashieli Ramírez Hernández

COMITÉ EDITORIAL

Hernán Bravo Varela

José Luis Díaz

Eugenio Fernández Vázquez

Julieta Fierro

Vivette García Deister

Thelma González Durán

Verónica González Laporte

Pura López Colomé

Mariana Ozuna

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Mary Frances T. Rodríguez Van Gort

Ignacio Sánchez Prado

Consulta nuestro aviso de privacidad en

<https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Suscripciones: 55 5550-5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Revista de la Universidad de México, año 8, número 920, mayo de 2025, es una publicación mensual numerada editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Av. Insurgentes Sur 3000, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, a través de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, con domicilio en Av. Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México. Teléfonos: 55-5550-5792 y 55-5550-5794, correo electrónico editorial@revistadelauniversidad.mx. Editora responsable: Sandra Barba García. Reserva de derechos al uso exclusivo del título número 04-2017-122017295600-102, ISSN: 0185-1330, ambos emitidos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido: 17669. Permiso SEPOMEX IM09-01025. Impresa en Impresos Vacha, S.A. de C.V., Juan Hernández y Dávalos 47, Col. Algarín, C.P. 06880, Cuauhtémoc, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en abril de 2025, con un tiraje de 4000 ejemplares, impresión tipo prensa plana, con papel bond de 105 g y papel couché de 100 g para los interiores y cartulina couché de 250 g para los forros.

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la Institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Revista de la Universidad de México no cobra aportaciones a sus autores para publicarse.

Distribuida por: Dirección de la Revista de la Universidad de México, Río Magdalena 100, La Otra Banda, C.P. 01090, Álvaro Obregón, Ciudad de México.

NÚMERO 920

MAYO DE 2025

ISSN 0185-1330

Jorge Comensal

DIRECTOR

Sandra Barba

COORDINADORA EDITORIAL

Claudina Domingo

JEFA DE REDACCIÓN

Laura Ímaz Álvarez Icaza

EDICIÓN E INVESTIGACIÓN

María Fernanda Marín

EDITORA DE ARTE

Rafael Olvera Albavera

DISEÑO EDITORIAL

Yvonne Dávalos

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yazmín R. Romero Velasco

UNIDAD ADMINISTRATIVA

Blanca Estela Díaz

DERECHOS DE AUTOR

América Sánchez

COMERCIALIZACIÓN

Abril Peña

COMUNICACIÓN

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA EDITORIAL

Javier Narvárez

DISTRIBUCIÓN Y FOTOGRAFÍA

Fabian Jendle

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Maricris Herrera

Israel Hernández

(Estudio Herrera)

DISEÑO ORIGINAL

En la composición de los textos se utilizaron las familias tipográficas Chronicle Text e IBM Plex Mono.

Agradecemos a Gabriel Guerra Castellanos por su generoso permiso para reproducir las imágenes y los documentos que incluimos en el artículo “Cien años de Rosario Castellanos”.

También extendemos nuestra gratitud a Fernando Arana Blanco, quien realiza su servicio social en la Revista.